Contrafactuales

¿Y si todo hubiera sido diferente?

RICHARD J. EVANS

TURNER NOEMA

Contrafactuales

¿Y si todo hubiera sido diferente?

RICHARD J. EVANS

TURNER NOEMA

Contrafactuales
¿Y si todo hubiera sido diferente?

RICHARD J. EVANS

TRADUCCIÓN DE GUILLEM USANDIZAGA

TURNER

Título:

Contrafactuales. ¿Y si todo hubiera sido diferente?

© Richard J. Evans, 2014

Edición original en inglés: *Altered Pasts. Counterfactuals in History,*
Little, Brown, 2014

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2018

Diego de León, 30
28006 Madrid
www.turnerlibros.com
Primera edición: junio de 2018

De la traducción: © Guillem Usandizaga, 2018

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

eISBN: 978-84-17866-34-1

Diseño de la colección:
Enric Satué
Ilustración de cubierta:
Diseño TURNER

Depósito Legal: M-16529-2018
Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Prólogo

I La expresión de un deseo
II La historia virtual
III Ficciones futuristas
IV Mundos posibles

Para Christine
Si no nos hubiéramos conocido…

El historiador […] siempre debe mantener hacia su tema una perspectiva indeterminista. Debe situarse continuamente en un momento del pasado en que los factores conocidos todavía parecen permitir distintos resultados. Si habla de Salamina, tiene que ser como si todavía pudieran ganar los persas; si habla del golpe de estado de brumario, entonces aún hay que ver si Bonaparte será rechazado de forma humillante... [Pero] el historiador intenta descubrir algún sentido en los vestigios de un periodo determinado de la sociedad humana […]. El contexto histórico que proponemos, una creación de nuestra mente, solo tiene sentido en la medida que le atribuimos un objetivo, o más bien un camino hacia un resultado concreto […]. Por lo tanto, el pensamiento histórico siempre es teleológico […]. Para la historia, la pregunta siempre es '¿Hacia dónde?'. Hay que reconocer que la historia es la disciplina teleológica por antonomasia.

Johan Huizinga, citado en Fritz Stern, ed.,
The Varieties of History: From Voltaire to the Present

PRÓLOGO

*E*ste libro es un breve ensayo sobre el uso de acontecimientos contrafactuales en la investigación y la escritura de la historia. Por acontecimientos contrafactuales entiendo versiones alternativas del pasado en las que una alteración en la serie de sucesos conduce a un resultado distinto del que realmente ocurrió. En los capítulos que siguen, se abordan en detalle entre otros ejemplos qué habría pasado si Gran Bretaña no hubiera participado en la Primera Guerra Mundial y se hubiera mantenido al margen como no beligerante neutral; cuál habría sido el resultado si Gran Bretaña hubiera firmado un acuerdo de paz por separado con la Alemania nazi en 1940 o 1941; o cómo se habrían comportado los británicos si hubieran perdido la batalla de Inglaterra y las fuerzas armadas del Tercer Reich de Hitler hubieran conquistado y ocupado el país. El capítulo introductorio revisa el desarrollo de la historia contrafactual desde sus inicios en el siglo XIX e intenta explicar su resurgimiento y boga, especialmente en Gran Bretaña y Estados Unidos en las décadas de 1990 y 2000. El segundo examina los argumentos a favor y en contra del uso de acontecimientos contrafactuales y analiza algunas de las contribuciones más destacadas al género y su implicación para lo que muchos de sus autores llaman determinismo histórico. El tercer capítulo considera las distintas formas de reinvención interesada del pasado de los escritores de historia y de ficción, incluyendo la construcción de historias "alternativas" paralelas y representaciones imaginarias del futuro basadas en alteraciones del pasado. El capítulo cuarto y último intenta conectar todo lo anterior y alcanzar algún tipo de conclusión sobre si los acontecimientos contrafactuales son una herramienta útil para el historiador y, si lo son, de qué forma, hasta qué punto y con qué limitaciones.

Me interesé por primera vez por los acontecimientos contrafactuales en 1998, cuando participé en un debate televisado en el programa de *Robin Day's Book Talk*, de BBC News 24, junto a Antonia Fraser y Niall Ferguson, que había publicado un libro pionero en el campo, *Historia virtual*. Acababa

de salir a la luz mi libro *In Defence of History* [En defensa de la historia] y la idea de la historia contrafactual parecía plantear de una manera nueva cuestiones fundamentales sobre las fronteras entre los hechos y la ficción con las que ese libro intentaba lidiar. De modo que cuando me pidieron que pronunciara la Conferencia Butterfield en la Queen's University de Belfast, en octubre de 2002, me pareció una buena oportunidad para abordar esas cuestiones con más detenimiento. Una versión corregida de la conferencia se publicó con el título "Telling It Like It Wasn't" [Contándolo como no fue] en la *BBC History Magazine,* número 3 (2002), pp. 2-4; y luego se reimprimió en la revista estadounidense *Historically Speaking,* número 5/4 (marzo de 2004), donde fue objeto de extensas y animadas reacciones, a las que pude responder en el mismo número (pp. 28-31); todo el intercambio se reimprimió en *Recent Themes in Historical Thinking: Historians in Conversation* de Donald A. Yerxa, Columbia, University of South Carolina Press, 2008, pp. 120-130.

La respuesta de Geoffrey Parker y Philip Tetlock en *Historically Speaking* y los argumentos más elaborados que desplegaron en la introducción y la conclusión del volumen de ensayos contrafactuales que editaron, *Unmaking the West* [El desmontaje de Occidente], publicado dos años después, hicieron que me diera cuenta de que tenía que repensar mi reacción inicial, algo alérgica, a las afirmaciones hechas por los contrafactualistas, y la aparición en los años siguientes de más contribuciones al género me dio más motivos para reconsiderar mi postura. Además, en la actualidad contamos con varias consideraciones teóricas y reflexivas sobre los problemas que plantea la historia contrafactual, que van desde las muy críticas a las detalladamente justificativas. Estas aproximaciones han contribuido a llevar el debate a otro nivel. De modo que cuando la Sociedad Histórica de Israel, una organización independiente cuya historia se remonta a la década de 1930, me pidió que pronunciara las Conferencias Menahem Stern de Jerusalén para el año 2013 sobre algún tema de interés histórico, con un énfasis especial en los aspectos metodológicos y teóricos, celebré la oportunidad de revisitar el tema de los acontecimientos contrafactuales y pensar sobre él con más detenimiento. El resultado es el presente libro. En él se reimprimen las conferencias más o menos como las impartí, excepto por el hecho de que los capítulos III y IV estaban fusionados y abreviados en la tercera y última conferencia de la serie, y algunos materiales y argumentos

se han añadido al texto con posterioridad.

Mi primera expresión de agradecimiento se dirige a la Sociedad Histórica de Israel, a su presidente, el profesor Israel Bartel, a su secretario general, el señor Zvi Yekutiel, y a su consejo directivo por haberme hecho el honor de invitarme a dar esas conferencias. Seguir los pasos de historiadores como Carlo Ginzburg, Anthony Grafton, Emmanuel Le Roy Ladurie, Fergus Millar, Natalie Zemon Davis, Anthony Smith, Peter Brown, Jürgen Kocka, Keith Thomas, Heinz Schlling, Hans-Ulrich Wehler y Patrick Geary es una tarea abrumadora, pero me la facilitó Maayan Avineri-Rebhun, la secretaria académica de la sociedad, que lo organizó todo con una cortesía y eficiencia ejemplares. Tovi Weiss me brindó una ayuda crucial, y el personal de Mishkenot Sha'ananim, la casa de huéspedes y centro cultural en la colina que da a las imponentes murallas de la Ciudad Vieja de Jerusalén, fue siempre de gran ayuda. El público que escuchó pacientemente las conferencias contribuyó a mejorar los argumentos del libro con sus preguntas, mientras que Otto Dov Kulka no solo me dirigió hacia las ideas de Johan Huizinga sobre este tema, sino que también resultó un anfitrión jovial y estimulante en nuestros paseos por los alrededores de la ciudad y por la propia Jerusalén, donde Ya'ad Biran me hizo de experto cicerone por los siempre fascinantes yacimientos que se encuentran dentro de las murallas. El profesor Yosef Kaplan, redactor jefe de la colección de Conferencias Stern, me ayudó a que las mías llegaran a la imprenta. Mi agente, Andrew Wylie, y sus colaboradores, especialmente James Pullen de la sucursal londinense de la agencia, trabajaron duro para asegurarse de que el libro se publicara en condiciones que esperemos que le garanticen una amplia distribución. El personal de Brandeis University Press fue concienzudo y profesional, y estoy especialmente agradecido a Richard Pult y Susan Abel, por supervisar el proceso de producción, a Cannon Labrie por su experta corrección del manuscrito, y a Tim Whiting de Little, Brown, por su trabajo en la edición del Reino Unido y la Commonwealth. Simon Blackburn, Christian Goeschel, Rachel Hoffman, David Motadel, Pernille Røge y Astrid Swenson leyeron el manuscrito en poco tiempo y propusieron muchas mejoras. Christine L. Corton aportó una mirada experta a las pruebas de imprenta. A todos les estoy agradecido, aunque ninguno tiene responsabilidad alguna en lo que sigue.

Richard J. Evans
Cambridge, julio de 2013

I

LA EXPRESIÓN DE UN DESEO

¿*Y* si…? ¿Y si Hitler hubiera muerto en un accidente de coche en 1930? ¿Habrían llegado al poder los nazis, se habría producido la Segunda Guerra Mundial, se habría exterminado a seis millones de judíos? ¿Y si no hubiera habido revolución estadounidense en el siglo XVIII? ¿Se habría abolido antes la esclavitud y se habría evitado la guerra civil de 1860-1865? ¿Y si Balfour no hubiera firmado su declaración? ¿Habría llegado a fundarse el estado de Israel? ¿Y si Lenin no hubiera muerto a los cincuenta y pocos, y hubiera sobrevivido veinte años más? ¿Se habría evitado la crueldad mortífera de lo que acabaría siendo la época de Stalin? ¿Y si la Armada Invencible hubiera conseguido invadir y conquistar Inglaterra? ¿Habría vuelto el país al catolicismo y, en caso afirmativo, cuáles habrían sido las consecuencias para el arte, la cultura, la sociedad, la ciencia y la economía? ¿Y si Al Gore hubiera ganado las elecciones presidenciales estadounidenses del 2000? ¿Habría habido una segunda guerra del Golfo? ¿Y si –como especuló por extenso Victor Hugo en su extensa novela *Los miserables*– Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo? De hecho, ¿cómo pudo perder?, se preguntó perplejo el novelista.[1] Las cosas que han ocurrido, como escribió Joyce en *Ulises,* no se pueden "suprimir con el pensamiento. El tiempo las ha marcado y, encadenadas, residen en el espacio de las infinitas posibilidades que han desalojado. Pero ¿pueden estas haber sido posibles, visto que nunca han sido? ¿O era posible solamente lo que pasó?".[2]

La pregunta por lo que habría pasado siempre ha fascinado a los historiadores, pero durante mucho tiempo les fascinó, como observó E. H. Carr en *¿Qué es la historia?,* las Conferencias Trevelyan que dio en Cambridge en 1961, como poco más que un entretenido juego de salón, una divertida especulación del tipo que memorablemente satirizó Pascal cuando se preguntó qué habría pasado si Cleopatra hubiera tenido una nariz más pequeña y por lo tanto no hubiera sido hermosa, y de ese modo no hubiera resultado una atracción fatal para Marco Antonio cuando este debía prepararse para vencer a Octavio, lo que provocó su derrota en la

batalla de Accio. ¿Se habría fundado el imperio romano?[3] Lo más probable es que sí, aunque de forma distinta y seguramente en un momento algo distinto. Intervenían fuerzas más amplias que el capricho de un hombre. Una intención satírica parecida puede encontrarse en el siglo XVIII, en relatos muy leídos como *Les aventures de Monsieur Robert Chevalier,* publicado en 1732 en París y enseguida traducido al inglés, que imaginó que los indios americanos descubrían Europa antes de los viajes de Colón.[4] Y Edward Gibbon, en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano,* se burló de forma célebre de la universidad en la que según él pasó los años más ociosos e inútiles de su vida al sugerir que si Carlos Martel no hubiera derrotado a los sarracenos en el año 733, el Islam habría dominado Europa y "quizá la interpretación del Corán se enseñaría en las facultades de Oxford, y sus púlpitos demostrarían a un pueblo circunciso la santidad y la verdad de la revelación de Mahoma".[5] Queda claro que Gibbon pensaba que, al fin y al cabo, como mínimo en lo que se refiere a Oxford, las cosas habrían sido bastante parecidas a como eran.

Encontramos breves alusiones a posibles alternativas a lo realmente ocurrido esparcidas por las obras de una gran variedad de autores a través de los siglos, desde la especulación del historiador romano Livio sobre qué habría pasado si Alejandro Magno hubiera conquistado Roma a la novela *Tirante el Blanco* de Joanot Martorell i Martí Joan de Galba, publicada en 1490, que imaginó un mundo en que el imperio bizantino derrotaba al imperio otomano y no al revés. Escrita al cabo de pocas décadas de la caída de Constantinopla a manos de los turcos, fue la primera aproximación a una historia de fantasía que vio la luz y resulta evidente que en parte expresó un deseo. Sin embargo, durante mucho tiempo no tuvo seguidores. Una aproximación racionalista a la historia como la de Gibbon, que sustituía a la visión del pasado humano como el despliegue de la divina providencia en el mundo, era un requisito fundamental para especular detenidamente sobre posibles alternativas a lo ocurrido al escribir historia y no ficción. Como señaló Isaac D'Israeli en 1835 al tratar por primera vez la cuestión en un breve ensayo titulado "Of a History of Events Which Have Not Happened" [De una historia de los acontecimientos no ocurridos], el concepto de divina providencia no podía convencer a un observador imparcial cuando tanto católicos como protestantes lo reivindicaban para sí.

Esta idea no era nueva, aunque D'Israeli intentó respaldarla mencionando una serie de textos históricos que especulaban, si bien brevemente, sobre qué habría ocurrido, por ejemplo, si a Carlos Martel lo hubieran derrotado los árabes, si la Armada Invencible hubiera desembarcado en Inglaterra o si a Carlos I no lo hubieran ejecutado. Lo que D'Israeli quería defender era que los historiadores debían sustituir la idea de "providencia" por los conceptos de "fatalidad", tal como él lo llamaba, y "accidente".[6] Sin embargo, se necesitaba un paso más antes de que esas especulaciones pudieran desarrollarse por extenso. Gibbon, como otros historiadores de la Ilustración, todavía consideraba que el tiempo era inalterable y que la sociedad humana era estática: no cuesta imaginarse a sus senadores romanos como caballeros ingleses empelucados que debaten en la cámara de los comunes, y las cualidades morales que muestran son bastante parecidas a las que Gibbon encontró entre sus contemporáneos. Se necesitaba la nueva visión romántica del pasado como esencialmente distinto del presente, en la que cada época poseía su carácter particular, como creían el novelista Walter Scott y su discípulo historiador Leopold von Ranke, para que se planteara la cuestión de cómo podrían haber cambiado drásticamente las características principales de una era si la historia hubiera tomado otro camino.[7]

Previsiblemente, el primero en desarrollar esta idea por extenso fue un admirador francés del emperador Napoleón, Louis Geoffroy. De hecho, el propio emperador pasó buena parte de su estancia en la isla de Santa Elena, donde se había exiliado tras su derrota en Waterloo, imaginando cómo podría haber derrotado a sus enemigos. Si los rusos no hubieran prendido fuego a Moscú al acercarse la Grande Armée a sus puertas en 1812, suspiraba Napoleón, sus fuerzas habrían podido pasar el invierno en la ciudad, y luego, "enseguida que hubiera vuelto el buen tiempo, habría dado alcance a mis enemigos; los habría derrotado; me habría convertido en señor de su imperio […] ya que habría luchado contra hombres y armas, y no contra la naturaleza". Había nacido la leyenda de la derrota de Napoleón a manos del "General Invierno".[8] A Geoffroy no le pareció necesario apagar las llamas de Moscú; en lugar de ello, en su panfleto de 1836 *Napoléon et la conquête du monde* [Napoleón y la conquista del mundo] hace que el emperador marche hacia el norte rumbo a San Petersburgo,

inflija una severa derrota al ejército ruso, capture al zar Alejandro I y ocupe Suecia. Después de resucitar el reino de Polonia y completar la conquista de España, hace desembarcar un ejército en la costa de Anglia Oriental, al norte de Yarmouth, y pulveriza a un ejército británico de 230.000 hombres a las órdenes del duque de York en la batalla de Cambridge. Inglaterra se incorpora a Francia y se divide en veintidós *départements* franceses. En 1817 Napoleón ha borrado a Prusia del mapa, y cuatro años después derrota a un gran ejército musulmán en Palestina, ocupa Jerusalén, destruye todas las mezquitas de la ciudad y vuelve a París con la piedra negra que ha sacado de entre los escombros de la Cúpula de la Roca.[9]

Pero aquí no terminan sus proezas, ni mucho menos, porque al poco tiempo Napoleón conquista Asia, incluida China y Japón, destruye todos los lugares santos de las otras religiones, establece su hegemonía sobre África y somete América al control de Francia, después de una petición en ese sentido por parte de todos los jefes de estado de América del Norte y del Sur en un congreso celebrado en Panamá en 1827. En su discurso de coronación como "Soberano del mundo", Napoleón proclama que su monarquía universal "es hereditaria en mi raza, de ahora en adelante hasta el fin de los tiempos solo habrá una nación y un poder en el mundo […] la Cristiandad es la única religión sobre la faz de la tierra". Provisto de un nuevo título otorgado por el Papa, *Sa Toute-Puissance,* incluso vuelve a encontrar la felicidad conyugal, ya que la muerte de su esposa austríaca, con la que se había casado exclusivamente por razones políticas, le permite volver a casarse con su amada Josefina.

Finalmente, en 1832 Napoleón muere, tras haber conseguido más logros que cualquier otro estadista o general en toda la historia. Lejos de ser un dictador despiadado, ha conservado la asamblea legislativa y se ha demostrado un monarca liberal y pacífico. Como sugiere el vínculo entre la victoria de Francia y la victoria de la cristiandad, todo esto se debe ante todo a los designios de la divina providencia y como mínimo en este sentido, la aproximación de Geoffroy es bastante tradicional. También incorpora un elemento muy fuerte de inevitabilidad histórica, o quizá habría que decir pseudohistórica: un cambio en el curso de la historia, en Moscú, conduce inexorablemente a toda una larga cadena de acontecimientos que se siguen sin ninguna posibilidad de sufrir una desviación o un revés, de hecho,

conduce al fin de la historia, tal como proclama Napoleón en su discurso de coronación como Soberano del Mundo. Ni Victor Hugo llegó tan lejos, ya que en *Los miserables* sostuvo que la Divina Providencia había decretado que ya no había lugar en la historia para un coloso como Napoleón, de modo que Waterloo, donde la naturaleza prosaica y poco imaginativa de un aburrido militar de corte técnico como Wellington se impuso al genio de Napoleón, marcó un punto de inflexión claro en la historia mundial en un sentido más amplio que el mero hecho de señalar el fin de la gloria militar francesa.[10]

Desde luego, como Geoffroy sabía perfectamente, la providencia decidió que Napoleón no debía gobernar el mundo, y en varios momentos el escritor recuerda la realidad a los lectores a través de la mención de una calumniosa historia alternativa dentro de su propio relato alternativo, que presenta a Napoleón derrotado en la batalla de Waterloo y exiliado en Santa Elena, o haciendo que Napoleón, a bordo de un barco en el sur del Atlántico después de conquistar Asia, divise Santa Elena en el horizonte, una visión que lo estremece y hace que levante un momento la vista más allá de su existencia ficticia hacia la realidad que de hecho le rodea. Los lectores sabían que Napoleón había sido derrotado antes de Moscú y que los rusos habían vencido en 1812 precisamente porque habían rechazado enfrentarse al emperador francés en una batalla campal. No obstante, a pesar de todas sus debilidades, la obra de Geoffroy es la primera historia alternativa extensa, reconocible y especulativa, y apareció en un momento, a mediados de la década de 1830, en que la leyenda napoleónica estaba en boga, a una década y media de su triunfo con los acontecimientos que siguieron a la revolución de 1848, sobre todo el golpe de estado de Luis Napoleón y su asunción del título de emperador Napoleón III. El capricho de Pascal o Gibbon había dado paso a una intención política seria. El propio Geoffroy estaba apadrinado por Napoleón I, que se había hecho cargo de él después de que su padre muriera en la batalla de Austerlitz, y su nombre completo no era Louis sino Louis-Napoléon. En cualquier caso, la fascinación y atracción que despertó el libro siguieron a través del siglo XIX hasta el XX, y se reimprimió a menudo como recordatorio a los franceses de lo que hubiera podido ser, hasta el punto de que en 1937 el escritor Robert Aron contraatacó con un relato en el que Napoleón gana la batalla de

Waterloo pero decide que la guerra y la conquista están mal, abdica y se exilia, aunque voluntariamente, en Santa Elena, mostrando su "grandeza interior" y su "comprensión de la necesidad".[11]

Es evidente que el relato de Geoffroy era la expresión de un deseo a la mayor escala imaginable. Su premisa metodológica fue adoptada y sistematizada dos décadas después, en 1857, en una serie de artículos del filósofo Charles Renouvier que luego se publicaron en forma de libro. Renouvier le dio un título por el que desde entonces se ha conocido a este tipo de supuestos en francés y alemán: *Uchronie*. "El escritor compone una *uchronie,* una utopía del pasado. Escribe la historia, no como fue, sino como pudo haber sido".[12] Renouvier habría sido más sincero si hubiera dicho *debería* haber sido. Su aproximación era explícitamente política. Describió su método mediante un diagrama que mostraba una serie de fases, empezando por el momento inicial en que la historia imaginaria se desvía de la historia real, el *point de scission* que provoca la *première déviation.* Pero mientras la *trajectoire imaginaire* es una única línea que se extiende sin desviarse hacia el futuro imaginario, la *trajectoire réelle* se va bifurcando en líneas cortas que no llevan a ninguna parte, que solo se pueden unir conduciéndolas de vuelta a la línea principal de lo imaginario. El punto clave es el ángulo en que la trayectoria imaginaria se separa de lo real y Renouvier afirma que eso depende de la intención del escritor.[13] En el caso de Renouvier se trata de impulsar la causa de la libertad haciéndola realidad a través de un pasado imaginario, un caso que ilustra repasando la historia de la religión desde los romanos con la vista puesta en el principio de tolerancia.

Después de describir la situación inicial (la intolerancia romana hacia el judaísmo, que el autor justifica de un modo que recuerda a los antisemitas franceses de mediados del siglo XIX, calificando a los judíos de fanáticos religiosos que soñaban con "dominar el mundo"; y una intolerancia comparable hacia el primer cristianismo), emprende la *première déviation* haciendo que se dé erróneamente por muerto en una de sus campañas al emperador Marco Aurelio y que lo sustituya el general Avidio Casio, partidario de la república romana. Más adelante, junto a Marco Aurelio, que vuelve al trono, Casio inicia un programa de reformas que crea un campesinado libre en lugar de una clase de esclavos y finalmente, a través de muchas idas y venidas, conduce al imperio de occidente a una religión de

estado basada en los dioses propios junto a la tolerancia de otras religiones. En el este triunfa un fanático cristianismo ortodoxo, que lleva a las cruzadas, no contra Jerusalén, sino contra Roma, a cuyos habitantes un ejército de cuatrocientos mil cruzados del este, rabiosamente intolerantes, intenta convertir a lo que creen las verdaderas enseñanzas de Jesús, y afortunadamente no lo consiguen ya que empiezan a pelearse entre sí por cuáles son exactamente esas enseñanzas. En el este, la intolerancia conduce al caos político y a la derrota a manos de los bárbaros, mientras que el estoicismo tolerante del imperio de occidente sobrevive a la declaración de independencia de galos, británicos, hispanos y otros que, libres de conflictos religiosos, crean una federación de estados europeos independientes. De forma parecida, en el este, los bárbaros victoriosos vuelven a introducir el cristianismo, pero un cristianismo reformado, sin confesión, sin purgatorio, sin monasterios y en general sin ninguno de los símbolos del catolicismo o la fe ortodoxa. La ciencia y el estudio florecen en todas partes y Renouvier termina con un llamamiento a la humanidad para que forme una liga de naciones con una corte internacional. Al contrastar esta historia feliz en una serie de apéndices con lo que le parecían las depredaciones inhumanas y coercitivas del catolicismo a través de las distintas épocas, Renouvier puso de manifiesto el contraste entre la historia ideal y la historia real; esta última debe su significado a la primera, y efectivamente el libro se presenta como la traducción de un viejo manuscrito, que una familia de inconformistas religiosos sometidos a persecución conservó para recordar que las cosas podrían haber sido distintas, y fácilmente habrían sido mejores.[14]

Ni el breve ensayo de D'Israeli, publicado en una oscura edición que ni siquiera apareció en Inglaterra, ni la fantasía vertiginosa de Geoffroy, por mucho éxito que tuviera entre ciertos lectores franceses, ni el difícil y densamente argumentado tratado filosófico anticlerical de Renouvier, dieron inicio a ningún tipo de moda consistente en especular sobre los distintos caminos que habría podido tomar la historia. Las contribuciones al género solo aparecieron de forma esporádica, como es el caso del ensayo del historiador británico G. M. Trevelyan "If Napoleon Had Won the Battle of Waterloo" [Si Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo], escrito para un certamen celebrado en 1907 por la *Westminster Gazette.* Trevelyan retomó las especulaciones de Victor Hugo para sugerir que si Napoleón

hubiera ganado la batalla de Waterloo, los británicos se habrían visto forzados a firmar la paz y las condiciones económicas y sociales se habrían deteriorado bajo el liderazgo del archiconservador lord Castlereagh (a pesar de una rebelión de los trabajadores encabezada por lord Byron, que se habría sofocado y habría supuesto la ejecución del noble poeta). Los liberales británicos habrían huido a América Latina, donde un gobierno británico reaccionario habría unido esfuerzos con España en la lucha por la conservación de las colonias españolas, mientras que en Europa, a pesar de la influencia de Napoleón, el *ancien régime* habría seguido más o menos como antes con sus formas oscurantistas de siempre. Lejos de lanzarse a la conquista del mundo, Napoleón, enfrentado a una Francia y de hecho a una Europa agotadas por más de dos décadas de guerra casi ininterrumpida, habría decidido que ya era suficiente y habría optado por una vejez pacífica. En este escenario, Napoleón finalmente muere mientras se plantea una nueva guerra para unificar Italia, una guerra que no ocurrió.[15] Trevelyan era un entusiasta de la unificación italiana, escribió tres enjundiosos volúmenes sobre su héroe, Giuseppe Garibaldi, y desde el punto de vista político era un liberal comprometido, formaba parte de una tradición *whig* que incluía a su tío abuelo lord Macaulay, uno de los más acérrimos defensores de la extensión del derecho de voto en 1832. Su relato de los acontecimientos que seguirían a una supuesta victoria de Napoleón está todo lo alejado que se puede de la expresión de un deseo; es más bien una historia negativa, que ilustra lo mal que habrían podido ir las cosas y por lo tanto, implícitamente, el hecho de que Waterloo, a pesar de una oleada temporal de represión política y dificultades económicas en Gran Bretaña, sentó las bases para los múltiples triunfos del liberalismo en el siglo XIX al destruir la tiranía del emperador francés. De hecho, claro está, y Trevelyan lo sabía perfectamente, nada de esto era muy plausible, ya que la derrota de las fuerzas dirigidas por el duque de Wellington en 1815 no habría significado necesariamente el final de la guerra; los Aliados se podrían haber reagrupado y seguido luchando hasta una eventual victoria; al fin y al cabo, en aquel momento sus recursos superaban ampliamente a los de los agotados franceses. También en este caso estamos, por tanto, ante una historia alternativa impulsada principalmente por creencias y motivos políticos.[16]

Sin embargo, la función de la historia contrafactual como entretenimiento no estaba ni mucho menos agotada. En 1932 apareció la primera colección de ensayos del género, editada por sir John Collings Squire con el título de *If It Had Happened Otherwise* [Si hubiera sido distinto] y con una reimpresión del texto de Trevelyan sobre Waterloo. Squire era crítico literario y poeta, un personaje reaccionario que en la década de 1930 simpatizó con la Unión de Fascistas Británicos y que era furiosamente hostil a la modernidad literaria. Le gustaba proyectar una imagen de *gentleman* inglés amante de la cerveza y el críquet –de hecho, Virginia Woolf y el grupo de Bloomsbury solían referirse a él y a su círculo como "los hacendados" por el significado de su apellido, *squire*– y muchas de sus publicaciones eran desenfadadas y humorísticas. *If It Had Happened Otherwise* (publicado en Estados Unidos como *If: Or History Rewritten)* forma parte de esta categoría de libros.[17] Los colaboradores eran en su mayor parte literatos (no había ninguna mujer entre sus filas). Muchos invirtieron el curso de la historia para entretener e impresionar: el divulgador histórico Philip Guedalla se divirtió de lo lindo imaginando el papel del Islam en Europa si los moriscos hubieran frenado el intento de expulsarlos de España en 1492,[18] como se lo pasó en grande Harold Nicolson al especular sobre lord Byron como rey de Grecia. Más política era la contribución de monseñor Ronald Knox, que pintó un cuadro muy negro de cómo habría sido Gran Bretaña si la huelga general de 1926 hubiera triunfado; gobernado por los sindicatos y los socialistas de izquierda, el país se habría convertido en algo parecido a la Rusia soviética, con la libertad de educación y expresión abolidas y todo bajo el control del estado. Se trata de otro ejemplo de la versión distópica de la historia alternativa, tal como la había practicado Trevelyan muchos años antes.

No obstante, unos cuantos colaboradores del volumen de Squire aprovecharon la oportunidad para entregarse a la expresión nostálgica de un deseo. "La pequeña fantasía literaria"[19] de G. K. Chesterton especulaba sobre qué habría ocurrido si don Juan de Austria se hubiera casado con María, la reina de Escocia… o, dicho de otra forma, si Inglaterra se hubiera mantenido católica, como el autor (el progreso de Gran Bretaña y Europa hubiera sido más rápido); el escritor francés André Maurois sugirió que si Luis XVI hubiera sido más valiente y hubiera conseguido evitar la revolución francesa, Francia se habría convertido en una monarquía

constitucional como Gran Bretaña; el divulgador histórico y biógrafo alemán Emil Ludwig pensó que si el emperador alemán de tendencias liberales Federico III no hubiera muerto de cáncer a los pocos meses de su reinado en 1888, Alemania se habría convertido en una democracia parlamentaria y no habría seguido siendo el estado autoritario que entró en guerra en 1914, con consecuencias tan desastrosas para sí mismo, Europa y el mundo; sir Charles Petrie, otro historiador conservador cercano a los Fascistas Británicos (aunque siempre antinazi), en un capítulo reimpreso de una publicación anterior, pensó que las cosas le habrían ido mejor a Gran Bretaña, y especialmente a su vida literaria y cultural, si Carlos Eduardo Estuardo hubiera triunfado en su intento de arrebatar el trono a los hannoverianos en 1745; y Winston Churchill sostuvo que si Lee hubiera ganado la batalla de Gettysburg la consecuencia final habría sido una unión de los pueblos anglófonos, algo que él representaba en su misma persona como hijo de padre británico y madre estadounidense. La nostalgia y el pesar por una historia que había tomado un camino equivocado impregnan buena parte de los ensayos del volumen, lo que los convierte en algo más que un divertimento literario; una característica de las versiones alternativas de la historia que volvería con ganas muchas décadas después.

Es evidente que muchas de estas fantasías serían fáciles de cuestionar y no sería difícil derivar consecuencias de forma plausible en una dirección completamente opuesta a la que sus autores imaginaron que los acontecimientos tomarían. La Europa islámica que imagina Philip Guedalla (un tema que, como hemos visto, ya exploraron Gibbon y D'Israeli) no tenía en cuenta el catolicismo militante de los franceses, que podrían haber obedecido a un llamamiento del papa en favor de una nueva cruzada contra los sarracenos victoriosos en España; lord Byron probablemente no habría tenido más suerte en su intento de controlar a los banderizos y pendencieros griegos que su monarca de verdad, el príncipe de Wittelsbach que se convirtió en el infortunado rey Otón; los sindicatos británicos responsables de la huelga general de 1926 eran pragmáticos moderados a los que probablemente la idea de una Inglaterra soviética les habría horrorizado tanto como a monseñor Ronald Knox; un matrimonio entre María, reina de Escocia, y don Juan de Austria no habría contribuido de ninguna manera a que la reina escocesa fuera menos veleidosa, más sensata o más capaz de controlar a los protestantes, y se habría excluido al príncipe

austríaco de la vida política británica con la misma firmeza con la que se excluyó a Felipe II cuando se casó con su homónima, María I de Inglaterra; ni Luis XVI de Francia ni ningún familiar suyo mostró la más ligera inclinación a convertirse en monarca constitucional y habrían restaurado el régimen absolutista enseguida que hubieran podido; una biografía reciente ha demostrado que la idea de que Federico III de Alemania era liberal es un mito, y en cualquier caso era un personaje débil con el que el implacable Bismarck, carente de escrúpulos, hacía lo que quería; puede que la posteridad haya considerado a Carlos Eduardo Estuardo como una figura romántica, pero él también era débil e indeciso y era poco probable que hubiera cambiado significativamente nada si hubiera llegado al trono; y Estados Unidos ya era demasiado fuerte e independiente en la década de 1860 incluso para que una Confederación victoriosa contemplara la unión con Inglaterra. Sin duda los ensayos no pretendían convencer, sino meramente entretener a través de la especulación; pero ya se demostraba que era necesario que los historiadores fueran más cuidadosos que los colaboradores de Squire en el establecimiento de condiciones plausibles para sus imaginaciones si tenían que convencer a sus lectores.

El volumen de Squire reflejaba de alguna forma las incertidumbres y los miedos de la política británica de finales de la década de 1920 y principios de la de 1930, cuando ningún partido era capaz de conseguir una mayoría en el parlamento y políticos como Oswald Mosley y Winston Churchill pasaban con facilidad de un bando a otro. A medida que los contornos de la política británica y europea se volvieron más nítidos con la ascensión del nazismo, este tipo de especulaciones desapareció. Ocasionalmente siguieron apareciendo ensayos contrafactuales, unos más serios que otros, en los años sucesivos. El enorme *Estudio de la historia* en varios volúmenes de Arnold Toynbee incluyó un puñado de intentos de especulación de este tipo, siguiendo los pasos de Gibbon y abordando cómo habría sido Francia si Carlos Martel no hubiera derrotado a los árabes, pero también imaginando las consecuencias de una invasión vikinga completa de Europa.[20] En 1953 el escritor estadounidense Joseph Ward Moore publicó una novela, *Lo que el tiempo se llevó,* ambientada a mediados de siglo XX, después de la victoria de Lee casi un siglo antes en la batalla de Gettysburg durante la guerra civil estadounidense (el punto a partir del que el relato contrafactual diverge de

la serie cronológica histórica). La Confederación victoriosa ha conquistado América del Sur y buena parte del Pacífico, pero los alemanes han ganado la Primera Guerra Mundial y se han convertido en la potencia rival. Se ha abolido la esclavitud pero los avances tecnológicos han sido muy lentos y no hay aviones, bombillas, coches ni teléfonos. Mientras la Confederación prospera, Estados Unidos se ha visto reducido a una zona relativamente pequeña de América del Norte y ha caído en la pobreza y la violencia racial. En este caso el objetivo, antes que proponer un escenario contrafactual plausible, es invertir los signos de la historia real con intención satírica; y la adscripción de la novela a la ciencia ficción se confirma cuando el protagonista descubre cómo viajar al pasado (de forma improbable, dado el atraso tecnológico que se nos había descrito), visita la batalla de Gettysburg y sin darse cuenta cambia el curso de la misma de modo que Lee pierde en lugar de ganar, con lo que la serie cronológica vuelve a ser la que conocemos: el Norte derrota a la Confederación y ocurre todo lo que ocurrió en realidad. De forma oportuna, en ese momento el protagonista queda atrapado en el pasado que ha creado, ya que el mundo del que ha venido desaparece sin dejar rastro.[21]

Durante la década de 1960 y 1970, pueden encontrarse esporádicamente artículos, a menudo debidos a historiadores especialistas que especulan sobre su propio campo de investigación, en varias revistas y periódicos, sin que lleguen a iniciar una tendencia. En 1961 el periodista estadounidense William L. Shirer, autor del gran éxito de ventas *Auge y caída del Tercer Reich,* publicó un breve ensayo, "If Hitler Had Won World War II" [Si Hitler hubiera ganado la Segunda Guerra Mundial], en el que sugería que los nazis habrían conquistado Estados Unidos y habrían iniciado el Holocausto de los judíos estadounidenses. Pensado para intentar reavivar el recuerdo estadounidense de la maldad del nazismo, el ensayo apareció en un momento en que el juicio en Jerusalén contra Adolf Eichmann, el teniente coronel nazi que fue el administrador principal del exterminio de los judíos europeos, volvía a despertar la memoria pública sobre los crímenes del nazismo. Shirer había sido corresponsal de prensa en Alemania durante los años treinta y fue testigo de primera mano del antisemitismo nazi. Convencido desde un principio de que Hitler disfrutaba del apoyo abrumador de la mayoría de los alemanes de a pie, no quería que se

olvidara la historia del nazismo en una época de amistad entre Alemania Occidental y Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría.[22] En una vena más académica, en 1976 el historiador británico Geoffrey Parker publicó un ensayo más serio sobre el contrafactualismo con un breve estudio sobre lo que habría pasado si la Armada Invencible hubiera conseguido desembarcar en Inglaterra en 1588: Felipe II de España habría conquistado el país y restablecido el catolicismo, y aprovechando los abundantes recursos de la economía inglesa para sus ambiciones globales, es muy posible que hubiera llevado a la contrarreforma a la victoria en Alemania y que hubiera asentado el control español de América del Norte.[23]

Parker iba a regresar a la historia contrafactual cuatro décadas más tarde con una colección de ensayos y un intento más sistemático de justificar las especulaciones de este tipo. Su ensayo, junto a las distintas recopilaciones que lo precedieron y siguieron, demostró un rasgo de la historia contrafactual, a saber, que en tanto especulación histórica siempre adopta la forma de ensayo, normalmente muy breve. Privados de verdadero material empírico, los historiadores no tardan en quedarse sin combustible. Las especulaciones contrafactuales más extensas casi siempre han adoptado la forma de novelas. El escritor italiano Guido Morselli llevó a cabo un intento especialmente notable de novela contrafactual en 1975. Su libro *Contro-passato prossimo: un'ipotesi retrospettiva* [Pasado condicional: una hipótesis retrospectiva] mezcla técnicas novelísticas, crónica e historia para retratar un mundo en que el ejército austríaco rompe el punto muerto en el que ha embarrancado la Primera Guerra Mundial en 1916 al utilizar un túnel secreto bajo los Alpes para invadir por sorpresa el norte de Italia y penetrar en el sur de Francia. Mientras tanto, un comando británico secuestra al káiser, cuya oferta característicamente megalómana de que lo intercambien por ochenta mil prisioneros de guerra británicos levanta tal indignación en Alemania que el jefe del gobierno, el canciller Bethmann Hollweg, se ve obligado a dimitir; lo sustituye el político liberal Walther Rathenau, que concluye un armisticio con las potencias aliadas después de que el ejército alemán haya penetrado en sus filas en el frente occidental y de que la marina alemana haya destruido a la británica en el mar del Norte. Las condiciones del armisticio de Rathenau que, para sorpresa de todos, no formulan reivindicaciones territoriales, sino que proponen la creación de

una Europa federal sobre una base socialista, se rechazan en Alemania, donde un golpe expulsa a Rathenau entre manifestaciones antisemitas y lo sustituye por Hindenburg. El mariscal de campo impone leyes tan severas en los países derrotados que surgen movimientos de resistencia por todas partes y los sindicatos de toda Europa lo derrocan mediante una huelga general, lo que lleva a la vuelta de Rathenau y finalmente a la fundación de la confederación socialista europea.[24]

Morselli hace grandes esfuerzos por ofrecer detalles cuidadosamente documentados de los acontecimientos históricos de la guerra, pero desplazándolos un poco en el tiempo, de modo que el *putsch* de Kapp de 1920, en que una huelga general derrotó a un golpe derechista en Berlín, se desplaza hacia adelante y cae en manos de Hindenburg, y los avances militares en los frentes italiano y occidental siguen a una descripción detallada del estado de cosas que les precedió procedente de documentos históricos. Sin embargo, los hechos históricos alterados que sustentan el relato de Morselli son demasiado numerosos y arbitrarios para convencer al lector. El túnel secreto que atraviesa los Alpes es por sí mismo una hipótesis osada, pero no es en absoluto seguro que hubiera dado a los austríacos la ventaja decisiva que Morselli describe; además, no se trata de una circunstancia histórica alterada, sino de pura invención ficticia. Y añadir a ello el secuestro del káiser hace que todo el escenario entre de lleno en el reino de la fantasía. Ciertamente Walther Rathenau creía en la unidad económica europea y en una economía dirigida y centralizada, pero lejos de ser socialista, fue un hombre de negocios de riqueza considerable, políticamente liberal; y la idea de que habría intentado fundar una confederación política europea en lugar de una confederación económica extiende de nuevo lo plausible más allá de límites razonables.[25] Al fin y al cabo, el libro no es ni historia contrafactual ni pura ficción contrafactual. Ante todo, es un ejemplo de expresión de un deseo. La historia contrafactual de la guerra de Morselli sigue a Renouvier no solo al presentar un pasado modificado como utopía retrospectiva, sino incluso al terminarla con la realización de la idea de una liga de naciones. La única diferencia es que en el momento en que Morselli escribía, existía de hecho una organización internacional de este tipo, aunque ni mucho menos basada en el socialismo.[26]

Al año siguiente, en el ambiente de cauta liberación que empezaba a extenderse por España tras la muerte del dictador Francisco Franco, el escritor catalán Víctor Alba publicó un libro titulado *1936-1976. Historia de la II República Española,* en que narraba, como si no hubiera habido Guerra Civil, las cuatro décadas que pasaron desde lo que en realidad fue la crisis final de la República. En lugar de caer víctima de un golpe militar fracasado que llevó al inicio de tres años de hostilidades entre republicanos y sublevados, el gobierno de Casares Quiroga detiene a los conspiradores, jubila antes de tiempo a Franco y a sus generales afines y apacigua a la izquierda nacionalizando casi un tercio de la economía. La alteración del punto de partida histórico depende de convertir a Quiroga en un dirigente político mucho más firme y decidido de lo que realmente fue (en realidad dudó demasiado tiempo y luego dimitió). Como Geoffroy, Alba intercaló en su relato vislumbres del curso real de los acontecimientos, si bien los presentó como el producto de una imaginación desatada. En la historia aparecen personas reales, incluido el propio Franco, que se reincorpora como jefe del estado mayor general del ejército cuando los alemanes e italianos invaden el país en 1940, al ver en la República una importante aliada de la Francia republicana. Los alemanes bombardean Guernica como ocurrió en realidad, García Lorca es asesinado y los acontecimientos de la Guerra Civil se transforman en acontecimientos de un supuesto conflicto entre España y las potencias del Eje.[27] Este ejemplo republicano de expresión de un deseo tuvo respuesta en *Los rojos ganaron la guerra,* publicado por Fernando Vizcaíno Casas en 1989. Mientras que Alba hizo grandes esfuerzos para apoyar su libro en investigaciones académicas, el franquista Vizcaíno presentó a los republicanos, polémicamente y sin preocuparse demasiado por documentarse, como comunistas o sus cómplices conscientes, exageró las cifras de las masacres republicanas de prisioneros sublevados, minimizó o ignoró las atrocidades cometidas por su propio bando y difamó a los dirigentes republicanos tachándoles de asesinos de masas. Sin embargo, al entregarse a distorsiones tan obvias, socavó lo plausible de su propia construcción y dio pie a contrafantasías del otro bando todavía más extremas y polémicas, en las que Franco (por ejemplo) sufre una muerte espantosa al comienzo del conflicto ahogado en excrementos humanos. Las pasiones desatadas por la Guerra Civil y las

décadas de gobierno autoritario que le siguieron encontraron expresión tras la muerte de Franco en escenarios contrafactuales españoles que volvían a luchar la guerra desde el comienzo y con creciente amargura.[28]

A veces este tipo de crisis y divisiones políticas profundas puede dar pie a historias contrafactuales bastante desesperadas. En 1972, en medio de las convulsiones políticas provocadas por la guerra de Vietnam, la historiadora estadounidense Barbara Tuchman imaginó que en enero de 1945 Mao Tse-Tung y Zhou Enlai habían escrito al presidente Franklin D. Roosevelt ofreciéndole ir a la Casa Blanca para hablar de la guerra en China y especialmente del conflicto entre sus fuerzas comunistas y las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-shek, que contaban con el respaldo de Estados Unidos. Tuchman publicó la carta falsa, supuestamente oculta hasta ese momento, en la revista *Foreign Affairs,* seguida de un ensayo sobre qué habría pasado si se hubiera aceptado la oferta: puede que se hubiera convencido a Estados Unidos de que no apoyara a los nacionalistas, es posible que Mao hubiera aceptado no considerar a Estados Unidos un país enemigo, "quizá no hubiera habido guerra de Corea con todas sus nefastas consecuencias […]. Puede que no hubiéramos ido a Vietnam".[29] Tuchman formuló la hipótesis de que la oportunidad se había perdido por la actitud de obstrucción del entonces embajador estadounidense en China. Sin embargo, el realismo del escenario era dudoso, en buena medida porque la hostilidad estadounidense hacia el comunismo ya era tan profunda que una alianza con Mao contra Chiang parecía extremadamente improbable.

En Gran Bretaña, la situación era muy distinta. La colección más bien frívola de Squire dominó el campo durante mucho tiempo. Seguramente E. H. Carr pensaba en los ensayos de *If It Had Happened Otherwise* cuando tachó este tipo de especulaciones de mero juego de salón.[30] El divulgador histórico, escritor y presentador de la BBC Daniel Snowman, responsable de una larga lista de sólidas publicaciones históricas, intentó superar esta limitación en 1979. La fecha de publicación sugiere raíces políticas profundas en el clima de incertidumbre y examen de conciencia que dominó los años setenta, cuando el debate sobre la "decadencia de Gran Bretaña" estaba a la orden del día. Igual que Margaret Thatcher proclamó que podía ofrecer algo mejor a Gran Bretaña que lo que ofrecían las élites existentes, Snowman invitó a algunos historiadores a contar cómo lo

habrían hecho mejor que los actores históricos del pasado. En la introducción a su colección *If I Had Been... Ten Historical Fantasies* [Si yo hubiera sido… Diez fantasías históricas], publicada en Londres en 1979, Snowman se quejó de que en las historias especulativas como la de Squire "no hay reglas respecto al grado de condicionalidad permitido, y los resultados pueden ser tan fantasiosos como a uno le apetezca".[31] Con la ayuda de diez historiadores profesionales, Snowman procuró reducir la arbitrariedad evidente de algunas contribuciones a la colección de Squire pidiéndoles

> que evocaran un contexto histórico estrictamente auténtico y que recrearan tan exactamente como fuera posible la situación a la que se enfrentó la personalidad sobre la que trataba su ensayo. No podía haber *deus ex machina,* asesinatos inventados ni intervenciones melodramáticas del destino que dieran alas artificiales a la imaginación. Además, se pidió a los autores que se concentraran en un momento concreto del pasado y en el proceso de toma de decisiones que tuvo lugar entonces: la especulación sobre lo que podría haber ocurrido o no después solo debía ser una consideración secundaria. Por lo tanto, los 'sis' de este libro aparecen en un marco cuidadosamente circunscrito por los hechos históricos. Lo único que cambia es que se supone que el personaje principal de cada texto ha optado por una forma de actuar algo distinta, pero completamente plausible, de la que en realidad adoptó.[32]

La forma de proceder de Snowman introdujo importantes factores de restricción, que limitaban el grado de especulación de forma efectiva. Finalmente, pidió a los colaboradores (una vez más, todos eran hombres) que concluyeran su contribución con una reflexión sobre sus implicaciones. Todo ello dota a su recopilación de una unidad que encontramos en pocos casos.

Sin embargo, sigue presentando problemas. El primero, tal como reconoce Snowman, es que al escoger "grandes hombres" (y en efecto son todos hombres) da crédito a la desacreditada idea de que la historia la hacen los grandes hombres y poco o nada más, mientras que la mayoría de historiadores señalarían el papel de factores más impersonales además del impacto del individuo, o incluso en lugar de él. Desde luego, tal como

admite Snowman, "solo un necio o un romántico incurable atribuiría los movimientos fundamentales de la historia casi exclusivamente a un puñado de dirigentes". No obstante, finalmente el recopilador más que afrontar el problema lo esquiva y se limita a comentar que los ensayos del volumen "no pretenden adscribirse a un punto de vista en uno u otro sentido sobre el papel que han jugado los 'grandes' hombres de la historia, sino más bien proporcionar datos para un debate que a buen seguro seguirá muy vivo".[33] Quizá resulta más interesante que Snowman mencione la cuestión del libre albedrío y el determinismo, y señale que el presente es, o como mínimo parece ser, indeterminado, con un amplio abanico de posibles formas de proceder ante nosotros; no es hasta al cabo de un tiempo cuando empezamos a identificar las razones de tipo más general por las que escogimos una opción y no otra.[34] Sin embargo, también en este caso deja la cuestión sin resolver, quizá como no podía ser de otra manera, ya que las condiciones en las que pide a sus colaboradores que imaginen que se escoge una opción distinta están cuidadosa y estrechamente circunscritas.

Lo que es más importante, tal como ha señalado Niall Ferguson, es que todo el volumen de Snowman cae en la trampa de expresar deseos.[35] Ningún historiador, si le preguntan cómo se habría comportado si hubiera estado en la piel de un personaje histórico, dirá que no habría igualado la sagacidad, brillantez o valentía de aquella persona. La gracia del ejercicio es que lo hará mejor; no caerá en los errores de su personaje y tendrá éxito en aquello en lo que este fracasó. De este modo, Roger Thompson, en el papel de conde de Shelburne, evita la independencia de Estados Unidos; Esmond Wright, haciendo de Benjamin Franklin, impide que el descontento estadounidense de la misma época desemboque en una revolución; Peter Calvert, como Benito Juárez, salva al emperador Maximiliano, que los franceses endilgaron a los mexicanos, y trae décadas de paz a esa conflictiva tierra; Maurice Pearton es Adolphe Thiers y evita la guerra franco-prusiana de 1870-1871; Owen Dudley Edwards, que hace de Gladstone, resuelve la cuestión irlandesa; Harold Shukman, en el papel del demócrata liberal Aleksandr Kérenski, jefe del gobierno provisional en los meses que siguieron a la revolución de febrero de 1917 que derrocó al zar, evita que los bolcheviques lleguen al poder; Louis Allen, en la piel del general japonés Hideki Tojo, descarta bombardear Pearl Harbor; Roger Morgan es el

canciller Konrad Adenauer y reunifica Alemania después de la nota de Stalin de 1952 que ofreció negociaciones; Philip Windsor, de Alexander Dubček, evita la invasión del Pacto de Varsovia que en realidad derrocó en 1968 al régimen comunista liberal que él encabezaba en Checoslovaquia; Harold Blakemore se encarna en Salvador Allende y salva el gobierno socialcomunista que este presidía en Chile, al impedir un golpe militar en 1972-1973.

Los historiadores del volumen de Snowman hacen lo que un historiador no debería hacer nunca: aleccionan a personas del pasado sobre cómo debían haber hecho las cosas. ¿Realmente pensamos que podríamos haber evitado los errores que ellos cometieron? Desde luego, es fácil caer en esa tentación. Pero debemos resistirnos. Como observa Ian Kershaw en su estudio de las actitudes de los alemanes de a pie hacia la dictadura nazi: "Me gustaría pensar que si yo hubiera vivido esa época habría sido un antinazi convencido comprometido con la resistencia clandestina. Sin embargo, en realidad sé que habría estado tan confundido y que me habría sentido tan indefenso como la mayoría de la gente sobre la que escribo".[36] Nos imaginamos que lo haríamos mejor que la gente del pasado porque tenemos el lujo de la perspectiva y, esto es crucial, porque somos personas distintas con ideas y supuestos distintos y formas distintas de tomar decisiones. Evidentemente, Snowman es consciente de este problema y por lo tanto insiste en que el comportamiento de los personajes históricos cuya identidad asumen los autores tiene que estar alineado con lo que sabemos de ellos por los datos históricos. Pero, como él mismo reconoce, esto no resuelve del todo el problema de ponerse en la piel de un actor histórico muerto hace tiempo.[37] En la práctica, lo que estos historiadores hacen es desear un cambio de personalidad de las figuras históricas que abordan: Kérenski se vuelve más decidido de lo que en realidad era; Stalin se vuelve más sincero en su nota de 1952, en la que ofreció la reunificación alemana, de lo que realmente era; Allende se vuelve menos confundido de lo que estaba; Tojo se vuelve menos agresivo de lo que era; Maximiliano está menos desamparado de lo que estaba; y Thiers se vuelve más perspicaz de lo que era. Para que el truco funcione, hay que desobedecer la consigna de Snowman de respetar la personalidad de los individuos en cuya piel se ponen los colaboradores.

Sin embargo, en el contexto de un análisis de la historia alternativa, resulta más importante que cualquiera de estas consideraciones el hecho de que los colaboradores dicen poco o nada sobre las consecuencias de las decisiones alternativas que analizan. Cuando lo hacen, sus especulaciones son tan breves que constituyen poco más que sugerencias provisionales. Dos siglos después de que Shelburne consiga evitar la independencia de Estados Unidos, la máxima autoridad del país es la reina Isabel II; se cree que probablemente la victoria del emperador Maximiliano de México no habría provocado grandes cambios a largo plazo, con una serie de golpes de estado y dictaduras, aunque se apunta a la posibilidad de que no hubiera habido revolución mexicana en 1911 y que por tanto tal vez Estados Unidos no hubiera intervenido en la Primera Guerra Mundial, que también podría haberse evitado si no hubiera estallado la guerra franco-prusiana de 1870. Pero se omiten todos los años intermedios, y por consiguiente no se toma en consideración ninguno de los posibles acontecimientos o evoluciones que hubieran podido ocurrir en ese tiempo. De hecho, en última instancia, estas hipótesis a largo plazo son de interés secundario para los colaboradores, estrictamente subordinados a la tarea principal que se les ha encargado, es decir, examinar las decisiones y ponerse en la piel de los actores que les corresponden, y explorar su contexto histórico inmediato.[38] Además, estas especulaciones ponen una enorme capacidad imaginativa en manos de políticos concretos, y les dan retrospectivamente los medios para desafiar o dar la vuelta a las grandes fuerzas históricas a las que se enfrentaron.

Muy distinto fue el intento de Alexander Demandt, historiador alemán especialista en la antigua Roma, de justificar la historia contrafactual en 1984. En su breve tratado *Ungeschehene Geschichte* [Historia que no ha ocurrido], sostuvo que "las referencias a posibles desarrollos alternativos nos descubren acontecimientos cruciales que fácilmente habrían podido terminar de otra manera". El problema de esta idea relativamente banal es que en realidad esas referencias no son necesarias para descubrir los acontecimientos en cuestión. Los quince ejemplos de Demandt abordaron temas recurrentes como la derrota de Carlos Martel en 732 (una Europa en paz marcada por un avance temprano del conocimiento científico); la victoria de la Armada Invencible en 1588 (una Inglaterra católica, quizá liberal debido a la destitución del duque de Alba y la proclamación de la

tolerancia religiosa); y la supervivencia del archiduque Francisco Fernando en 1914 (ni Primera ni Segunda Guerra Mundial). Por lo tanto, Demandt tenía tanta tendencia a expresar deseos como el resto de contrafactualistas. Sin embargo, introdujo una serie de cuestiones clave que iban a ocupar a los estudiosos del género por algún tiempo, con sus afirmaciones de que las "alternativas alejadas de la realidad son improbables", "los acontecimientos están predeterminados en mayor o menor grado" y "los acontecimientos improbables van aparte"; en otras palabras, planteó el problema de hasta qué punto y de qué manera se puede restringir o limitar la imaginación contrafactual. "Hay que contrastar la fantasía histórica –señaló acertadamente– con la plausibilidad empírica. La medida de lo irreal es lo real".[39]

El tratado de Demandt aportó una nota de seriedad alemana al tema, pero la frivolidad angloestaounidense no tardó en reafirmarse con un fino volumen que contenía veintidós ensayos de varios autores, en su mayor parte historiadores profesionales británicos y estadounidenses, editado en 1985 por el especialista en historia de Francia y profesor de Yale John Merriman, titulado *For Want of a Horse: Choice and Chance in History* [Por falta de un caballo: elección y azar en la historia], una referencia al pasaje del final de *Ricardo III* de Shakespeare en que el rey muere en una batalla porque no encuentra un caballo que montar, con lo que se da inicio a la nueva dinastía de los Tudor y en Inglaterra se pone fin a la Edad Media. Publicitadas en la cubierta como "especulaciones humorísticas", la recopilación incluyó breves análisis de una gran variedad de temas, incluido el papel de las palomas en Francia, o del *borsch,* la sopa de remolacha, en Rusia, o, de forma más general, la mala suerte (como en el caso de los Estuardo, a los que les tocó más parte de ella que la que les correspondía), o el azar y la contingencia, como el giro equivocado del coche del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo en 1914, que resultó en su asesinato. De hecho, solo cinco ensayos son realmente especulativos, en el sentido de que se dedican principalmente a analizar cursos alternativos que hubieran podido tomar los acontecimientos en lugar de narrar los propios acontecimientos y subrayar el papel del azar y la contingencia en la forma como acabaron sucediendo.

Hay ensayos entretenidos sobre qué habría pasado si Fidel Castro, que en

su juventud fue un talentoso jugador de béisbol, hubiera aceptado el contrato que le habrían podido ofrecer los Giants de Nueva York (no habría habido revolución cubana); o si Voltaire se hubiera instalado en Pensilvania (habría proporcionado ideas a la revolución estadounidense); o si la niña india americana Pocahontas no hubiera salvado al colono John Smith (Virginia habría fracasado, de modo que no habría habido ni revolución estadounidense ni guerra civil); o si la Confederación hubiera ganado la guerra (la "cortesía sureña" se impone en la Unión); o si Jaime II hubiera triunfado en 1688 (Inglaterra habría vuelto al catolicismo); o si el gobernador Hutchinson hubiera logrado evitar el motín del té (Estados Unidos se habría convertido en "otro Canadá"). Sin embargo, el sentido de todo esto, como dice el editor, es reintroducir "espíritu lúdico y buen humor" en la escritura de la historia y no mucho más.[40] La derivación de grandes consecuencias a partir de pequeños acontecimientos forma parte de la diversión. Una vez más, en muchos casos se atribuyen capacidades casi sobrehumanas a actores individuales: ¿realmente pensamos que Jaime II de Inglaterra tenía la capacidad de convertir al catolicismo a los protestantes ingleses, la abrumadora mayoría de la población? Y también se requieren cambios de personalidad. ¿Realmente pensamos que Fidel Castro se habría olvidado de sus inquietudes políticas si hubiera llegado a ser un jugador profesional de béisbol?[41]

La frivolidad y el carácter caprichoso son dos de las principales razones por las que las historias alternativas no han sido tomadas en serio por los historiadores, incluso por algunos que han contribuido a ellas. Los historiadores siempre han considerado que su tarea primordial es averiguar qué pasó en realidad, no imaginar lo que podría haber pasado, y aunque la primera tarea entraña retos más o menos importantes, la última es prácticamente imposible, ya que la historia depende sobre todo de la aportación de pruebas, y en el último caso hay pocas o ninguna que aportar. Tradicionalmente los historiadores han desconfiado de la especulación, de modo que en general su reacción a los escenarios de "y si..." ha sido hostil o indiferente. Aviezer Tucker se ha preguntado con escepticismo: "¿Para qué sirve la historia contrafactual, aparte de para entretener nuestras facultades imaginativas?". Tucker reconoce que los historiadores utilizan implícitamente un marco contrafactual cuando califican una causa de

necesaria, con lo que dan a entender que si no hubiera estado presente, las cosas habrían acabado de otra manera. Pero añade acertadamente que en general los historiadores no son tan osados y, en cualquier caso, al calificar una causa de necesaria en lugar de posible o coadyuvante, casi nunca especulan sobre el curso alternativo que hubieran podido tomar los acontecimientos si esa circunstancia no hubiera estado presente.[42]

Y la pregunta de "¿y si...?" a menudo ha amenazado, por así decirlo, con dejar a los historiadores sin trabajo al reducirlo todo a una cuestión de azar. En efecto, algunos exponentes del género parecen deleitarse en atribuir pequeñas causas a grandes acontecimientos, en la línea de las especulaciones de Pascal sobre lo que habría ocurrido si Cleopatra hubiera tenido una nariz más pequeña; A. J. P. Taylor fue uno de los principales exponentes de esta aproximación, tanto en su explicación del estallido de la Primera Guerra Mundial en *La guerra planeada* (*War by Timetable: How the First World War Began,* Londres, 1969) como en su autobiografía *A Personal History* [Una historia personal], publicada en Londres en 1983. Pero si todo fuera producto del azar, sería imposible explicar nada, y de hecho el propio Taylor subrayó la inevitabilidad del nazismo en su libro *The Course of German History* [Los derroteros de la historia de Alemania], publicado en 1946. A ningún historiador se le ha ridiculizado más que a H. A. L. Fisher, que en su historia de Europa, escrita a principios de la década de 1930, concluyó con cierta desesperación que solo podía haber "una regla segura para el historiador: que debía reconocer el papel de lo contingente e imprevisto en el desarrollo de los destinos humanos" y admitir que "no puede haber generalizaciones".[43] El punto de vista de Fisher ha suscitado un amplio rechazo entre los historiadores porque la mayoría ven la generalización y la explicación como su principal cometido. Si los historiadores no explican las cosas, caen al nivel de cronistas.

Por otra parte, tal como hemos visto, la pregunta de "¿y si..." se ha vinculado a menudo a individuos, como en las especulaciones sobre qué habría cambiado si Hitler hubiera muerto antes o si Lenin hubiera muerto más tarde de cuando murió. Incluso E. H. Carr estaba dispuesto a admitir en sus últimos años que puede que la Rusia soviética se hubiera ahorrado los peores estragos de las grandes purgas de Stalin si Lenin hubiera vivido hasta la década de 1940, como era muy posible hasta que quedó

gravemente herido después de un intento de asesinato durante la guerra civil rusa. Esta idea –otro ejemplo de grandes consecuencias derivadas de pequeños acontecimientos– delata una ingenua creencia en las capacidades extrahistóricas de los grandes hombres, o como mínimo los poderosos, que en sus primeros años Carr no hubiera aceptado. Puede considerarse la propia especulación de Carr sobre Lenin como un ejemplo de lo que el historiador criticó tan mordazmente en *¿Qué es la historia?*: la expresión de un deseo. En el caso de Carr, delataba una tendencia quizá sorprendente a intentar salvaguardar la reputación y legitimidad históricas de la revolución bolchevique al sugerir que Stalin la había pervertido, y al culpar a un solo hombre y no al propio sistema soviético de la violencia, los asesinatos en masa y la hambruna intencionada de los años treinta.[44] Al subrayar la importancia de individuos como Lenin y Stalin, Carr iba a contracorriente del alejamiento del enfoque centrado en los "grandes hombres" característico de la segunda mitad del siglo xx que tuvo lugar con el ascenso de la historia social y luego cultural, que, mucho antes del momento en que escribía Carr, proporcionó otra razón por la cual la pregunta de "¿y si...?" generaba desconfianza.

Por estas razones, por tanto, los historiadores han tendido en general a evitar la especulación sobre lo que podría haber pasado y se han centrado mayoritariamente en intentar averiguar y explicar lo que pasó. Como señaló el gran historiador alemán Friedrich Meinecke: "En la historiografía, uno suele evitar dar una respuesta explícita a la pregunta de qué habría pasado si un acontecimiento concreto hubiera terminado de forma distinta, o si una personalidad concreta no hubiera estado presente en la acción. Estas consideraciones se tachan de vanas y lo son".[45] Sin embargo, en las dos últimas décadas ha habido síntomas de cambio. Ha llegado de dos ámbitos. En primer lugar, de la historia económica cuantitativa o historia econométrica, y en este caso en especial del estadounidense Robert Fogel, cuya primera publicación importante planteó lo que él llamó una suposición "contrafactual", es decir, construyó un modelo estadístico sobre qué le habría pasado a la economía de Estados Unidos si no se hubiera construido el ferrocarril, como hipótesis "contrafactual", para mostrar estadísticamente cuál fue la contribución del ferrocarril al crecimiento económico estadounidense, o, en otras palabras, su importancia en la economía

estadounidense. Se trataba de un ejercicio estadístico, en realidad no era un intento de imaginar unos Estados Unidos sin ferrocarril, o de caer en la nostalgia del oeste de Estados Unidos de los años anteriores a que el caballo de hierro atravesara las Grandes Llanuras, ni tampoco se trataba de sostener que había habido alguna posibilidad, por muy remota que fuera, de que no se hubiera construido el ferrocarril. No tenía nada que ver con lo que hubiera podido ser. El concepto de "contrafactual" correspondía en este caso a la literalidad de la palabra, a saber, desarrollar un elemento que no ocurrió para explicar mejor las consecuencias de lo que ocurrió. La fuerza de este tipo de análisis derivaba justamente de la imposibilidad de imaginar que el acontecimiento hubiera podido convertirse en, por así decirlo, factual.[46]

El análisis de Fogel era esencialmente estadístico: el ferrocarril aparecía, o más bien desaparecía, como un elemento de una serie de ecuaciones que producían a grandes rasgos el mismo resultado que si se incluía el ferrocarril; en otras palabras, Fogel mostró que el ferrocarril no fue tan determinante para el crecimiento económico de Estados Unidos. Se han utilizado métodos similares en otros ámbitos de la historia económica o econométrica, aunque se les ha criticado por aplicar a frágiles estadísticas del siglo XIX un peso de procesamiento de datos numéricos que sencillamente no pueden aguantar, y por establecer una serie de supuestos no probados y quizá imposibles de probar sobre la vinculación o no de la construcción del ferrocarril a otros sectores de la economía, supuestos que al fin y al cabo acaban demostrando la tesis que se sostiene. Finalmente, cualesquiera que sean sus méritos o deméritos, la utilización de escenarios contrafactuales por parte de los econometristas no tiene nada que ver con el azar y la contingencia en la historia, sino más bien al contrario.[47] En realidad, en este caso no estamos ante una pregunta del tipo "¿y si...?", ya que no se plantea una verdadera alternativa a lo que pasó.

Hasta los años noventa, pues, las especulaciones contrafactuales se mantuvieron fundamentalmente en un nivel de entretenimiento, aparecieron de forma intermitente y no pretendían que las tomaran en serio. Sin embargo, en ese momento llegó un cambio desde otro ámbito. Apareció un caudal de nuevas colecciones y el flujo de publicaciones ya no se ha interrumpido. En 1997 Niall Ferguson editó una recopilación con el

título de *Historia virtual* (*Virtual History,* Londres, 1997). Esta colección expresó y potenció un interés renovado por el género. Se publicó casi al mismo tiempo que una colección muy extensa de ensayos de historiadores estadounidenses, *If the Allies Had Fallen: Sixty Alternate Scenarios of World War II* [Si los aliados hubieran perdido: sesenta escenarios alternativos de la Segunda Guerra Mundial], editado por Dennis E. Showalter y Harold C. Deutsch (Nueva York, 1997). En 1998 salió un número especial de la revista *Military History Quarterly* dedicado al tema, reimpreso al año siguiente con el título de *What If? The World's Foremost Military Historians Imagine What Might Have Been* [¿Y si...? Los principales historiadores militares del mundo imaginan lo que hubiera podido suceder], editado en Nueva York por Robert Cowley, un historiador militar estadounidense y editor y fundador de la *Military History Quarterly*. Las palabras "principales" y "del mundo" desaparecieron en las sucesivas ediciones, pero Cowley, ni corto ni perezoso, siguió con dos recopilaciones más: *More What If? Eminent Historians Imagine What Might Have Been* (Nueva York, 2001) y *What If? America: Eminent Historians Imagine What Might Have Been* (Nueva York, 2005). En 2004 Andrew Roberts sacó a la luz una colección titulada *What Might Have Been: Leading Historians on Twelve 'What Ifs' of History* (Londres, 2004). Dos años después, el trío compuesto por Richard Ned Lebow, Geoffrey Parker y Philip Tetlock publicó el ya mencionado *Unmaking the West: 'What-If?' Scenarios That Rewrite World History* (Ann Arbor, Michigan, 2006). Por lo tanto, a ambas orillas del Atlántico, la historia contrafactual se ponía claramente de moda hacia finales del siglo XX y principios del XXI.

La moda ha seguido hasta nuestros días. En el año 2006 también salió a la luz la colección de Duncan Brack *President Gore… and Other Things That Never Happened* [El presidente Gore... y otras cosas que nunca ocurrieron], publicado en Londres en 2006, una continuación de *Prime Minister Portillo... and Other Things That Never Happened* (Londres, 2004) y a la que seguiría *Prime Minister Boris… and Other Things That Never Happened* (Londres, 2011), ambas editadas conjuntamente por Duncan Brack y Iain Dale, que en el último caso se apartan de la historia alternativa y se adentran en el campo todavía más arriesgado de la predicción del futuro. El autor más prolífico del género, el exmilitar estadounidense de origen griego Peter Tsouras, ha publicado media docena de "historias alternativas" a las que dio inicio en 1994 con *Disaster at D-Day: The Germans Defeat the Allies* (Nueva York, 1994),

seguida de libros sobre Stalingrado, la Guerra Fría, el frente de Europa oriental, la batalla de Gettysburg y una colección de ensayos titulada *Hitler triunfante: once historias alternativas de la Segunda Guerra Mundial* (*Third Reich Victorious: Alternate Decisions of World War II,* Nueva York, 2002). El divulgador histórico Dominic Sandbrook escribió una serie de artículos en la revista *New Statesman* en 2010-2011 en los que exploró historias alternativas parecidas sacadas de la historia de Gran Bretaña. Jeremy Black escribió un libro entero dedicado al tema de *What If? Counterfactualism and the Problem of History* [¿Y si...? El contrafactualismo y el problema de la historia], publicado en Londres en 2008. Seguro que ha habido más contribuciones al género aparte de estas; y seguro que vendrán más, sobre todo desde el mundo intelectual angloestadounidense.[48]

¿Cómo podemos explicar esta moda reciente de la historia contrafactual? En su esclarecedor libro *The War Hitler Never Won* [La guerra que Hitler no ganó],[49] Gavriel Rosenfeld la atribuye en primer lugar a la decadencia y caída de las ideologías que dominaron el pensamiento occidental en los siglos XIX y XX. Al desaparecer de la escena el fascismo, el comunismo, el socialismo, el marxismo y otras doctrinas o transformarse en ideologías más blandas y menos rígidas –cuando los *ismos* se convirtieron en cosa del pasado– también desaparecieron las teleologías y la historia se volvió algo abierto, lo que liberó un espacio para la especulación sobre el curso o cursos que podría haber tomado. Quizá podamos trazar un paralelo con el fin de la historia providencialista que permitió que escritores como D'Israeli, Geoffroy y Renouvier empezaran a pensar en la historia alternativa en el siglo XIX. A finales del siglo XX, junto a las ideologías, el concepto de progreso también ha recibido un duro golpe, lo que ha quitado al futuro certidumbre o incluso probabilidad. Una nueva incertidumbre ha sustituido al optimismo de la generación de los años sesenta, al extenderse la sensación de desorientación y miedo ante amenazas como el calentamiento global, el terrorismo, las pandemias, el fundamentalismo religioso y muchas otras. La creciente desconfianza en la posibilidad de prever el futuro ha animado la especulación sobre el curso que hubiera podido tomar la historia en el pasado, cuando este también parecía abierto. Al mismo tiempo, el público lector y cinéfilo se ha entregado a la fantasía, con lo que llena el vacío dejado por la decadencia de las grandes ideologías.

Junto a estos cambios culturales generales se asistió al surgimiento del posmodernismo, con su escepticismo sobre la posibilidad de un verdadero conocimiento histórico, la difuminación de los límites entre pasado y presente, y hecho y ficción, y el cuestionamiento de la concepción lineal del tiempo. El posmodernismo recuperó la creencia en la subjetividad del historiador al tiempo que socavó la búsqueda científica de la objetividad tan característica de los historiadores de los años setenta. El historiador británico Tristram Hunt se quejó en 2004 de que conforme el rigor de la historia social daba paso a la empatía de la historia cultural, "lo que se nos ofrece en el mundo posmoderno de la contingencia y la ironía son una serie de discursos biográficos en los que un relato es tan válido como otro. Una historia es tan buena como otra y se difuminan los límites de lo factual, lo contrafactual y la ficción. Toda historia es historia contrafactual".[50] Aunque Hunt exageraba para llamar la atención, tenía parte de razón. La revolución digital nos ha permitido manipular a voluntad el registro fotográfico del pasado y crear películas en las que la mayor parte de lo que vemos está generado por ordenador y no siempre corresponde a una representación de la realidad, mientras que el ciberespacio nos ha introducido en una realidad alternativa en la que las personas que nos encontramos no necesariamente son las que parecen ser. Hoy mucha gente aprende cosas sobre la Europa medieval principalmente a partir de representaciones fantásticas como *Juego de tronos* o *El señor de los anillos.* En televisión, la historia se presenta como una mezcla de información y entretenimiento, y los docudramas "basados en una historia real" se emiten con mucha mayor frecuencia que los intentos de representar la historia sin embellecimiento ficticio, que se dejan ver menos.[51] Los juegos de guerra y las simulaciones por ordenador nos permiten participar en acontecimientos o escenarios del pasado y hacer que terminen de forma distinta a como terminaron.

Es evidente que una parte de estas representaciones puede englobarse en la categoría del entretenimiento, pero está igualmente claro que aquí hay un nuevo potencial para un desarrollo más serio de la historia contrafactual. Sin embargo, muy a menudo estas historias se deslizan por la resbaladiza pendiente de la expresión de un deseo. En efecto, E. H. Carr pensaba que los contrafactualistas se dedicaban en buena parte a "saldar cuentas

pendientes; regalarse fantasías; […] y sobre todo a estimular las emociones contrafactuales por excelencia: el pesar (por mundos mejores a los que faltó poco por hacerse realidad) y el alivio (ante destinos peores de los que escapamos por los pelos)". Sería fácil volver esta crítica contra el propio Carr por su pesar ante la muerte temprana de Lenin.[52] Según él, en el futuro se iba a imponer una economía planificada de estilo soviético y Stalin había dificultado la consecución de ese objetivo a través de sus crímenes. Las construcciones contrafactuales sobre el pasado casi siempre tienen implicaciones políticas para el presente, que pueden ser de varios tipos. Gavriel Rosenfeld ha sostenido que "los escenarios fantasiosos […] tienden a ser progresistas, porque al imaginar un pasado alternativo mejor ayudan a ver las limitaciones del presente, que implícitamente están a favor de cambiar".[53] Sin embargo, en un lugar y un tiempo en que domine el progresismo, el socialismo u otra variedad de doctrina política, gobierno o sistema no conservador, serán los conservadores los que querrán cambiarlo, como quedó claro en Estados Unidos durante la presidencia de Bill Clinton y en el Reino Unido siendo primer ministro Tony Blair.

1 Victor Hugo, *Les Misérables,* trad. al inglés de Norman Denny, Londres, 1988 [1862], pp. 279-324 [*Los miserables,* María Teresa Gallego Urrutia, tr., Madrid, Alianza, 2015].

2 James Joyce, *Ulysses,* Londres, 1986 [1922], p. 21 [*Ulises,* José María Valverde, tr., Barcelona, rba, 1995].

3 "Le nez de Cléopatre: s'il eût été plus court, toute la face de la terre aurait changé", en Blaise Pascal, *Pensées,* París, Léon Brunschwig, 1976, p. 71; Edward Hallett Carr, *What Is History?,* ed. del 40 aniversario, Londres, 2001 [1961], pp. 91-93 [*¿Qué es la historia?,* Joaquín Romero Maura y Horacio Vázquez Rial, trs., Barcelona, Ariel, 2003].

4 *The Adventures of Robert Chevalier, call'd De Beauchene, Captain of a Privateer in New-France,* Londres, 1745 [1732].

5 Edward Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire,* Londres, 1910 [1772-1789], vol. 5, p. 399 [*Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano,* José Mor de Fuentes, tr., Madrid, Turner, 2006, 4 vol.]; para la experiencia de Gibbon en Oxford, véase su *Autobiography of Edward Gibbon, as originally edited by Lord Sheffield,* Londres, 1907 [1796], pp. 31-55.

6 Isaac D'Israeli, "Of a History of Events Which Have Not Happened", en *Curiosities of Literature,* París, 1835, vol. 2, pp. 369-378. D'Israeli publicó originalmente las *Curiosities* en 1791, y un segundo volumen en 1793, seguido por varias nuevas ediciones, incluida una que incluyó un tercer volumen en 1817, y fue añadiendo ensayos durante todo el proceso. Sobre Alejandro, véase Tito Livio, *Ab urbe condita,* libro 9, secciones 17-19; para *Tirante el Blanco,* véase la traducción al

inglés de David Rosenthal, Londres, Schocken, 1984, pp. 555-624.

7 Christoph Rodiek, *Erfundene Vergangenheit: Kontrafaktische Geschichtsdarstellung (Uchronie) in der Literatur,* Frankfurt, Analecta Romana 57, 1997, p. 63.

8 Jean Tulard, ed., *Napoléon à Sainte-Hélène: Par les quatre évangélistes Las Cases, Montolon, Gourgaud, Bertrand,* París, 1981, pp. 326-327; citado en Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* p. 67. Véase también Kai Brodersen, *Virtuelle Antike: Wendepunkte der Alten Geschichte,* Darmstadt, 2000.

9 Louis Geoffroy, *Napoléon apocryphe, 1812-1832: Histoire de la conquête du monde et de la monarchie universelle,* París, 1844 [1836]; Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 67-89.

10 Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* p. 72 n. 10; Emmanuel Carrère, *Le détroit de Behring: Introduction à l'uchronie: Essai,* París, 1986, pp. 18-32. En realidad Josefina murió en 1814.

11 Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 67-76; véase también Pierre Veber, *Seconde vie de Napoléon Ier,* París, 1924; y Louis Millanvoy, *Seconde vie de Napoléon (1821-1836),* París, 1913.

12 Charles Renouvier, *Uchronie (L'utopie dans l'histoire): Esquisse historique apocryphe du développement de la civilisation européenne tel qu'il n'a pas été, tel qui'il aurait pu être,* París, 1876, reimpresión de artículos de *Revue philosophique et religieuse 7,* 1857, pp. 187-208, y 510-541; y 8, 1857, pp. 246-279; véase también Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 77-89, y Carrère, *Le détroit de Behring,* pp. 53-62. Véase en general Paul Alkon, *Origins of French Fantastic Fiction,* Atlanta, 1987.

13 Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* p. 79.

14 Ibíd., pp. 77-90. Los apéndices de Renouvier ocupan más de cien páginas de su libro.

15 "If Napoleon Had Won the Battle of Waterloo", en George Macaulay Trevelyan, *Clio: A Muse, and Other Essays, Literary and Pedestrian,* Londres, 1913, pp. 184-200; reimpreso en John Collings Squire, ed., *If It Had Happened Otherwise,* Londres, 1972 [1932], pp. 299-312.

16 Véase David Cannadine, *G. M. Trevelyan: A Life in History,* Londres, 1992.

17 Edmund Blunden, "Sir John Collings Squire", rev. Clare L. Taylor, *Oxford Dictionary of National Biography,* Oxford, 2004, número de índice 101036227.

18 Véase también la reelaboración de esta fantasía en Geoffrey Hawthorn, *Plausible Worlds: Possibility and Understanding in History and the Social Sciences,* Cambridge, 1991, pp. 1-3. [*Mundos plausibles, mundos alternativos: posibilidad y comprensión en la historia y en las ciencias sociales,* Gloria Carnevali de Hawthorn, tr., Cambrigde, Cambrigde University Press, 1995].

19 Squire, *If It Had Happened Otherwise,* p. 48.

20 Arnold J. Toynbee, *A Study of History,* Oxford, 1934, vol. 2, *The Genesis of Civilisations,* parte 2 [*Estudio de la historia,* Luis Grasset, tr., Madrid, Alianza, 1998].

21 La victoria confederada en la guerra civil estadounidense es una de las historias contrafactuales más recurrentes, aunque las consecuencias que acarrea difieren mucho en cada caso. Véase Phil Patton, "Lee Defeats Grant", *American Heritage* 50, septiembre de 1999, pp. 39-45.

22 William L. Shirer, "If Hitler Had Won World War II", *Look,* 19 de diciembre de 1961, pp. 28 y 43. Consúltese también el análisis en Gavriel Rosenfeld, *The World Hitler Never Made: Alternate History and the Memory of Nazism,* Cambridge, 2011, pp. 103-104. Para una narración especulativa que imagina una Inglaterra católica y un papado tradicionalista que pervive a finales del siglo xx, véase Kingsley Amis, *The Alteration,* Londres, 1976 [*La alteración,* Amalia Martín-Gamero, tr., Barcelona, Debate, 1993]. El clásico de Philip Roth, *The Plot Against America,* Nueva York, 2004 [*La conjura contra América,* Jordi Fibla, tr., Barcelona, Círculo de Lectores, 2006], imagina un Estados Unidos fascista y antisemita tras la elección de Charles Lindbergh como presidente del país en 1940.

23 Geoffrey Parker, "If the Armada Had Landed", *History* 61, 1976, pp. 358-368.

24 Guido Morselli, *Past Conditional: A Retrospective Hypothesis,* Londres, 1989 [1975].

25 Shulamit Volkov, *Walther Rathenau: Weimar's Fallen Statesman,* New Haven, 2012.

26 Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 100-108; véase también Susanne Kleinert, "Historiographie

und fiktionale Geschichtsdarstellung in Guido Morsellis 'Contro-passato prossimo'", en Helene Harth et al., eds., *Konflikt der Diskurse: Zum Verhältnis von Literatur und Wissenschaft im modernen Italien,* Tubinga, 1991, pp. 231-248.

27 Víctor Alba, *1936-1976: Historia de la II República Española,* Barcelona, Planeta, 1976; analizada en Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 117-119.

28 Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 119-122, analiza Fernando Vizcaíno Casas, *Los rojos ganaron la guerra: Cómo hubiera podido ser el futuro –nuestro presente– si Franco pierde la guerra civil,* Barcelona, Planeta, 1989; y Manuel Talens, "Ucronía", en *Venganzas,* Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 25-34.

29 Barbara W. Tuchman, "If Mao Had Come to Washington: An Essay in Alternatives", *Foreign Affairs* 51, 1971-1972, pp. 44-64. Véase también Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* p. 128.

30 Carr, *What Is History?,* pp. 91-93.

31 Daniel Snowman, ed., *If I Had Been… Ten Historical Fantasies,* Londres, 1979.

32 Ibíd., p. 2.

33 Ibíd., pp. 4-5.

34 Ibíd., pp. 6-8.

35 Niall Ferguson, ed., *Virtual History: Alternatives and Counterfactuals,* Londres, 1997, p. 12 [*Historia virtual,* Barcelona, Taurus, 1998].

36 Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945,* Oxford, 1983, p. VIII.

37 Snowman, *If I Had Been…,* pp. 3, 9.

38 Ibíd., pp. 28, 70, 94-95.

39 Alexander Demandt, *History That Never Happened: A Treatise on the Question, What Would Have Happened If…?,* Jefferson, 1993 [1984], 3a ed., pp. 135-151.

40 John M. Merriman, ed., *For Want of a Horse: Choice and Chance in History,* Lexington, 1985, p. X.

41 El año siguiente salió a la luz otra colección estadounidense, *Alternative Histories: Eleven Stories of the World as It Might Have Been,* ed. Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg, Nueva York, 1986, lo que sugiere que el género ya volvía a estar en boga. Las fantasías compensatorias sobre una victoria confederada en la guerra civil estadounidense ya las había parodiado el humorista James Thurber en su relato breve "If Grant Had Been Drinking at Appomattox", disponible en numerosas páginas web.

42 Aviezer Tucker, reseña de Ferguson, *Virtual History*, de *History and Theory* 38, n.º 2, mayo de 1999, pp. 254-276, en concreto, pp. 265-266.

43 H. A. L. Fisher, *A History of Europe,* Londres, 1936, pp. v-vi.

44 Edward Hallett Carr, *From Napoleon to Stalin,* Londres, 1989, pp. 262-263, entrevista de Perry Anderson [*De Napoleón a Stalin,* Josep María Portella, tr., Barcelona, Crítica, 1983].

45 Friedrich Meinecke, *Werke,* Múnich, 1957-1979, vol. 4, p. 261, citado en Demandt, *History,* pp. 5-6.

46 Robert William Fogel, *Railroads and American Economic Growth: Essays in Econometric History,* Baltimore, 1964. Véase también Stanley L. Engerman, "Counterfactuals and the New Economic History", *Inquiry* 23, 1980, pp. 157-172. Para una defensa de estos procedimientos, véase Eric Hobsbawm, *On History,* Londres, 1997, pp. 113-115 [*Sobre la historia,* Jordi Beltrán y José Ruiz Hernández, trs., Barcelona, Crítica, 2014].

47 Merriman, *For Want of a Horse,* p. IX.

48 "Historians Warming to Games of 'What If'", *The New York Times,* 7 de enero de 1998; Martin Arnold, "The What Ifs That Fascinate", *The New York Times,* 21 de diciembre de 2000.

49 Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* pp. 4-11. Del mismo autor, véase "Why Do We Ask 'What If?' Reflections on the Function of Alternate History", *History and Theory* 41, n. 4, diciembre de 2010, pp. 90-103.

50 Tristram Hunt, "Pasting Over the Past", *The Guardian*, 7 de abril de 2004.

51 Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* pp. 1-11. Véase también Mark A. Carnes, ed., *Past Imperfect: History According to the Movies,* Nueva York, 1995, y Richard J. Evans, *In Defence of History*, 2ª ed., Londres, 2001 [1997].

52 Citado en Philip E. Tetlock, Richard Ned Lebow y Geoffrey Parker, eds., *Unmaking the West: 'What-If?' Scenarios That Rewrite World History,* Ann Arbor, 2000, pp. 14-16, 28-35 y notas.

53 Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* p. 11.

II

LA HISTORIA VIRTUAL

*H*an aparecido muchos más libros y ensayos sobre lo que sus autores, siguiendo la estela de Niall Ferguson en su volumen *Historia virtual* de 1997, llaman en la actualidad historia contrafactual, que en toda la historia hasta ese momento. Las historias contrafactuales se han vuelto tan frecuentes que es necesario investigarlas como un género en sí mismo. Ya no adoptan la forma de juegos de salón o *jeux d'esprit;* al contrario, se toman a sí mismas muy en serio. En estas colecciones el concepto de lo contrafactual es bastante distinto del concepto utilizado por econometristas como Fogel. Estos historiadores no están enfrascados en un cálculo estadístico teórico, sino que intentan proponer una serie de argumentos serios sobre alternativas posibles y reales a lo que realmente pasó.

¿Qué les hace pensar que lo que hacen es más serio que los juegos de salón con los que se entretenían algunos de sus predecesores o la expresión de deseos que se permitían otros? Ellos responden que su intención explícita es recuperar el libre albedrío y la contingencia de la historia y restablecer al actor individual en una historia estudiada demasiado a menudo en términos de fuerzas impersonales. "La historia que implica a grandes personas o acontecimientos fundamentales –se queja Robert Cowley en la introducción a *More What If?*– no está de moda. Hoy todo tiene que ver con las grandes tendencias, las olas que se hinchan, se rompen y retroceden. Nos quedamos con la impresión de que la historia es inevitable, de que lo que pasó no podría haber pasado de otra manera, y que la incertidumbre y la contingencia no tienen lugar en el esquema general de la existencia humana".[1] De forma parecida, Jeremy Black sostiene que el objetivo de la historia contrafactual es subrayar "el carácter contingente e indeterminado del cambio histórico y socavar cualquier idea sobre la inevitabilidad del resultado histórico real".[2] "Evidentemente que esta forma de pensar enfurece a los liberales, marxistas, deterministas y a todos los que creen que algún tipo de providencia o destino preestablecido determina la existencia

humana".[3] Tanto Black como Roberts animan a los historiadores a liberarse de la tiranía de la perspectiva que da el tiempo y a intentar ver el pasado como lo veía la gente que vivía en él, lleno de posibles futuros abiertos e indeterminados. "Al experimentar con el pensamiento contrafactual –sostiene Benjamin Wurgaft en un artículo reciente–, los historiadores intelectuales pueden recuperar la conciencia de la absoluta contingencia de las historias que contamos sobre los grandes textos y debates de la historia intelectual".[4]

De forma parecida, Geoffrey Parker y Philip Tetlock, en *Unmaking the West,* la colección que editaron, denuncian la presencia entre los historiadores de un "sesgo hacia el determinismo retrospectivo" y afirman que "echar por tierra la complacencia con la perspectiva que da el tiempo es la mejor forma de apreciar lo inciertas que parecían las cosas antes de que todo el mundo estuviera condicionado por el conocimiento de cómo acabaron".[5] Simon Kaye, en un artículo reciente que defiende la utilidad de la historia contrafactual, declaró que su principal objetivo es contrarrestar "una desafortunada mentalidad contemporánea de supuesta certidumbre determinista"; al subrayar "la importancia de la acción humana" en la historia.[6] Nada de esto era especialmente nuevo: todos los ensayos anteriores del género habían hecho hincapié en el azar y la contingencia de la historia; en 1982 John Merriman, por ejemplo, declaró que "el azar no siempre se ha valorado lo suficiente por parte de los historiadores que intentan explicar el curso de los acontecimientos del mundo", y sostuvo que "valorar el azar contribuye a salvar a los historiadores profesionales de la tentación complaciente de intentar explicarlo todo".[7] Lo que era nuevo de la historia contrafactual de las décadas de 1990 y 2000 era la frecuencia y la vehemencia con la que se afirmaba la creencia en el azar.

Como es previsible, la mayoría de los historiadores que han escrito historia contrafactual en esta línea ha sido tanto política como metodológicamente conservadora. Hasta cierto punto, estos historiadores forman algo parecido a un grupo: John Adamson, por ejemplo, contribuyó tanto a la colección de Ferguson como a la de Roberts; el propio Roberts contribuyó al libro de Ferguson y a *More What If?* de Cowley, además de a su propia colección; mientras que el propio Cowley contribuyó al volumen de Roberts. Tal como dice Jeremy Black, puesto que el contrafactualismo da importancia a "la

voluntad, a las acciones de un número normalmente reducido de individuos", es evidente que lo cultivan más los historiadores de derechas porque, según Black, "estos últimos están mucho más dispuestos a abrazar los conceptos de individualismo y libre albedrío" que los historiadores de izquierdas.[8] En efecto hay muy pocas historias contrafactuales escritas desde una perspectiva de izquierdas. Por muchos remolinos y corrientes que haya en el camino, en general la izquierda ha creído que el viento de la historia soplaba a su favor. ¿Por qué deberían los historiadores de izquierda lamentar lo que no ocurrió en el pasado cuando el futuro todavía es suyo? Las especulaciones de E. H. Carr sobre lo que habría podido pasar si Lenin hubiera alcanzado una edad más avanzada son una de las excepciones a esta regla general; otra serían las especulaciones socialistas sobre la posibilidad de que Hitler no hubiera llegado al poder en 1933 si la izquierda hubiera formado un frente unido contra su figura; y una tercera son las reflexiones de G. M. Trevelyan sobre qué habría pasado si Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo. Pero en general las especulaciones de este tipo hechas desde la izquierda son contadas. Además, hay razones políticas y metodológicas que explican la ausencia relativa de versiones izquierdistas del género contrafactual. Tal como ha señalado Tristram Hunt:

> La historia contrafactual representa una seria amenaza tanto para la política del presente como para una cabal comprensión del pasado. No debería sorprendernos que los progresistas rara vez la cultiven, ya que implica la consideración de que las estructuras sociales y las condiciones económicas no importan. Se nos explica que el hombre es una criatura libre de casi todas las restricciones históricas, capaz de decidir a partir de su voluntad. Según Andrew Roberts, deberíamos entender que 'en asuntos humanos todo es posible'. Esto significa que hay poco que aprender de las potencialidades de la historia y que no hay necesidad de enfrentarse a las injusticias debido a su influencia marginal en los acontecimientos. Y sin ánimo de ser excesivamente determinista, no es difícil predecir la intención política de una aproximación al pasado tan reaccionaria e históricamente superflua.[9]

En la práctica, pues, la historia contrafactual ha sido a grandes rasgos un

monopolio de la derecha.

Los contrafactualistas insisten siempre en su creencia en la contingencia y el azar como corolario de su defensa de los derechos individuales. Sin embargo, puede que la cosa no se acabe ahí. E. H. Carr pensaba que "en un grupo o una nación que se encuentra en el valle y no en la cresta de los acontecimientos históricos, predominarán las teorías que subrayan el papel del azar o el accidente en la historia".[10] *A fortiori* puede decirse lo mismo de las construcciones imaginativas sobre lo que hubiera podido ser, pues muchas se basan en una sensación de pesar ante lo realmente existente. Puede ser que los historiadores británicos de inclinación conservadora empezaran a subrayar el papel del azar y a pensar que las cosas podrían –quizá deberían– haber terminado de otra manera a mediados de la década de 1990, porque un largo periodo de hegemonía del partido conservador, iniciado en 1979, llegaba a todas luces a su final con la sustitución de la heroína conservadora Margaret Thatcher por el gris John Major, cuyas políticas cuestionaba con creciente insistencia una nueva generación de la derecha *tory* a la que pertenecían muchos de los contrafactualistas, y a cuyo gobierno, debilitado y dividido por las luchas internas, lo sustituyó el gabinete neolaborista de Tony Blair en 1997.

El principal blanco de los contrafactualistas era claramente el marxismo, o lo que imaginaban que era marxismo. Por ejemplo, Andrew Roberts mencionó a tres destacados historiadores marxistas, y afirmó que "cualquier cosa que hayan condenado Carr, Thompson *y* Hobsbawm tiene que ser recomendable".[11] En realidad, Carr no debería estar en esta lista. Según el punto de vista de Carr, formado al principio de su carrera profesional, cuando fue un alto funcionario del Ministerio de Exteriores, la historia que hacía hincapié en el papel del azar o que especulaba sobre lo que hubiera podido ser era inútil porque no podía sentar las bases de la política, razón por la cual creyó que no valía la pena investigar la historia de las alternativas a lo que realmente pasó (no era un historiador marxista y ni siquiera socialista, tal como algunos, incluido Niall Ferguson, han sostenido erróneamente; en realidad en su trabajo no le interesaban nada las causas, sino solo los resultados).[12] Sin embargo, se trataba de una doctrina peligrosa, que reducía la investigación histórica al estatuto de adjunta a la política del presente, y no fue del agrado de la mayoría de historiadores,

todavía menos en un momento, en los años sesenta, cuando la nueva historia social descubría y ensalzaba a los olvidados y oprimidos del pasado, desde los estudios de Eric Hobsbawm sobre campesinos milenaristas y bandidos justicieros en el mundo mediterráneo hasta la determinación de Edward Thompson "de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al 'obsoleto' tejedor de telar manual, al artesano 'utópico' e incluso al iluso seguidor de Joanna Southroot, de la enorme prepotencia de la posteridad".[13] El desdén de Carr por lo que consideraba fracasos de la historia le hizo juntar en un mismo saco las investigaciones sobre las víctimas y los perdedores de la historia con las especulaciones sobre las alternativas no ensayadas y los desarrollos abortados de la historia.

Aunque Carr nunca fue marxista, los auténticos historiadores marxistas como Hobsbawm y Thompson estaban en el punto de mira de los contrafactualistas. Esto era tanto más sorprendente dado el hecho de que, mientras escribían los contrafactualistas, el marxismo estaba desapareciendo a marchas forzadas del panorama intelectual tras la caída del muro de Berlín en 1989. En cierto sentido, los contrafactualistas hacían leña de un árbol ideológico caído, o quizá disparaban contra un hombre de paja al criticar algo que ninguno de estos historiadores, ni ningún marxista que no estuviera encadenado a los dogmas del estalinismo, había dicho jamás. La idea de que la historia debía estar abierta a las nociones de contingencia y azar no era ninguna novedad para Hobsbawm ni para Thompson, e incluso la *Historia de la Rusia soviética* de Carr dedica un espacio considerable a las personalidades y políticas de figuras como Trotski, Bujarin y Zinóviev tras la muerte de Lenin.[14] La verdadera insistencia dogmática en la inevitabilidad histórica en cada etapa solo puede encontrarse en textos políticos como el *Curso breve* de Stalin sobre historia del comunismo soviético, no en la práctica de los historiadores marxistas; e incluso Stalin y sus seguidores acabaron insistiendo en la relativa autonomía de la "superestructura" o, en otras palabras, en la libertad de los dirigentes comunistas como Lenin y él mismo para superar las estructuras y procesos históricos generales, por ejemplo, al empujar la revolución rusa de una "revolución burguesa" en febrero de 1917 –una revolución que la teoría marxista sugería que debía conducir a un régimen capitalista liberal que durara décadas– a una "revolución socialista" en pocos meses.

Haciendo caso omiso de blancos tan fáciles, Ferguson puso en su punto de mira a los propios Marx y Engels, sobre todo por menospreciar el "libre albedrío", como el historiador cree que se evidencia en la afirmación: "Los hombres hacen su propia historia, pero no saben que están haciéndola"; o en la pregunta formulada por Marx: "¿Son libres los hombres de escoger tal o cual forma de sociedad?", que lleva a la respuesta "De ninguna manera".[15] Sin embargo, el propio Marx no veía a los seres humanos desamparados ante grandes fuerzas históricas de la forma que estas citas cuidadosamente seleccionadas sugieren. En una famosa afirmación que Ferguson *no* cita, Marx sostuvo que "la gente hace su propia historia, pero no la hacen como les apetece, no la hacen en circunstancias escogidas por ellos mismos, sino en circunstancias que ya estaban ahí, ofrecidas y transmitidas por el pasado".[16] Además, Marx nunca pretendió que su teoría general explicara acontecimientos concretos (aunque no siempre se atuvo a esto en la práctica, sobre todo en sus textos periodísticos), sino que ayudara a comprender las tendencias generales. En última instancia, el debate no es sobre historia, sino sobre el libre albedrío. Como dice Allan Megill, todos los historiadores parten de la base "de que los seres humanos son a la vez determinados y libres, a la vez subordinados a fuerzas externas y capaces de generar y explotar esas fuerzas". Ferguson, Roberts y la mayoría de sus colegas contrafactualistas basan sus argumentos en una polarización irreal entre una libertad total, de un lado, y una sumisión ciega a fuerzas históricas impersonales, del otro, que muy pocos historiadores, y de hecho muy pocas personas en su vida cotidiana, compartirían en la práctica: la mayor parte de la acción humana discurre entre estos dos polos imaginarios. De modo que las contundentes afirmaciones de Roberts, Black, Cowley y otros son irrelevantes; la investigación histórica debe examinar cada caso según sus propias características.[17]

No eran solo Marx y Engels quienes subrayaban la influencia restrictiva en los asuntos humanos de factores que escapaban al control humano. El gran historiador francés Fernand Braudel, en su monumental historia sobre *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II,* propuso tres niveles de la historia utilizando el mar como metáfora: las aguas profundas, quietas e inalterables del entorno que enmarcaba la vida campesina en la época preindustrial; las olas lentas del cambio económico y social; y la espuma de

la historia política en la superficie. Braudel llegó mucho más lejos que Marx en la reducción del margen de maniobra de las personas particulares, quizá en un reflejo de su propia situación ya que escribió el primer borrador del libro en un campo de prisioneros de guerra alemán, a principios de los años cuarenta. A su juicio, la inmensa mayoría de personas a principios de la edad moderna, que vivían de la tierra y subsistían de sus frutos, eran meros insectos, desamparados ante fuerzas más amplias. Braudel no vinculó satisfactoriamente entre sí los distintos niveles de la historia que propuso y por tanto nunca desarrolló una aproximación convincente a la cuestión de la causación histórica. Fue incapaz de mostrar cómo conformaron la historia política factores más amplios, excepto en aspectos más bien menores como el tiempo que llevaba que una carta viajara de Milán a Madrid en el siglo XVI. Su historia política funciona de forma más o menos independiente de su historia social, económica y ambiental y en realidad, como muestran las últimas secciones de su gran estudio en lo que es un relato bastante convencional de acontecimientos políticos, muestra un buen margen de maniobra en la toma de decisiones, en la forma de luchar las batallas terrestres y navales, o en la lucha entre facciones de la corte; la tesis que el conjunto del libro intenta defender es que toda esta actividad política cambiaba poco la vida de la gente de a pie que trabajaba la tierra (una afirmación que puede demostrarse errónea, como no tardaron en descubrir los campesinos cuando sus campos sufrieron el saqueo de los ejércitos de paso, que arruinaban las cosechas y esparcían epidemias).[18]

De modo que Braudel en realidad no era determinista en el sentido de reducir los acontecimientos políticos a epifenómenos de fuerzas históricas más amplias. De hecho, cuando se trataba de narrar la historia política, era tan entusiasta de la historia contrafactual como los demás: "Puede que sea una mala costumbre reescribir la historia como no ocurrió –dijo en una ocasión–, alterar el curso de los grandes acontecimientos para imaginar lo que hubiera podido pasar. Pero aunque puede que un juego de manos como este sea una ilusión, no carece de sentido. A su manera, mide el peso de los acontecimientos, episodios y actores, a los que se creía, o que se creían, responsables del curso de la historia". Entre otras cosas, Braudel imaginó una Francia en la que el protestantismo se había convertido en la religión dominante sin ningún conflicto importante al ser impuesta en el país por

Francisco I, contemporáneo de Enrique VIII de Inglaterra.[19]

Sin embargo, Niall Ferguson, en la introducción a su volumen *Historia virtual,* afirma que su colección de ensayos contrafactuales es un "antídoto necesario" ante el determinismo histórico como el que acusa a Braudel de practicar y a Marx de predicar.[20] ¿Qué es el determinismo y cómo pueden socavarlo las historias contrafactuales? En su sentido habitual, tal como aparece en el diccionario, "determinismo" designa la creencia de que la causa de los acontecimientos está, o puede estar, en fuerzas ajenas a la voluntad humana, es decir, que las cosas no solo ocurren porque la gente quiere que ocurran, sino que también pueden ocurrir como resultado de factores que escapan a su control. Concebido de esta manera, el determinismo parecería una doctrina que en la práctica pocos historiadores podrían cuestionar; no siempre conseguimos lo que queremos, como nos recuerda la canción de los Rolling Stones, y puede que lo que conseguimos tampoco sea el resultado de lo que una tercera persona quiere; hace tiempo, sir Herbert Butterfield señaló que los grandes enfrentamientos religiosos entre católicos y protestantes del periodo de la reforma y el inmediatamente posterior terminaron con un resultado que no querían ni los unos ni los otros, a saber, el surgimiento de la tolerancia religiosa y el escepticismo de la Ilustración.[21]

Todo esto parece bastante inocuo. No obstante, lo que aparentemente Ferguson entiende por determinismo no es la idea de que la voluntad humana está limitada por fuerzas impersonales, sino por otras cosas que es importante desentrañar. En efecto, como ha señalado Aviezer Tucker, para Ferguson el determinismo es "un cajón conceptual en el que entran varias doctrinas y métodos historiográficos por lo demás independientes entre sí que él rechaza".[22] Es importante, pues, examinarlos a su vez. En la justificación de la historia contrafactual por parte de Ferguson, la etiqueta de determinismo incluye cuatro conceptos principales. *En primer lugar,* está la teleología, la escritura de la historia en términos de cómo avanzó hacia un fin determinado. Historiadores liberales como Trevelyan consideraron que el conjunto de la historia británica, y por extensión la historia de todas las demás naciones, conducía al establecimiento de la democracia liberal; Marx consideró que la historia conducía a la creación de una sociedad socialista. Vistas a una escala global, ambas teleologías ordenan los acontecimientos y

desarrollos del pasado a lo largo de una línea recta que lleva a un futuro predicho pero que todavía no se ha hecho realidad. Tucker sostiene que la afirmación de que la historia está predeterminada de este modo no puede ponerse a prueba ya que desconocemos y no podemos conocer el futuro. Puede utilizarse la historia contrafactual para sembrar dudas sobre una teleología en algún punto de su trayectoria, pero no puede socavarla en conjunto porque no sabemos dónde acabará esa trayectoria. Por tanto, la historia contrafactual solo puede sembrar dudas sobre las teorías teleológicas de la historia a nivel metafísico; cualquier persona lo bastante determinada para afirmar la validez de una teleología a largo plazo siempre puede sortear un escenario contrafactual que proponga un posible curso alternativo que habrían tomado los acontecimientos a corto o medio plazo.

En segundo lugar, por determinismo Ferguson entiende la idea de que los acontecimientos políticos están determinados por fuerzas económicas y sociales.[23] Esto, desde luego, es algo que Marx y Engels nunca dijeron; lo único que dijeron fue que el desarrollo general a largo plazo de la historia desde una formación social a otra estaba relativamente poco afectado por los individuos y los acontecimientos políticos y militares concretos. En otras palabras, no dijeron nada sobre las causas inmediatas de los sucesos históricos específicos. En cualquier caso, estos obviamente pueden interponerse a las tendencias generales cuya importancia primordial Marx y Engels tanto insistieron en subrayar. Ferguson pasa entonces a observar que los marxistas posteriores, empezando por el temprano teórico ruso Gueorgui Plejánov, intentaron reconciliar obvios factores contingentes como las victorias militares en las batallas, que fácilmente podrían haber acabado de otra forma, o la posibilidad de que una u otra figura histórica, como Robespierre o el primer Bonaparte, hubiera muerto prematuramente, antes de dejar su impronta, con la insistencia marxista en la inevitabilidad última de los cambios políticos como consecuencia de los cambios en el modo y las fuerzas de producción, y afirmaron que puede que los individuos influyan en cómo, cuándo y dónde pasan las cosas, pero no en la tendencia general de la historia, que está determinada por factores más amplios, a saber, los cambios en las relaciones de producción. Las especulaciones contrafactuales, sugiere Ferguson, pueden socavar estos argumentos al proponer un curso alternativo de la historia completamente desvinculado de

las fuerzas económicas y sociales. No obstante, este argumento encierra el peligro de reducirlo todo al azar y de dejar de considerar las causas a largo plazo de los grandes acontecimientos históricos.

Al intentar responder a la pregunta de por qué llegó al poder Hitler, por ejemplo, Ferguson se queja de que los historiadores alemanes "siguen profundamente comprometidos con la idea de que 'la catástrofe alemana' tenía raíces profundas".[24] ¿Realmente Ferguson quiere decir que todo pasó por casualidad? Seguramente, una manera más fructífera de acercarse a la cuestión sería seguir la línea de Plejánov y decir que factores como la estructura de la sociedad alemana, la naturaleza de la cultura política alemana desde Bismarck, las debilidades de la República de Weimar, la desastrosa marcha de la economía alemana en los años veinte y principios de los treinta, las humillaciones impuestas a Alemania por los aliados victoriosos en el tratado de paz de 1919, y otros factores parecidos, claramente ayudan a explicar por qué falló la democracia, pero no explican exactamente el momento o la naturaleza del triunfo del nazismo ni de hecho conducen a la afirmación de que los nazis y no, digamos, una forma distinta de régimen dictatorial con el ejército alemán al mando y los nazis limitándose a dar apoyo hubiera llegado al poder en 1933. Para esto último, uno debe aducir factores complementarios, personales, como el rechazo de Hitler a entrar en un gobierno de coalición si no era como jefe, las maquinaciones de la camarilla reunida en torno al presidente Hindenburg, etcétera. Aducir estas causas a largo plazo no le compromete a uno al punto de vista según el cual la toma del poder por parte de Hitler era inevitable, pero sí sugiere claramente que la democracia de Weimar estaba condenada a principios de la década de 1930. No se necesita una historia contrafactual para establecer el papel de la contingencia en estos acontecimientos, sino sencillamente examinar los datos. Lo que es crucial para el historiador es averiguar cómo funcionan el azar y la contingencia en un contexto que restringe la medida en que pueden tener un impacto.

Muchos contrafactualistas toman como punto de partida acontecimientos que ya sabemos que ocurrieron: la huida de París de Luis XVI y María Antonieta, a los que se interceptó en el pueblo de Varennes, con el resultado de su captura y posterior ejecución por parte de los revolucionarios; o el fracaso de la Conspiración de la Pólvora que pretendía volar al rey de

Inglaterra y al parlamento en 1605; o la equivocación al girar del conductor del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo en 1914 que lo llevó cerca del asesino; o los vientos contrarios que desperdigaron a la Armada Invencible en 1588. A menudo, sus especulaciones se centran en la supervivencia azarosa de blancos de asesinato, la muerte prematura de reyes, el desafortunado fallecimiento de sus hijos o un súbito cambio de fortuna en las batallas. Pocos historiadores negarían que esos acontecimientos azarosos tuvieron efectos importantes; sin embargo, para que haya consecuencias serias, la mayoría de historiadores estaría de acuerdo en que tienen que entrar en juego otros factores de carácter más general, sean del tipo que sean. Por ejemplo, no resultaría difícil sostener que si Luis XVI se hubiera escapado y hubiera encabezado un ejército impulsado por Austria para sofocar la revolución, la determinación de los revolucionarios de proteger sus logros se habría redoblado; que la muerte de la élite política en Inglaterra en 1605 habría radicalizado a los protestantes ingleses, que habrían exterminado a los católicos en un baño de sangre de proporciones bíblicas; que los terroristas serbobosnios que no consiguieron matar a Francisco Fernando en junio de 1914 lo habrían vuelto a intentar hasta que lo lograran, con resultados igualmente catastróficos; o que un ejército español que hubiera desembarcado en Inglaterra en 1588 habría encajado una derrota sin paliativos a manos de Isabel I, sus ejércitos y sus partidarios, ya que en aquel momento la reina gozaba de una gran popularidad. Cualquiera de estos acontecimientos hubiera podido acabar de otra manera, pero probablemente habrían sido necesarios cambios más generales en el contexto histórico para que esas alternativas hubieran tenido los efectos que a veces afirman los contrafactualistas. Solo se puede proponer que estos acontecimientos contrafactuales habrían tenido efectos tan importantes obviando el contexto histórico; aunque incluirlo no significa que el cuadro general habría sido el mismo si el acontecimiento menudo hubiera acabado de otra forma, sí reduce la escala del cambio.

Con estos ejemplos nos hemos alejado de las fuerzas sociales y económicas. La verdadera cuestión, sin embargo, no es la naturaleza de las grandes fuerzas históricas implicadas, sino cómo se priorizan. Esto nos lleva al *tercer* tipo de determinismo supuestamente vulnerable al ataque de los contrafactualistas, a saber, la idea de que la historia está determinada por leyes generales de desarrollo como las que estableció por ejemplo Arnold

Toynbee en su *Estudio de la historia*.[25] El debate sobre las leyes de la historia es muy antiguo, pero los historiadores en ningún momento han aceptado que la historia esté gobernada por leyes que funcionarían como leyes científicas; la historia nunca es exactamente predecible del modo en que lo son, pongamos por caso, las reacciones químicas. Podemos jerarquizar algunos tipos de influencias causales por encima de otras, o elaborar una teoría, por ejemplo, una variante del marxismo o de la teoría de la modernización, para contribuir a explicar el pasado, pero decir que algunos factores de la historia dependen de otros –por ejemplo, que la evolución cultural depende de la evolución social, o que el poder militar depende del poder económico– no nos compromete con la creencia en la predictibilidad. Y si afirmamos que algunos factores dependen de otros, también afirmamos que algunos son más independientes que otros. "El accidente lo es en relación con un sistema, no es indeterminado".[26] Los historiadores nunca manejan la teoría de una forma rígida o lineal; el desorden del pasado y los rastros que ha dejado no lo permiten. Como sugirió Plejánov, los historiadores marxistas usan a menudo "variables intermedias casuales y teorías auxiliares para explicar la desviación obvia de la historia respecto a lo que su teoría nos llevaría a esperar".[27] En palabras de Tucker, "las historias contrafactuales como tales no representan un cuestionamiento de las teorías". Si el determinismo significa que hay leyes de evolución histórica, entonces según Tucker no está claro "por qué se refutan mejor esas teorías con la historia contrafactual que sencillamente con hechos históricos".[28]

En cuarto lugar, siguiendo a Hayden White, Ferguson sostiene que escribir la historia como un tropo narrativo –presentando una secuencia histórica como trágica o cómica, por ejemplo– es necesariamente determinista porque presupone un resultado concreto en virtud del estilo histórico antes que del contenido histórico. Sin embargo, a mi juicio eso no necesariamente es determinista, porque el tropo no precede al relato, sino que lo sigue. En otras palabras, elaboramos un relato y luego decidimos si es trágico o cómico según nos parece adecuado. Esto tampoco compromete al narrador con una visión determinada de las personalidades y acontecimientos concretos, sino que se trata de un juicio sobre ellos al que se llega al final de la presentación del relato. Desde luego, Hayden White sostuvo que

enmarcar un relato en uno de estos modos determina la selección de los elementos constituyentes del relato. Cualquier historia que vaya más allá de la mera crónica o del anticuarianismo es a su juicio una *metahistoria* que expresa un tropo narrativo determinado creado por el historiador y que la investigación empírica no puede poner a prueba. No obstante, cualquier historiador en activo replicará que eso no es cierto; podemos concebir una hipótesis interpretativa, pero está bajo continua revisión a través del estudio de los hechos que la apoyan y los que la rebaten, y es probable que nuestro producto final consista en algo bastante diferente de aquello con lo que empezamos.[29]

La afirmación de White de que toda la historia se puede asignar a uno u otro de un pequeño número de tropos narrativos puede ser válida para la épica clásica victoriana que estudió, como la *Historia de Inglaterra* de Macaulay, pero no es aplicable a la historia analítica contemporánea, que no aborda en absoluto. Y en la práctica siempre hay datos que no encajarán en una historia trágica o cómica, y que no podemos ignorar ni explicar de forma convincente. Por ejemplo, la mayoría de historiadores que han contado la vida de María, reina de Escocia, la han visto como una tragedia en la que María es víctima de la política de dominación Tudor: María creció en la Francia del siglo XVI, los protestantes, adustos y censuradores, la expulsaron de Escocia por católica tras una turbulenta vida privada y política en el trono, la reina Isabel I de Inglaterra la encarceló porque era una amenaza para su posición y la de la reforma protestante, al ser María la siguiente en la línea de sucesión al trono inglés, y finalmente la hizo ejecutar después de que la implicaran en una serie de conspiraciones para usurpar el trono. Pero nadie ha pretendido negar que ella tuviera parte de culpa en sus tribulaciones y su posterior muerte, y no se tomaría en serio a ningún historiador que, por ejemplo, dejara de mencionar su implicación en las conspiraciones de Babington y Throckmorton que, con la aprobación de María, pretendían matar a Isabel y ocupar el trono.

En la práctica, pues, escoger un modo narrativo determinado solo es un juicio moral general, no impone una interpretación concreta o un juicio moral sobre las particularidades de los datos, y no niega el funcionamiento de la contingencia (por ejemplo, el descubrimiento de Throckmorton cuando los agentes de la reina lo vieron acudir a la embajada francesa con

una frecuencia sospechosa). Al fin y al cabo, White reconoce que es posible establecer el carácter factual o no de acontecimientos concretos de la historia a través de la aportación de pruebas (una concesión que le obligaron a hacer cuando le señalaron que el escepticismo sobre este punto abría la puerta a la negación del Holocausto). De este modo –como sabe cualquier historiador en activo– la prueba factual juega un papel importante por ella misma en la conformación del relato; no podemos simplemente escoger los hechos que encajan con nuestro relato e ignorar los que no lo hacen. Lo que Ferguson llama "determinismo narrativo" no implica por tanto un proceso arbitrario de construcción de una forma de inevitabilidad histórica ni, una vez más, resulta fácil entender por qué es necesaria la historia contrafactual para socavar este proceso, ya que un relato por su propia naturaleza mencionará acontecimientos azarosos, cosas que podrían haber acabado de otra manera diferente a como acabaron.[30]

En ocasiones, el ataque de Ferguson contra el determinismo en *Historia virtual* parece bordear un ataque no solo contra cualquier idea de que en la historia intervienen fuerzas amplias y hay corrientes profundas, sino contra cualquier idea de causación. Auxiliado por el desarrollo de la teoría del caos y del concepto científico de indeterminación, Ferguson sugiere que los asuntos humanos se someten cada vez más, y no menos, a la voluntad del individuo. Para Ferguson, prácticamente cualquier intento de sostener que un gran acontecimiento o proceso, como la ascensión y caída del imperio británico o el estallido de la guerra civil inglesa, tiene causas amplias, es culpable de determinismo porque al presentar una serie o jerarquía de causas, el historiador –como en estos dos casos, respectivamente, Paul Kennedy y Lawrence Stone–[31] da a entender que el acontecimiento era inevitable. Ferguson saca mucho partido a la teoría del caos, simbolizada por el aleteo de las alas de una mariposa en Japón que provoca un huracán en las Bermudas (un ejemplo, por cierto, de la vinculación de causas diminutas con grandes efectos tan del gusto de los historiadores contrafactualistas y tan desdeñada en teoría por Ferguson en su crítica del volumen de Merriman). Los que sostienen que la historia es fundamentalmente caótica –es decir, producto sobre todo del azar– siempre han tenido que reconocer que siguen existiendo sistemas de causación más amplios, que determinan el patrón general de los acontecimientos aunque

no su naturaleza o cronología exacta. La teoría del caos no es susceptible de prueba matemática en su aplicación a la historia como sí lo es en la ciencia; de hecho, no es en absoluto aplicable. No hay ninguna prueba mensurable de que los asuntos humanos se vuelvan más caóticos, pase lo que pase en el universo. "Los que creen en la historia caótica –como señala Tucker–, tienen que presuponer situaciones contrafactuales en que las condiciones iniciales son ligeramente diferentes, pero el resultado es radicalmente distinto".[32] Pero esto depende, claro está, de aislar una causa o condición determinada e identificarla como necesaria y no subsidiaria; en otras palabras, para crear un discurso contrafactual, tenemos que afirmar que la condición o causa que modificamos fue la decisiva, si no sencillamente estamos modificando un factor más bien trivial que la mayoría de historiadores estaría de acuerdo en que influyó poco en el resultado que se estudia. Esto nos vuelve a llevar a la idea de una jerarquía de causas que Ferguson considera tan determinista.

La historia contrafactual, por tanto, es peor que los simples datos factuales a la hora de socavar el determinismo en cualquiera de sus posibles significados. Pero, desde luego, esta no es la única razón por la que los defensores de la historia contrafactual afirman que esta es útil o incluso, en algunos casos, esencial. La historia alternativa puede mostrar que determinados acontecimientos y decisiones no eran inevitables, sino que estaban sujetos al azar y a la contingencia. Examinando atentamente las opciones a las que se enfrentan los responsables de tomar decisiones ante un acontecimiento como, por ejemplo, el estallido de la Primera Guerra Mundial, podemos llegar a entender mejor las decisiones que al fin tomaron. Al hacerlo, dice Ferguson, debemos examinar las posibles alternativas a lo que pasó, pero desde luego, añade, es fundamental señalar que el número y la variedad de esas posibles alterativas no es infinito. Al contrario, es obvio que el historiador solo debería considerar resultados alternativos que como mínimo eran plausibles, o en otras palabras, dice Ferguson, debemos examinar las alternativas posibles que los propios contemporáneos realmente se plantearon o sobre las que escribieron (ya que, si no escribieron sobre ellas, no hay ninguna prueba de que se las plantearan). A primera vista, parece una forma de proceder perfectamente razonable. Sin embargo, quedarían excluidos factores como el

comportamiento impulsivo, los accidentes humanos, los errores no previstos y similares, y por tanto esta aproximación reduce el papel de la contingencia a un margen negligible porque solo pueden tenerse en cuenta las condiciones cuidadosamente planteadas y debatidas.[33] Además, al aceptar que el número de posibilidades era finito, a mi juicio Ferguson está de acuerdo con la máxima de Marx de que las personas no ejercen su voluntad con libertad absoluta porque no han escogido las condiciones en las que viven y actúan, y a menudo se encuentran sujetas a fuerzas que escapan a su control. Al fin y al cabo son esas fuerzas –económicas, políticas, culturales, sociales, intelectuales, geográficas o de cualquier otro tipo– las que limitan el margen de maniobra de la voluntad humana, no los defectos o debilidades de la propia voluntad humana, tal como muchos tiranos, desde Napoleón a Hitler, comprobaron para su desgracia. En cualquier caso, las limitaciones no son más que limitaciones y, dentro del marco que acotan, los responsables de tomar decisiones pueden escoger entre una serie de opciones a su alcance.

Así, por ejemplo, en julio y agosto de 1914, sir Edward Grey, el ministro de Exteriores británico, tenía la opción de declarar la guerra a Alemania o seguir con una política de neutralidad y mantener a Gran Bretaña alejada del conflicto; una declaración de guerra contra, pongamos por caso, Francia o Rusia no era posible en el contexto del momento. ¿Cómo puede ayudarnos la hipótesis contrafactual de la neutralidad británica a entender por qué Grey no optó por ese camino? En su contribución a *Historia virtual* –"La Unión Europea del káiser"– y en su libro *The Pity of War* [La pena de la guerra], Ferguson examina esta cuestión en detalle. Después de la guerra, señala Ferguson, y hasta hoy, los combatientes y los historiadores han concluido que la participación de Gran Bretaña en la guerra fue inevitable, debido a la violación alemana de la neutralidad belga, que estaba garantizada por los británicos, y a la amenaza que una victoria alemana representaba para el equilibrio de poder en Europa y, sobre todo, para el imperio británico de ultramar. La neutralidad parecía descartada. Sin embargo, dice Ferguson:

> El olvido de la hipótesis contrafactual de neutralidad es una demostración de lo persuasivo de esas disculpas emotivas de posguerra. Hemos acabado por aceptar que Gran Bretaña no podía mantenerse al

> margen por razones tanto morales como estratégicas. Sin embargo, un estudio en profundidad de los documentos contemporáneos –y no de los textos memorialísticos desacomplejadamente deterministas– nos revela lo cerca que Gran Bretaña estuvo de hacer justamente eso. Si bien parece innegable que iba a estallar una guerra continental entre Austria, Alemania, Rusia y Francia en 1914, realmente no había nada inevitable en la decisión británica de entrar en guerra. Solo si intentamos entender qué habría pasado si Gran Bretaña se hubiera mantenido al margen, podemos estar seguros de que se acertó en la decisión.[34]

Según Ferguson, lo que habría pasado en caso de neutralidad muestra de forma concluyente que la decisión de Grey de entrar en guerra fue equivocada. Si Gran Bretaña se hubiera mantenido al margen, los objetivos de guerra alemanes habrían sido más modestos y los alemanes habrían ganado.

Conseguida la hegemonía sobre el resto de Europa que igualmente consiguieron a finales del siglo xx, a través de la creación y dominación de la Unión Europea, los alemanes no se habrían sentido humillados y derrotados, no habría habido Hitler ni Segunda Guerra Mundial, y no habría habido las grandes masacres en los campos de batalla de Europa entre 1939 y 1945, ni cámaras de gas, ni Holocausto. Tal como escribe Ferguson, "si Gran Bretaña se hubiera mantenido al margen aunque fuera durante unas semanas [en 1914], Europa continental se habría podido transformar en algo que conectara de algún modo con la Unión Europea que hoy conocemos, pero sin la gran contracción en el poder británico de ultramar que supuso luchar en dos guerras mundiales".[35] El imperio británico habría sobrevivido y Gran Bretaña habría continuado siendo una superpotencia a lo largo del siglo xx en lugar de decaer al nivel de una simple parte constituyente de una Europa unida dominada por Alemania.

Las especulaciones contrafactuales de Ferguson, escritas en 1997, encajaban con las de *Churchill: The End of Glory,* un libro publicado cinco años antes por otro joven historiador británico de tendencia conservadora, John Charmley. Este rompió una serie de tabús con un análisis muy crítico del liderazgo de Winston Churchill en la Segunda Guerra Mundial.[36] Charmley acusó a Churchill, nombrado primer ministro en 1940, pocos meses después del estallido de la Segunda Guerra Mundial, de tomar una

decisión fatídica al insistir en seguir luchando contra Hitler. Al hacerlo, dilapidó enormes cantidades de dinero, lo que dejó a Gran Bretaña demasiado débil para conservar el imperio después de la guerra. Sin embargo, esto no fue malo solo para Gran Bretaña, sino que también lo fue para las colonias, ya que les habría ido mucho mejor en todos los sentidos si no hubieran alcanzado la independencia y hubieran seguido bajo el control benigno y civilizador de Londres. Churchill entregó la libertad de acción británica a Estados Unidos, que prestó dinero y equipos al Reino Unido a gran escala y utilizó la deuda para obligar a Gran Bretaña a ceder el imperio, uno de los principales objetivos del presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt. Roosevelt le daba ciento y raya a Churchill en las cumbres de paz, con lo que sentó las bases para un orden mundial de posguerra dominado por Estados Unidos y no por Gran Bretaña. La guerra no consiguió proteger a Polonia de la tiranía, primero la de Hitler y luego la de Stalin. A nivel nacional, Churchill se centró obsesivamente en la marcha de la guerra, lo que permitió que los ministros laboristas de su gobierno de coalición convencieran al electorado de su capacidad para gobernar. Eso permitió su victoria en la elección de 1945 y lo que Charmley considera la desastrosa creación del estado del bienestar contemporáneo entre 1945 y 1951, una política que creó una cultura de dependencia y complacencia que condujo a una rápida decadencia de Gran Bretaña hasta que el gobierno *tory* reformista radical de la señora Thatcher empezó a frenar al estado y a crear una cultura emprendedora y abierta a la iniciativa en la década que siguió a 1979. La conclusión de Charmley era desoladora: afirmó que Churchill representaba el imperio británico, la independencia británica y una visión "antisocialista" de Gran Bretaña; pero en julio de 1945 el primero estaba a punto de caer, la segunda dependía exclusivamente de Estados Unidos, y la tercera acababa de desaparecer con la victoria electoral del partido laborista.

Qué diferente habría sido todo, afirmó el irreverente político e historiador *tory* Alan Clark al reseñar el libro de Charmley, si Churchill hubiera cedido ante los apaciguadores, encabezados por lord Halifax, en la primavera de 1940, cuando instaron a una paz de compromiso con Alemania después de la catastrófica derrota de Dunkerque. Churchill rechazó neciamente las "excelentes condiciones" que Clark afirma que el segundo al mando del führer, Rudolf Hess, ofreció cuando voló a Escocia un año después. Clark

sostuvo que, si Churchill hubiera llegado a un acuerdo de paz con los nazis, habría podido salvar el imperio desplazando tropas del escenario europeo al lejano oriente para proteger Malasia, Singapur y Birmania de los japoneses. Con los británicos fuera de la guerra, los estadounidenses no habrían entrado en la contienda, y la lucha entre el Tercer Reich de Hitler y la Unión Soviética de Stalin se habría estancado en el frente oriental, lo que habría dejado a ambos países beligerantes destrozados y habría debilitado a Rusia hasta tal punto que no habría sido capaz de extender su dominio sobre el resto de Europa del Este después de la guerra. Además, abandonar la guerra en 1940 o incluso en mayo de 1941 no habría significado librar a los judíos de Europa a su suerte, ya que el programa de exterminio nazi todavía no se había puesto en marcha, y en cualquier caso los británicos hicieron poco o nada para salvar a los judíos incluso cuando decidieron seguir luchando contra los nazis. Al mismo tiempo, Charmley señaló que en realidad los gobiernos británicos no habían hecho nada para impedir el asesinato en masa y la deportación forzosa de pueblos enteros de la Unión Soviética durante y después de la guerra. Por lo tanto, Gran Bretaña no tenía ninguna razón para estar orgullosa de su comportamiento en la Segunda Guerra Mundial. Tal como insistieron Clark y Charmley, la implicación británica en las peleas de las potencias continentales europeas había sido desastrosa.[37]

Estas especulaciones contrafactuales descansan sobre una base empírica extremadamente frágil. Hay cinco puntos principales en los que no convencen. *En primer lugar*, en lo que respecta a agosto de 1914, el argumento de que Alemania no era una amenaza para los intereses británicos lo contradice el propio Ferguson, que en un pasaje de *The Pity of War* sostiene que Alemania no era lo bastante poderosa para representar un desafío grave para Gran Bretaña en 1914, pero en otro pasa a afirmar que la maquinaria de guerra alemana era más eficiente y eficaz que la británica porque mató a más enemigos a un coste financiero menor.[38] En realidad, si adoptamos ese método de cálculo, descubriremos que los países más eficientes de la guerra fueron Turquía y Serbia, que solo gastaron una ínfima proporción de su riqueza en la guerra, pero sin embargo lograron matar a un gran número de enemigos. A fin de cuentas, no es un cálculo demasiado significativo. En cualquier caso, no hay ninguna prueba de que

los objetivos de guerra alemanes habrían sido más limitados si Gran Bretaña se hubiera mantenido al margen de la guerra, o, por decirlo de otra manera, no hay ninguna prueba de que la entrada de Gran Bretaña en la guerra condujo a una ampliación inmediata de los objetivos de guerra alemanes más allá de los que ya tenía desde un principio. De todos modos la mayoría de objetivos del tristemente célebre Programa de Septiembre de 1914 no afectaban a Gran Bretaña. ¿Qué condiciones de paz –para pasar al *segundo* conjunto de problemas empíricos y demostrativos de la hipótesis contrafactual de la neutralidad británica– habría ofrecido Hitler? En varios discursos posteriores a la conquista alemana de Europa occidental, Hitler se preocupó de tender una rama de olivo a los británicos, pero un examen atento de los discursos revela que carecían por completo de concreción de ningún tipo. Nunca se entablaron negociaciones de verdad, de modo que nunca sabremos qué condiciones se hubieran podido formular. Sin lugar a dudas, la primavera de 1940 fue el momento crucial y es perfectamente posible que el tratado de paz de Halifax hubiera sido la principal referencia, aunque no nos hace falta la especulación contrafactual para saberlo. En cuanto al vuelo a Escocia de Rudolf Hess, todas las fuentes alemanas disponibles indican que se emprendió sin el acuerdo de Hitler, y que este y el resto de dirigentes nazis se escandalizaron y quedaron consternados cuando se enteraron. Hess no ofreció "condiciones", ni excelentes ni inaceptables. No existe tampoco documentación convincente de que los apaciguadores británicos invitaran a Hess.[39]

Uno podría sostener que si Gran Bretaña no hubiera entrado o seguido en cualquiera de las dos guerras, el gobierno alemán del momento habría acabado por declarar la guerra a Gran Bretaña de todos modos, y con posibilidades mucho mayores de éxito si mientras tanto hubiera conseguido derrotar a sus enemigos continentales, o si hubiera utilizado una paz de compromiso para desmantelar el imperio británico poco a poco. Esto al menos es lo que el propio Churchill contó a su gabinete de guerra el 28 de mayo de 1940:

> Es ocioso pensar que si intentáramos llegar a un acuerdo de paz ahora, conseguiríamos mejores condiciones de Alemania que si siguiéramos y lucháramos. Los alemanes exigirían nuestra flota –a eso se le llamaría 'desarme'– nuestras bases navales y mucho más. Nos convertiríamos en

> un estado esclavo aunque se nombraría a un gobierno que sería una marioneta de Hitler, con Mosley o alguna persona así a la cabeza.[40]

El punto de vista de Churchill proporcionaba una base para la especulación contrafactual mejor que la que Ferguson o Charmley consiguieron establecer. Se pueden proponer especulaciones alternativas contrarias que son tan plausibles como las defendidas por los historiadores que piensan que hubiera sido mejor que Gran Bretaña se hubiera mantenido alejada de las guerras europeas y hubiera dejado que los continentales se pelearan entre ellos. Consideremos, por ejemplo, lo que quizá podríamos llamar una hipótesis contracontrafactual sobre la Segunda Guerra Mundial del historiador liberal de izquierdas Paul Addison:

> Los británicos […] podrían haber negociado un acuerdo de paz que dejara a Gran Bretaña –seguramente con la excepción de las islas del Canal– libre de fuerzas ocupantes. La monarquía, el Big Ben y la madre de los parlamentos habrían seguido como si no hubiera pasado nada especial. Pero en la periferia de una Europa nazificada, una Gran Bretaña vencida se habría convertido paulatinamente en un estado satélite cuya política interior se habría visto ensombrecida por el triunfo del fascismo y el miedo a ofender a Alemania. Sir Oswald Mosley y sus seguidores se habrían convertido por primera vez en una fuerza a tener en cuenta, y el fascismo en un credo con una atracción magnética para los jóvenes emergentes de derechas. ¿Cuánto habría tardado Hitler en llamar a la eliminación de los elementos antialemanes de la política británica? ¿Cuánto habría tardado en exigir la cooperación británica en el marco de un proyecto europeo para 'resolver el problema judío'?[41]

Este escenario es como mínimo igual de plausible que el dibujado por Charmley y Clark.

De hecho, Andrew Roberts comparte el punto de vista de Addison. Sostiene que un acuerdo de paz por separado con Gran Bretaña habría conducido a una victoria alemana sobre la Unión Soviética porque Hitler no habría tenido que desplegar tropas en el Mediterráneo, o como mínimo en el norte de África, para apoyar a Mussolini. Las garantías de Hitler a los británicos, contrariamente a lo que supone Charmley, eran manifiestamente

falsas y la victoria en Rusia habría ido seguida de una invasión en toda regla del Reino Unido. "Churchill por lo tanto acertó", dice Roberts, al rechazar un acuerdo de paz por separado.[42] Sin embargo, Roberts estira su hipótesis contrafactual hasta el límite y más allá, ya que es extremadamente incierto si Hitler habría sido capaz de derrotar a la Unión Soviética incluso si Gran Bretaña se hubiera mantenido al margen. C. J. Sansom, autor de la novela contrafactual *Dominación,* publicada en inglés en 2012 y que se desarrolla en el contexto histórico de una Gran Bretaña dominada por los alemanes en la década de 1950, piensa de todos modos que la guerra en el frente oriental siempre fue "militarmente imposible de ganar [por parte de los alemanes]; el país era demasiado extenso y la población totalmente hostil".[43] Al contrario de lo que afirma Roberts, el debilitamiento de la Operación Barbarroja debido al despliegue de tropas alemanas para acudir al rescate de los infortunados italianos habría pasado en cualquier caso, como mínimo en el norte del Mediterráneo, dada la lamentable actuación de los italianos contra el ejército griego en 1941. En este caso, las condiciones son demasiado importantes y demasiado numerosas para ser plausibles, especialmente teniendo en cuenta la enorme profundidad y extensión de los recursos de la Unión Soviética. Desde el principio de la Operación Barbarroja, los alemanes nunca dedicaron menos de dos tercios de sus recursos militares al frente oriental, y probablemente dedicar un poco más no habría supuesto ningún cambio significativo.

En tercer lugar, en lo que respecta al imperio británico, nadie puede demostrar que Gran Bretaña lo habría conservado si se hubiera mantenido neutral en 1914 o en 1939-1945. Si Alemania hubiera ganado la Primera Guerra Mundial después de que los británicos renunciaran a luchar, ¿quién puede asegurar que el káiser y sus generales no habrían puesto su mirada envidiosa en el imperio británico, objetivo para el cual crearon a finales del siglo XIX su flota de combate de alta mar, consecuencia del plan de Tirpitz de enfrentarse a la marina real británica en el mar del Norte e inutilizarla o destruirla? En general los historiadores están de acuerdo en que los objetivos de política exterior de Alemania a largo plazo que llevaron tanto a 1914 como a 1939 iban mucho más allá de imponer su hegemonía económica en el continente europeo. En ambos casos, hay indicaciones contemporáneas claras de que el gobierno alemán desafió, entre otros, al imperio británico y

a la hegemonía mundial británica. La admiración de Hitler por el imperio, citada por Ferguson como un indicio de que lo habría querido conservar, en realidad pretendía mostrarlo como ejemplo a seguir para Alemania. Sea como fuere, otro escenario contrafactual más, desarrollado por el historiador germanoestadounidense Holger Herwig, hace que la caída del imperio británico preceda a un acuerdo de paz por separado, con una victoria alemana en el este seguida de la conquista alemana del Oriente Medio bajo control británico y la amenaza de una invasión de la India.[44]

En realidad, claro está, hay una gran cantidad de datos que indican que el auge sostenido del poder estadounidense, de un lado, y, todavía más importante, la naturaleza cambiante y en evolución de la sociedad y la política en las colonias de India, África y otros lugares, de otro, eran las verdaderas fuerzas que había detrás de la descolonización en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, en otras palabras, que se trataba de un proceso que Gran Bretaña no habría podido parar por mucho dinero y recursos que se hubiera ahorrado al no gastar miles de millones de libras esterlinas en la guerra. El imperio británico estaba en continua decadencia desde la guerra Bóer y no implicarse en una guerra europea, afirma Sansom, solo habría acelerado este proceso, no solo en 1940, sino probablemente también en 1914. Habría habido partes del imperio, como Australia o Nueva Zelanda, que no habrían aceptado un acuerdo de paz por separado en 1940, especula Sansom, y un vínculo con Alemania habría desatado un descontento incontrolable en India (que en 1939 ya estaba en camino de conseguir un estatuto de dominio). La debilidad de una Gran Bretaña subyugada habría sido evidente para todo el mundo en todos los países y probablemente habría llevado a un aumento de los movimientos nacionales de independencia, sobre todo en el sur de Asia.[45] Finalmente, la hipótesis de que a Gran Bretaña le habrían ido mejor las cosas si hubiera conservado el imperio no tiene en cuenta el enorme coste de administrarlo en términos de personal y recursos, así como el impacto cada vez más negativo del dominio británico en sus últimas etapas, desde las atrocidades en Kenia y Malasia hasta la hambruna y las enfermedades en la India. No todos los estados poscoloniales antaño gobernados por los británicos fracasaron en su desarrollo o sucumbieron al caos y la guerra civil. Además, podría argumentarse igualmente que la liberación de Gran Bretaña de la

enorme carga financiera de un excesivo compromiso imperial después de la Segunda Guerra Mundial fue básica para la mejora general del nivel de vida y el auge económico de los años cincuenta y sesenta en Gran Bretaña, y que esa circunstancia benefició tanto al país como a sus antiguas colonias.

En cuarto lugar, es empíricamente insostenible comparar una Europa dominada por Alemania en 1918 con una Unión Europea *avant la lettre* o caracterizar a la Unión Europea de la actualidad como un vehículo para la dominación alemana de Europa. Durante la década de 1990, cuando Ferguson y Charmley escribían, Alemania estaba en un momento de introspección, absorta en la tarea inesperadamente titánica de introducir a Alemania Oriental en el mundo moderno después de la caída del muro de Berlín. Los comentarios sobre un "Cuarto Reich" eran fantasías alarmistas; desde 1945 el poder ha asustado a Alemania y sigue sin entusiasmarle. Y en cualquier caso, la Unión Europea sencillamente es una entidad demasiado grande y compleja para admitir burdas generalizaciones sobre la dominación alemana. Incluso caracterizarla de forma algo más precisa y decir que se basa en la hegemonía conjunta de Alemania y Francia, en la asociación francoalemana, no le hace justicia, sobre todo en la actual Unión Europea ampliada de veintiocho países, y ciertamente ignora la forma en la que se toman las decisiones clave, a través del Comité de Ministros, con la posibilidad de veto de un solo país en muchos asuntos cruciales. Es cierto que la política financiera alemana ha impuesto una estricta austeridad a las economías europeas meridionales de la Eurozona, en una exportación de su traumático miedo a la inflación derivado de la experiencia de 1923, y que se puede defender una mayor reflación para estimular el crecimiento económico. Sin embargo, está claro que esto se parece poco o nada a los planes alemanes de 1914 de crear una zona económica centroeuropea bajo dominio alemán, y todavía menos a los métodos brutales de saqueo y explotación impuestos a los países ocupados por la Alemania nazi en los años cuarenta. Seguramente la Unión Europea del káiser se habría basado en la Alemania territorialmente expandida que dibujaba el Programa de Septiembre y los sucesivos borradores de objetivos de guerra alemanes, no en la Alemania mucho más pequeña de la actualidad, y se habría reforzado mediante la imposición de un sistema de gobierno autoritario y jerárquico, la denegación de los derechos humanos de las minorías, el control de los sindicatos y la imposición forzosa de las costumbres e instituciones

alemanas. No hace falta especular sobre qué significaba el "Nuevo Orden" en la Europa bajo los nazis: explotación despiadada, asesinatos en masa y una constante militarización. Lo que puede decirse es que si los nazis hubieran ganado la Segunda Guerra Mundial, es muy improbable que elementos supuestamente moderados y pragmáticos como el ministro de Armamento Albert Speer hubieran ocupado el máximo poder y hubieran creado un "Nuevo Orden" más o menos parecido a lo que luego acabaría siendo la Unión Europea; la Unión estaba, y está, basada en ideales de paz y compromiso, ambos completamente ajenos a los nazis, incluido Speer.[46]

En quinto lugar, la hipótesis contrafactual implícita en la afirmación de Charmley de que si el Partido Laborista no hubiera llegado al poder y no hubiera dado inicio al estado del bienestar en 1945, Gran Bretaña habría sido económicamente más próspera porque una cultura del emprendimiento habría sustituido a lo que había llegado a ser una cultura de la dependencia, no es plausible por varias razones. El informe Beveridge que proporcionó las bases para la política en este ámbito era aceptado no solo por el Partido Laborista, sino también por los conservadores, que no intentaron revertir sus consecuencias cuando llegaron al poder en 1951. La guerra había generado un consenso hacia la idea de estado del bienestar que trascendía las fronteras de partido.[47] Ni tampoco hay ninguna prueba de que esto supusiera un lastre para la economía británica, ya que a la recuperación de posguerra le siguieron los años de auge de finales de los cincuenta y sesenta. Lo que cambió la situación fue la crisis del petróleo de 1973, pero mientras la liberalización de la economía, la privatización de la industria y los servicios públicos, y la desregulación de los bancos por parte de la señora Thatcher en los años ochenta crearon las condiciones para otro repunte de la economía, el inconveniente de sus reformas se reveló con claridad cuando la contracción del crédito de 2009 inauguró una crisis que empeoró mucho debido al fracaso de los sucesivos gobiernos a la hora de introducir una verdadera regulación del sistema bancario, tan apresuradamente liberalizado un cuarto de siglo antes. Una vez más, las bases de la hipótesis contrafactual son empíricamente demasiado débiles para sostenerla.

De modo que la hipótesis contrafactual sobre la neutralidad británica no resiste un examen detenido. A las versiones propuestas por Ferguson y

Charmley se pueden contraponer versiones bastante distintas propuestas por otros (Addison, Roberts, Herwig o Sansom). Desde luego, es habitual que los historiadores no estén de acuerdo en las interpretaciones del pasado, pero en este caso se trata de desacuerdos no sobre las interpretaciones, sino sobre hechos reales o mejor dicho, claro, sobre hechos imaginados. Y aquí radica el problema. Todos estos autores proponen consecuencias a largo plazo a partir de la modificación de un solo acontecimiento. La imaginada neutralidad británica en la Primera o Segunda Guerra Mundial tiene consecuencias imaginadas que se extienden varias décadas, hasta finales del siglo xx. El problema de los argumentos contrafactuales utilizados de este modo es que, lejos de liberar a la historia de una camisa de fuerza imaginaria de determinismo marxista, la encierran en otra que en realidad es mucho más restrictiva. Esto se debe a que la hipótesis contrafactual propone un futuro alternativo, en el sentido de "¿y si en lugar de B, hubiera pasado A?" y luego supone o plantea una serie de cosas que habrían seguido a A *inevitablemente:* "Si en lugar de B hubiera pasado A, entonces a A le habrían seguido *inevitablemente* C, D y E, en lugar de lo que en realidad pasó, a saber, X, Y y Z". Pero desde luego podrían haber pasado, o habrían pasado, mil cosas más que en la práctica habrían vuelto el curso alternativo de los acontecimientos completamente impredecible. Si, por ejemplo, Gran Bretaña no hubiera entrado en la Primera Guerra Mundial, en la práctica es completamente inevitabilista sostener que ese cambio concreto en la trama de acontecimientos habría llevado ineluctablemente a toda una cadena de otros acontecimientos, desde la victoria alemana en la Primera Guerra Mundial a que Hitler no consiguiera llegar al poder y a la conservación del imperio británico hasta finales de siglo. Aquí el azar y la contingencia se eliminan por completo. Otros factores ajenos a la limitada cuestión de las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania se ignoran por entero, desde la implicación e intenciones de Alemania en el este de Europa a la evolución de las relaciones entre los colonizadores británicos y los colonizados indios y africanos. ¿Qué habría pasado si hubieran surgido otras contingencias en el camino? No hay manera de saberlo, porque una vez dejamos que el genio contrafactual salga de la lámpara, puede pasar de todo.

Afirmaciones condicionales de una certeza tan absoluta son ajenas a la forma de explicar las cosas de los historiadores, que casi siempre es

provisional y conlleva un uso considerable de la palabra "probablemente". Las explicaciones "monocausales" provocan la incomodidad de los historiadores; preferimos amontonar causas hasta que los acontecimientos están sobredeterminados, es decir, tienen tantas causas que si una no operara las otras sí lo harían y el acontecimiento en cuestión habría ocurrido igualmente. La clave radica, claro está, en señalar una causa como más operativa que las demás. Los historiadores suelen construir jerarquías de causas –causas primarias, causas secundarias, causas principales, causas subsidiarias, etcétera– que afectan a partes distintas de la explicación. Si indagamos, por ejemplo, en las causas de la Primera Guerra Mundial, podemos decir que el asesinato del heredero al trono austrohúngaro fue una causa, pero solo del ultimátum austríaco a Serbia (que había ayudado e instigado a los asesinos), y era necesario que otras cadenas causales más importantes que vinculaban el conflicto austroserbio con rivalidades más amplias entre potencias europeas se pusieran en marcha antes de que la declaración de guerra de Austria contra Serbia provocara la declaración de guerra de Rusia contra Austria, la declaración de guerra de Alemania contra Rusia y así sucesivamente. Los historiadores británicos sostuvieron durante un tiempo que la principal causa de la implicación de Gran Bretaña en la guerra fue la invasión alemana de Bélgica, cuya neutralidad Gran Bretaña había garantizado, pero esta visión simplista ya no goza de aceptación general y los historiadores se interesan por otros factores, desde la rivalidad naval anglo-alemana a la política británica de mantener el equilibrio de poder en el continente europeo. En ninguna de estas explicaciones es demasiado útil empezar a pensar sobre qué habría pasado si las cosas hubieran ido de otro modo; por ejemplo, si el heredero austríaco al trono no hubiera sido asesinado, si Serbia hubiera aceptado completa e incondicionalmente el ultimátum de Austria, si Rusia se hubiera mantenido al margen, etcétera. Nuestro principal objetivo es unir la cadena de acontecimientos, no deshacerla. Sabemos que el gabinete británico debatió seriamente si entrar o no en la guerra y que los miedos del ministro de Exteriores Grey ante una Europa dominada por Alemania acabaron por inclinar la balanza; lo sabemos por la documentación de sus deliberaciones y no necesitamos hipótesis contrafactuales para entender mejor cómo o por qué los acontecimientos tomaron el curso que tomaron.

Tal como ha señalado Allan Megill, el historiador virtual suele tomar un

punto de partida en la historia real, normalmente justo antes de una decisión trascendental. Johannes Bulhof ha observado acertadamente que "las frases contrafactuales presentan la forma 'si *p,* entonces *q'* donde […] el antecedente (el término que sigue al 'si') de hecho es falso".[48] Ese momento de decisión se concibe como un momento de contingencia, en que las cosas fácilmente habrían podido ir en otra dirección de la que en realidad tomaron, y lo que el historiador contrafactual hace entonces es extrapolar la historia en una u otra de esas distintas direcciones. Pero esto implica una gran variedad de suposiciones sobre cómo funcionaba la historia en ese momento concreto, y en los siguientes meses, años y a veces siglos. Estos supuestos eliminan necesariamente la contingencia en lugar de subrayar su importancia e influencia. Como señala Megill, "la contingencia es un arma de doble filo", ya que si hay contingencia al principio de una especulación contrafactual, entonces también debemos encontrarla más adelante, hacia la mitad y en las últimas etapas, de hecho en todo el recorrido. Así, "la contingencia no es un tren al que subir o del que bajar según a uno le plazca", de modo que la historia contrafactual en este sentido "no puede seguir en absoluto un curso definido. Más exactamente, solo puede seguir un curso definido hasta que surja la siguiente contingencia". No se trata por tanto de historia, sino de ficción o "historia imaginativa".[49] En una línea similar, Martin Bunzl sugiere que en una cadena de razonamiento contrafactual la condición básica de plausabilidad se socava a cada nuevo paso que se da. Por ejemplo, la afirmación contrafactual de que Estados Unidos no habría invadido Afganistán si Al Gore hubiera sido elegido presidente, omite numerosos vínculos intermedios en la cadena contrafactual de razonamiento, y termina con un condicional contrafactual que está tan alejado de la afirmación falsa inicial –la hipótesis perfectamente plausible de que Al Gore hubiera ganado las elecciones– que de ningún modo puede resultar convincente. Así, lo que Bunzl llama el consecuente de una hipótesis histórica contrafactual es siempre producto de un acto de imaginación y no puede demostrarse por falta de pruebas. Solo puede resultar convincente en la medida en que la imaginación esté disciplinada por el conocimiento histórico.[50]

Esta observación la han hecho de distintas formas muchos analistas del contrafactualismo, incluidos algunos de sus practicantes. Jon Elster, por

ejemplo, ha señalado que la realidad creada por una serie cronológica alternativa sería completamente distinta de la cronología efectiva porque en realidad todo está conectado; es absolutamente artificial seleccionar un elemento y dejar todo lo demás inalterado cuando rastreamos sus consecuencias imaginadas desde el punto de partida original.[51] Puesto que todo está conectado, es "arbitrario", como apunta Steven Lukes, "proponer que el razonamiento contrafactual debería limitarse a imaginar [una subclase de] posibles antecedentes; a saber, aquellos que la teoría que utilizamos para inferir el consecuente nos dice que son compatibles con los elementos del mundo que se supone que no varían". ¿Por qué no deberíamos modificarlo todo?, se pregunta Lukes.[52] En una vena similar, el escritor francés Emmanuel Carrère concluye su reflexión sobre las hipótesis contrafactuales con la observación de que "la trayectoria del contrafactualista no puede ser una sola línea […]. Es […] una secuencia de innumerables puntos, y al separarse de cada uno de estos puntos, se irradia una multitud de posibilidades".[53]

En lo que no deja de ser un cuestionamiento de su propia contribución a *Historia virtual*, Jonathan Clark señala:

> Lo contingente y lo contrafactual solo son congruentes al comienzo de cualquier investigación histórica. Enseguida empiezan a tirar hacia direcciones distintas. Lo contrafactual asume caminos de desarrollo alternativos claramente identificables, en cuya distintividad y coherencia se puede confiar cuando el historiador los proyecta en un futuro no materializado. En cambio, el énfasis en la contingencia no solo defiende que la forma como se desarrollaron los acontecimientos no siguió ese tipo de camino […] sino que también supone que todas las alternativas contrafactuales enseguida se habrían ramificado en un número infinito de posibilidades.[54]

Una hipótesis contrafactual a largo plazo como la desarrollada por Ferguson y Charmley, o incluso la que el propio Clark analiza (a saber, la especulación de que si no hubiera habido revolución estadounidense en 1776 el estado francés no habría estado sobrecargado por el coste financiero de apoyarla y por lo tanto no habría habido revolución francesa en 1789) es, como señala el autor, "tan amplia y tan alejada del resultado real, que

pierde contacto con la investigación histórica".[55] Afirmaciones como la tesis de que si Gran Bretaña se hubiera mantenido al margen de la Primera Guerra Mundial, entonces la Unión Europea dominada por Alemania habría nacido mucho antes, nunca pueden adoptar la forma de predicciones retrospectivas reales, ya que no especifican los cientos de variables intermedias relevantes para la predicción. En otras palabras, el despliegue del argumento del tipo "¿y si...?" para plantear un desarrollo alternativo *a largo plazo* asume, en primer lugar, la no existencia de *ulteriores* contingencias y azares en el proceso, y en segundo lugar, la no influencia del acontecimiento alternativo *inicial*, la primera cosa que no pasó, sobre acontecimientos sucesivos en formas que no pueden preverse o predecirse. Todo esto elimina casi totalmente de la historia el azar y la contingencia. En lugar de recuperar los futuros abiertos del pasado, los cierra.

Es una reserva que dos de los defensores más sutiles de la historia contrafactual, Geoffrey Parker y Philip E. Tetlock, quizá sorprendentemente, consideran pertinente. En la conclusión a su volumen *Unmaking the West*, señalan que:

> Los que suscriben el punto de vista según el cual la historia es en general 'una cosa después de la otra y ya está', con una interconexión mínima entre las distintas causas que conforman los acontecimientos, deberían desconfiar de las extrapolaciones osadas de tendencias a mundos contrafactuales […]. En cambio, los que creen que hay una lógica sistémica en el desarrollo de la historia –ya sea una lógica de respuesta positiva que nos impulsa en una dirección concreta y se acelera cada vez más, o una lógica de respuesta negativa que nos mantiene encerrados en un presente determinado– deberían ver con buenos ojos las especulaciones contrafactuales que se atreven a dibujar visiones de hipotéticos futuros lejanos.[56]

Por lo tanto, a su juicio, el que subraye el papel del azar y la contingencia en la historia tendrá poca fe en la utilidad de las hipótesis contrafactuales, y solo los que crean en la teleología y el determinismo las encontrarán útiles. Sin embargo, en ambos casos los historiadores en cuestión se ven atrapados en una paradoja. Los que creen que el azar y la contingencia son los factores clave de la historia no pueden aceptar por ese mismo motivo la

plausibilidad o utilidad de las hipótesis contrafactuales, mientras que los que creen en la teleología y el determinismo no sentirán en ningún caso la necesidad de recurrir a ellas.

Al fin y al cabo, Ferguson no afirma que la hipótesis contrafactual sobre la neutralidad británica nos ayude a entender las decisiones que se tomaron en 1914 y 1940. Lo único que dice es que "solo intentando entender qué hubiera pasado si Gran Bretaña se hubiera mantenido al margen podemos estar seguros de que la decisión que se tomó fue la correcta".[57] Pero el hecho de que el escenario contrafactual de Addison, como el de Herwig o Sansom, sea en buena parte negativo apunta a la inevitable conclusión de que el escenario contrafactual positivo dibujado por Ferguson, Charmley y Clark es a fin de cuentas poco más que una forma bastante obvia de expresar un deseo; en lugar de "¿y si...?", en realidad es poco más que "solo con que...". Esta forma de especular no aporta nada a nuestra comprensión de lo que pasó en realidad, porque no persigue tanto centrarse en examinar cómo y por qué personas como sir Edward Grey o Winston Churchill tomaron las decisiones que tomaron. En lugar de ello, pretende apuntar a alternativas supuestamente preferibles y lamentar el hecho de que nunca ocurrieran. Es fácil especular de esta manera porque, sin necesidad de respaldar los argumentos con datos reales concretos, los historiadores pueden reescribir la historia de acuerdo con sus intenciones y prejuicios políticos del presente. Tal como advierte Jonathan Clark: "Los analistas de hipótesis contrafactuales deben guardarse del recurso fácil que representa el argumento de que, si no fuera por una equivocación inicial, un trágico error, todo habría ido bien, y la humanidad se habría librado de conflictos evitables y habría entrado en una edad de oro de progreso pacífico".[58][58] Cómo habría sido esa edad de oro no es una cuestión de especulación contrafactual informada, sino el resultado de una motivación política intencional. Igual que los colaboradores del volumen *If I Had Been...* de Daniel Snowman, Niall Ferguson, John Charmley y Alan Clark se dedican a decir a las personas del pasado lo que deberían haber hecho, y no a intentar averiguar qué hicieron y a encontrarle una explicación. La expresión de deseos acecha a cada paso en el mundo de la historia contrafactual. Como concluye Clark, en todos estos casos "la necesidad de consolación se antepone al deseo de explicación".[59]

1 Cowley, *More What If?,* p. xv.
2 Jeremy Black, *What If? Counterfactualism and the Problem of History,* Londres, 2008, pp. 6-7.
3 Andrew Roberts, *What Might Have Been: Leading Historians on Twelve 'What Ifs' of History,* Londres, 2004, p. 2.
4 Benjamin Aldes Wurgaft, "The Uses of Walter: Walter Benjamin and the Counterfactual Imagination", *History and Theory* 49, n. 3, octubre de 2010, pp. 361-383, en la p. 361.
5 Geoffrey Parker y Philip Tetlock, "Counterfactual Thought Experiments", en Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* pp. 14-46, en la p. 17.
6 Simon J. Kaye, "Challenging Certainty: The Utility and History of Counterfactualism", *History and Theory* 49, n. 1, febrero de 2010, pp. 38-57, en la p. 38.
7 Merriman, *For Want of a Horse,* pp. ix-x.
8 Black, *What If?,* pp. 7-9.
9 Hunt, "Pasting Over the Past".
10 Carr, *What Is History?,* p. 95.
11 Roberts, *What Might Have Been,* p. 3.
12 Ferguson, *Virtual History,* pp. 53-55.
13 Eric Hobsbawm, *Primitive Rebels: Studies in Archaic forms of social Movement in the 19th and 20th Centuries,* Manchester, 1959 [*Rebeldes primitivos: Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos xix y xx,* Joaquín Romero Maura, tr., Barcelona, 2003]; Edward Thompson, *The Making of the English Working Class,* Londres, 1991, p. 12 [*La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Antoni Domènech, tr., Madrid, Capitan Swing, 2012].
14 Edward Hallett Carr, *Socialism in One Country, 1924-1926,* vol. I, Londres, 1958, pp. 151-202, "Personalities" [*El socialismo en un solo país, 1924-1926,* Javier Ruz Castillo, tr., Madrid, Alianza, 1983, 3 vol.].
15 Ferguson, *Virtual History,* pp. 38-39.
16 Karl Marx, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte,* en Karl Marx, Friedrich Engels, *Ausgewählte Schriften in Zwei Bänden,* Berlín oriental, 1968 [1852], vol. 1, p. 226.
17 Allan Megill, *Historical Knowledge, Historical Error: A Contemporary Guide to Practice,* Chicago, 2007, p. 152.
18 Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the age of Philip II,* Londres, 1972-1973 [1949], 2 vols. [*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II,* varios traductores, 2 vols., Madrid, FCE, 2006].
19 Fernand Braudel, *On History,* Londres, 1980, p. 80.
20 Ferguson, *Virtual History,* p. 87.
21 Herbert Butterfield, *The Whig Interpretation of History,* Londres, 1931 [*Butterfield y la razón histórica. La interpretación whig de la historia,* Rocío Orsi Portalo, Pozuelo de Alarcón, Plaza y Valdés, 2013].
22 Tucker, reseña de Ferguson, pp. 266-267.
23 Ferguson, *Virtual History,* pp. 61-62.
24 Ibíd., p. 61.
25 Véase la crítica clásica en Pieter Geyl, *Debates with Historians,* Londres, 1962 [1955], pp. 112-210.
26 Tucker, reseña de Ferguson, pp. 267-268, citando a Maurice Mandelbaum, *The Anatomy of Historical Knowledge,* Baltimore, 1977, pp. 105-110.
27 Citado en Ferguson, *Virtual History,* pp. 39-41.
28 Tucker, reseña de Ferguson, p. 268. Los ejemplos de Tucker de acontecimientos contrafactuales *concretos* que supuestamente cuestionan teorías concretas no son contrafactuales, sino factuales.
29 Ferguson, *Virtual History,* pp. 64-67.
30 Tucker, reseña de Ferguson, p. 268; véase también Evans, *In Defence of History,* pp. 68-69, 138-140, 148-149; y Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe,*

Baltimore, 1987 [*Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo xix,* México, FCE, 2001].

31 Véase Paul M. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers,* Londres, 1987 [*Auge y caída de las grandes potencias,* Madrid, Globus, 1994]; y Lawrence Stone, *The Causes of the English Revolution 1529-1642,* Londres, 1975.

32 Tucker, reseña de Ferguson, p. 271.

33 Richard Ned Lebow, *Forbidden Fruit: Counterfactuals and International Relations,* Princeton, 2010, pp. 47-49.

34 Ferguson, *Virtual History,* p. 237.

35 Ibíd., p. 279.

36 John Charmley, *Churchill: The End of Glory, A Political Biography,* Londres, 1992. Véase mi análisis de este libro en Richard J. Evans, *Rereading German History, 1800-1996: From Unification to Reunification,* Londres, 1996, pp. 204-212.

37 Alan Clark, "A Reputation Ripe for Revision", *The Times,* 2 de enero de 1993. Véase también el excelente análisis de Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* pp. 83-86 y 88-89.

38 R. W. Johnson, "The Greatest Error of Modern History", *London Review of Books* 21, n. 4, 18 de febrero de 1999, pp. 7-8.

39 Ian Kershaw, *Hitler 1936-45: Nemesis,* Londres, 2000, pp. 369-380.

40 Roy Jenkins, *Churchill,* Londres, 2001, p. 608.

41 Paul Addison, "Churchill and the Price of Victory: 1939-1945", en Nick Tiratsoo, ed., *From Blitz to Blair: A New History of Britain Since 1939,* Londres, 1997, pp. 63-64.

42 Andrew Roberts, "Hitler's England: What if Germany Had Invaded Britain in May 1940?", en Ferguson, *Virtual History,* pp. 281-320, cita en la p. 298.

43 C. J. Sansom, *Dominion,* Londres, 2012, pp. 571-593 [*Dominación,* María Cristina Martín Sanz, tr., Barcelona, B de Bolsillo, 2014].

44 Holger H. Herwig, "Hitler Wins in the East but Germany Still Loses World War II", en Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* pp. 323-362.

45 Sansom, *Dominion,* pp. 581-588.

46 John Lukacs, "What if Hitler Had Won the Second World War?", en David Wallechinsky, ed., *The People's Almanac,* vol. 2, Nueva York, 1978, pp. 396-398.

47 Paul Addison, *The Road to 1945: British Politics and the Second World War,* Londres, 1975.

48 Johannes Bulhof, "What If? Modality and History", *History and Theory* 38, n. 2, mayo de 1999, pp. 145-168, en las pp. 146-147.

49 Megill, *Historical Knowledge, Historical Error,* p. 152.

50 Martin Bunzl, "Counterfactual History: A User's Guide", *American Historical Review,* vol. 109, 2004, pp. 845-868.

51 Jon Elster, *Logic and Society: Contradictions and Possible Worlds,* Nueva York, 1978 [*Lógica y sociedad,* Barcelona, 1994].

52 Steven Lukes, "Elster on Counterfactuals", en *Inquiry: An Interdisciplinary Journal of Philosophy* 23, n. 2, 1980, pp. 145-155, en la p. 153.

53 Carrère, *Le détroit de Behring,* p. 91.

54 C. D. Clark, "British America: What If There Had Been no American Revolution?", en Ferguson, *Virtual History,* pp. 125-174, en este caso p. 174.

55 Ibíd., p. 171.

56 Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* p. 372.

57 Ferguson, *Virtual History,* p. 237.

58 Clark, "British America", p. 171.

59 Ibíd., p. 174.

III

FICCIONES FUTURISTAS

*M*uchos episodios históricos se han tratado desde un punto de vista contrafactual. Los novelistas han escogido sus temas con la misma amplitud que los historiadores. Sin embargo, su intención ha sido a menudo bien distinta. Por ejemplo, la novela experimental de Jorge Semprún *La algarabía,* publicada en 1981, sitúa su acción en un mundo en que el presidente francés, el general de Gaulle, ha muerto en un accidente de helicóptero en 1975 y en que movimientos revolucionarios de distintos tipos –comunistas, anarquistas y regionalistas– hacen estragos, lo que conduce a una guerra civil total en la que una nueva comuna de París de extrema izquierda llega a un acuerdo de mutua tolerancia con el gobierno francés con sede en Versalles. Los recuerdos, las identidades, los hechos y la ficción se mezclan en un relato caleidoscópico posmoderno que recuerda constantemente al lector que lo que lee es una construcción artificial. París se convierte en Berlín cuando los personajes pasan de un lado al otro del muro que rodea a la Comuna por un "Checkpoint Danny", una referencia jocosa tanto al "Checkpoint Charlie" real a través del cual la gente podía cruzar el muro de Berlín desde los sectores occidentales y a Danny Cohn-Bendit, uno de los dirigentes históricos de la revuelta estudiantil parisiense de 1968. En este caso las modificaciones que se derivan de un solo acontecimiento –la muerte del presidente de Gaulle– abandonan enseguida cualquier senda histórica reconocible y se convierten en un producto fantasmagórico de la imaginación posmoderna, y la intención no es expresar un punto de vista político o histórico determinado, sino hacer que el lector experimente la naturaleza de la representación narrativa y piense sobre ella.[1]

Sin embargo, muchos si no la mayoría de los novelistas que escriben escenarios contrafactuales siguen relatos lineales convencionales, en los que la alteración del contexto histórico deriva, como en el libro de Semprún, de una sola modificación de la realidad histórica, pero luego a partir de ahí las consecuencias se desarrollan de manera lógica. Los novelistas que han

basado sus narraciones en escenarios contrafactuales de este tipo han tratado muchos temas, y a menudo se han permitido fantasías obvias que les servían para expresar un deseo, como los escritores españoles que escribieron relatos en los que la República y no el general Franco ganaba la Guerra Civil de 1936-1939.[2] Cada cultura nacional tiene sus propios dramas y traumas históricos, en los que han tendido a centrarse tanto las narraciones contrafactuales como la no ficción: la revolución de 1789, la derrota de Napoleón de 1815 o la agitación de 1968 en el caso de los franceses, la Guerra Civil y el régimen del general Franco en el caso de los españoles, el fracaso del orgullo nacional en la Primera Guerra Mundial y el régimen fascista de Mussolini en el caso de los italianos, la guerra civil y la guerra de Vietnam para los estadounidenses, las derrotas al comienzo de la Segunda Guerra Mundial para los británicos, la derrota en la Primera Guerra Mundial para los alemanes; los católicos, por su parte, han escrito repetidamente y por extenso sobre la reforma protestante y la derrota de la Armada Invencible en la Inglaterra del siglo XVI y su confirmación política en el siglo XVII, desde el fracaso de la Conspiración de la Pólvora a la "revolución gloriosa" de 1688.

No obstante, el tema más recurrente ha sido de lejos la dictadura nazi en Alemania. Imaginar cómo habrían sido las cosas si los nazis hubieran ganado la Segunda Guerra Mundial ha sido durante mucho tiempo un pasatiempo habitual de novelistas, guionistas de televisión y cineastas, así como de historiadores. ¿Por qué el nazismo y no, pongamos por caso, el comunismo? El nazismo ocupa un lugar central en la memoria pública y popular occidental como encarnación del mal, el ejemplo más extremo de muchas cosas que la civilización condena, desde el racismo y el genocidio a la agresión a otros países, el belicismo y la dictadura. Desde 1945 como mínimo, los que lo apoyan o creen en él han sido una minoría ínfima y públicamente vilipendiada, mientras que el comunismo soviético y otras variedades de comunismo han seguido contando con un gran apoyo, aunque en un número cada vez más reducido de partes del mundo y en general en una forma cada vez más diluida. Debido a que el comunismo de estilo soviético siguió en el poder en Europa hasta 1990 y en otras partes todavía más tiempo, tiene poco sentido escribir fantasías sobre lo que habría podido ocurrir si Stalin no hubiera muerto en 1953, o si hubiera invadido

Europa occidental en 1945: sabemos por décadas de observación o experiencia cómo habrían sido las cosas bajo su gobierno. Tal como ha señalado Aviezer Tucker, el éxito de las historias alternativas de ficción que se centran en "un mundo en que los nazis ganaron la guerra […] puede atribuirse a una fascinación estética por los paisajes apocalípticos, con constantes descripciones realistas de un espantoso universo alternativo, como un cuadro de El Bosco".[3]

Las ficciones futuristas relacionadas con el nazismo son de procedencia abrumadoramente angloestadounidense. El 80% de la lista de 116 obras de historias alternativas del nazismo catalogadas por el historiador estadounidense Gavriel Rosenfeld en 2011 han aparecido en Gran Bretaña o en Estados Unidos.[4] Puede que la hegemonía angloestadounidense del género se deba a que Gran Bretaña y Estados Unidos pertenecían al bando ganador de la Segunda Guerra Mundial, y de ahí la emoción que generan los recuerdos de lo cerca que seguramente estuvieron de la derrota y lo que habría supuesto una victoria nazi. Los retratos de un mundo, incluido Gran Bretaña y Estados Unidos, bajo dominación nazi refuerzan la convicción general en estos países, aunque ocasionalmente se cuestione, de que valió la pena luchar. La hegemonía global de Hollywood y el poder cultural internacional de la literatura en lengua inglesa también han contribuido a la hegemonía de las narraciones angloestadounidenses sobre un futuro dominado por los nazis. Ni Gran Bretaña ni Estados Unidos sufrieron la ocupación de una potencia enemiga durante la Segunda Guerra Mundial; en cambio alemanes, franceses, rusos, italianos y otros europeos no necesitan que la ficción les recuerde los horrores del régimen nazi, ya que los vivieron ellos mismos de la forma más directa posible (se podría razonar en una línea parecida sobre el dominio japonés en China y el Pacífico). En cuanto a los alemanes, imaginar un mundo sin Hitler es extremadamente arriesgado desde un punto de vista moral; el elemento de expresión de un deseo sería demasiado obvio. Atribuir la ascensión y el triunfo del nazismo solo a factores de azar –un "accidente industrial" en el motor de la historia alemana, como se le ha llamado en alguna ocasión– se parece demasiado a una excusa que salva la cara a los alemanes, y por tanto siempre ha suscitado agrias controversias en Alemania cuando alguien ha intentado hacerlo. Y, tal como observa Rosenfeld, el elemento de ligereza de las

ficciones futuristas sobre el nazismo y su función de entretenimiento popular parecen moralmente irresponsables y culturalmente superficiales en un país que se considera –con fundamento– el principal responsable del Holocausto. Sin embargo, a pesar de todo esto, hasta el 15% de las narraciones de la lista de Rosenfeld son de origen alemán, lo que quizá da testimonio de una persistente ambivalencia en la cultura alemana respecto a los nazis y lo que supusieron para el mundo, aunque en la práctica los autores alemanes que han escrito obras de este género se han esforzado en sus relatos contrafactuales por evitar conceder cualquier tipo de victoria *final* a Hitler.[5]

La lista de Rosenfeld de literatura sobre historia alternativa incluye sesenta y tres obras en las que los nazis ganan la Segunda Guerra Mundial, veintinueve en las que Hitler se escapa del búnker en 1945 y sigue con su vida en otra parte, y dieciocho en las que para empezar Hitler no existió.[6] En realidad el predominio de descripciones de una victoria alemana y sus consecuencias no es sorprendente. Pocos de estos relatos muestran interés en intentar explicar cómo o por qué ganaron los nazis, en claro contraste con la multitud de historias militares alternativas de la Segunda Guerra Mundial. En lo que están muy mayoritariamente interesados novelistas, directores de cine y productores de televisión es en la utilización de una posguerra dominada por los nazis como telón de fondo de una trama y unos personajes concretos, un contexto que sitúa a los individuos de ficción en un escenario de pesadilla que los aboca a decisiones morales difíciles y a peligros tangibles y fácilmente imaginables. La referencia clásica de esas descripciones es evidentemente *1984* de George Orwell, que imagina un mundo dominado por superpotencias totalitarias indistinguibles, basadas en el Tercer Reich de Hitler y la Unión Soviética de Stalin, pero que debe más a la visión de Orwell de esta última que a su recuerdo de aquella. En esencia, la novela de Orwell fue una advertencia sobre lo que podía ocurrir en el futuro si Gran Bretaña y Europa sucumbían a la amenaza soviética, más que una proyección imaginaria de un pasado modificado, de modo que en este sentido, no se trata propiamente de una novela contrafactual, como tampoco lo son las distintas novelas sobre un futuro dominado por los nazis publicadas en Gran Bretaña antes de que terminara la guerra. Igual que las ficciones futuristas de principios de siglo XX, como *When William Came*

[Cuando llegó Guillermo] de Saki, que describe una Gran Bretaña que gime bajo la bota de hierro del káiser, libros como *When Adolf Came* (Londres, 1943) de Martin Hawkins pretendían fortalecer la determinación pública de Gran Bretaña ante la amenaza alemana. Así, por ejemplo, *I, James Blunt* [Yo, James Blunt] de H. V. Morton, publicado en 1942 y que presentaba las entradas del diario de un británico que vive en el futuro en una Inglaterra ocupada por los nazis, tenía la intención de ser un toque de atención dirigido, en palabras de Morton, a "los optimistas confiados y voluntaristas que […] no pueden imaginarse cómo sería la vida si perdiéramos la guerra".[7]

En la década y media que siguió al final de la guerra, solo apareció una obra de ficción sobre Gran Bretaña bajo la ocupación alemana: la pieza de Noël Coward *Peace in Our Time* [Paz en nuestra época], una denuncia teatral retrospectiva del apaciguamiento y un canto al coraje británico, en la que un movimiento de resistencia expulsa a los alemanes de la isla a pesar de la pusilanimidad de los colaboracionistas y derrotistas; el espíritu del texto conecta más con los años de la guerra que con el mundo de posguerra.[8] En 1950 la novela de Randolph Robban *Si Alemania hubiera vencido* ofreció una descripción más sofisticada de una victoria alemana a nivel global. Se trata de un relato satírico que toma como punto de partida el uso de la bomba atómica por parte de los alemanes, que la desarrollan antes que los demás y ponen punto final a la guerra arrojándola sobre Londres y Chicago. Alemania y Japón llevan a juicio a los dirigentes aliados por crímenes de guerra (en particular por el bombardeo de sus ciudades) y ocupan la Unión Soviética. Pero la relación entre los ganadores se rompe y se destruyen el uno al otro en una guerra atómica. A través de esta inversión de papeles, el autor –que escribe bajo un pseudónimo– proyecta una mirada crítica hacia el comportamiento de los aliados victoriosos con el propósito de animar a la reconciliación entre vencedores y vencidos en la posguerra.[9]

No fue hasta los años sesenta cuando apareció la siguiente publicación contrafactual: *If the Nazis Had Come* [Si los nazis hubieran venido] del periodista Comer Clarke, publicado en Londres en 1962. El libro utilizó entrevistas con jefes militares alemanes y documentación auténtica de los planes nazis de ocupación de las islas británicas para pintar un cuadro sombrío de tiranía y opresión. Este retrato no solo reflejó la experiencia de

los países ocupados del continente europeo, sino también la teoría del totalitarismo, promovida por Orwell, que veía a la Alemania nazi (igual que a la Rusia soviética) como una dictadura monolítica en la que el líder imponía su voluntad por la fuerza y donde la gente no podía sino obedecer, a no ser que pasara a la clandestinidad y creara un movimiento de resistencia. Desarrolló un escenario parecido en sus novelas de gran consumo el escritor C. S. Forester, creador del lobo de mar ficticio Horatio Hornblower, azote de la marina francesa en las guerras napoleónicas, así como el historiador Hugh Thomas, entre otros. Todos estos escritores dedicaron mucho espacio a desarrollar la idea de que la opresión alemana habría provocado una resistencia creciente, lo que reafirmaba la validez de la guerra misma a la vez que ensalzaba el espíritu de resistencia del pueblo británico. Estos rasgos conectaban estos textos con el género de ficciones futuristas del periodo de la guerra. Se publicaron en una posguerra en la que se invocaba el espíritu churchilliano para levantar la moral británica, en una época de austeridad en el país y decadencia en ultramar, simbolizada por la desastrosa derrota británica en la breve guerra por el canal de Suez en 1956.[10]

Estas obras fueron de la mano con un torrente de películas bélicas, entre las que se cuentan *Misión de valientes* (1955), *Reach for the Sky* (1956), *¡Hundid el Bismarck!* (1960), *Emboscada nocturna* (1957) o *La batalla del Río de la Plata* (1956), que no solo celebraban el carácter marcial de los británicos, sino que también legitimaban la sociedad jerárquica en la que vivían. La clase de los oficiales, con su compostura y su acento inglés entrecortado, mandaba con eficiencia a los soldados rasos de clase trabajadora, dóciles y deferentes, en la lucha por la decencia y el orden. En estas obras, el grueso de los oficiales alemanes del ejército o la marina aparecía en general como buena gente, lo que reflejaba la experiencia británica de la guerra en el frente occidental y en el norte de África; solo a los nazis se les retrataba como personajes crueles que incumplían las leyes de la guerra y los principios básicos del honor y la corrección en el trato al enemigo. Por tanto, incluso en las representaciones británicas de Alemania durante la guerra y la primera posguerra, no todos los alemanes eran irremediablemente malvados. En cualquier caso, a mediados de los años sesenta se empezó a cuestionar la jerarquía y la deferencia al llegar a la madurez una nueva generación de

posguerra, el bienestar económico y el materialismo echó raíces en la cultura británica, y los marchosos años sesenta proclamaron un nuevo espíritu de libertad personal y rebelión. Simultáneamente, una reconciliación muy pública con Alemania y los alemanes, simbolizada por la visita de estado de la reina Isabel II a Alemania Occidental en 1965, permitió que los "buenos alemanes" tuvieran más papel en las representaciones de ficción del Tercer Reich. En la República Federal de Alemania, algunos historiadores jóvenes empezaron a producir sofisticados estudios de historia social de la época nazi, que revelaron la estructura caótica y dividida en facciones del régimen nazi y demostraron la posibilidad de disidencia entre muchos sectores de la sociedad alemana. Con la distensión, la teoría del totalitarismo dio paso a una aproximación más diferenciada. La cuestión compleja y sensible de las continuidades a largo plazo que desde Hitler se remontan al káiser y más allá se planteó en el estudio de los objetivos alemanes en la Primera Guerra Mundial del historiador alemán Fritz Fischer. Una nueva generación de historiadores británicos especialistas en historia de Alemania tradujo al inglés o dio a conocer buena parte de estos nuevos trabajos alemanes.[11]

Todo esto creó un contexto nuevo en el que las exploraciones contrafactuales de un mundo, y específicamente de una Gran Bretaña, en el que los nazis habían ganado la Segunda Guerra Mundial, se volvieron más interesantes y atractivas para escritores y cineastas. Las novelas, obras de teatro, películas y teleseries desde mediados de los años sesenta hasta los años setenta y ochenta reflejaron este contexto al imaginar una Gran Bretaña en que los ocupantes alemanes no eran todos inhumanos ni habían encontrado una resistencia generalizada. Los colaboracionistas británicos aparecían como personajes en la teleserie de Giles Cooper *The Other Man* [El otro hombre], en la película de Kevin Brownlow del mismo año *It Happened Here* [Pasó aquí], ambas de 1964; en la teleserie de tres capítulos de Philip Mackie *An Englishman's Castle* [El castillo de un inglés], emitida en 1978; y en otros relatos incluida la novela de Len Deighton *SS-GB*, publicada el mismo año. La descripción más notable de Gran Bretaña bajo el dominio nazi se debe al divulgador histórico Norman Longmate, que en 1972 publicó un libro (que acompañaba a un documental para la televisión) con el título de *If Britain Had Fallen: The Real Nazi Occupation Plans* [Si Gran Bretaña hubiera

caído: el verdadero plan de ocupación nazi]. El libro estaba sólidamente basado en una mezcla de preparaciones reales y planes alemanes para la ocupación de Gran Bretaña, y en la experiencia de la ocupación alemana de la única parte de Gran Bretaña que los nazis lograron dominar, las islas del Canal, cerca de la costa francesa. Así, Longmate afirmó que describía "no solo lo que *podría* haber pasado, sino lo que *probablemente* habría pasado".[12]

En el escenario de Longmate, la fuerza aérea británica pierde la batalla de Inglaterra, lo que allana el camino de una invasión a gran escala: la condición previa esencial para el resto de sus especulaciones. El rey huye a Canadá mientras que Churchill muere luchando contra los invasores. Tras su muerte, los británicos más o menos se rinden. En busca de un político que encabece un gobierno títere, como Quisling en Noruega, los nazis dan con sir Samuel Hoare, mencionado en el diario anterior a la guerra de sir Alexander Cadogan, un veterano diplomático, como posible candidato. Hoare había negociado un pacto con los franceses que cedía a las reivindicaciones de Mussolini en Abisinia y probablemente habría adoptado la misma postura al tratar con los alemanes. Sin embargo, treinta y dos años después, cuando Longmate reeditó el libro, cambió de parecer y pensó que el dirigente fascista británico sir Oswald Mosley era el candidato a primer ministro más probable. El propio Mosley afirmó después de la guerra que se habría suicidado antes de hacer algo parecido, pero en esa época todavía andaba metido en política y no podemos confiar en su palabra. En cuanto al nuevo jefe de estado, "dondequiera que se mire, en Gran Bretaña o en Estados Unidos, el nombre del duque de Windsor aparece como el jefe más probable de un gobierno pronazi". Es muy posible que ocupara el trono creyendo que podría mitigar los peores excesos del régimen nazi, y puede que a su vanidosa mujer la sedujera la promesa de que la llamaran "Su Majestad" (la familia real británica ni siquiera habría permitido que la llamaran "Su Alteza Real").[13]

Basándose en planes nazis reales, Longmate hace que los ocupantes desmonten la columna de Nelson en Trafalgar Square y se la lleven a Berlín. Los nazis saquean todo lo que ven, expropian bienes judíos, sacan de los museos y galerías los objetos culturales que consideran alemanes y despachan gasolina y otros suministros básicos para uso del ejército alemán.

La Gestapo habría detenido a conspicuos antinazis (una lista algo arbitraria) y habría ilegalizado organizaciones sospechosas, incluido el Ejército de Salvación. Muchos aspectos de la vida cotidiana habrían seguido más o menos igual, aunque, como hicieron en el resto de países que ocuparon, los alemanes habrían hecho que los británicos condujeran por la derecha. Habrían mandado grandes contingentes de hombres británicos a Alemania como trabajadores forzosos y se habrían hecho redadas contra los cuatrocientos cincuenta mil miembros de la comunidad judía, a los que se habría enviado a las cámaras de gas de Auschwitz. Antes de la invasión, como sabemos, las autoridades militares británicas habían organizado "unidades auxiliares" para hostigar al enemigo mediante el sabotaje y la guerra de guerrillas en caso de invasión, pero no habrían durado mucho tiempo y sus actividades habrían provocado represalias salvajes. Lo más probable es que la "resistencia" adoptara la forma de discreta falta de cooperación, pero la colaboración también habría sido limitada. La pesadilla habría terminado después de que los estadounidenses arrojaran una bomba atómica, o más de una, sobre Alemania y cruzaran el Atlántico para liberar a los oprimidos europeos.[14]

El libro de Longmate se publicó en medio de una nueva oleada de textos y programas televisivos sobre Gran Bretaña, Alemania y la guerra que duró desde mediados de los años sesenta hasta finales de los años ochenta. Se centró en satirizar la obsesión por no perder la compostura y el ensalzamiento de las proezas militares británicas, como en el célebre programa televisivo de humor *Dad's Army* [El ejército de papá], que se emitió de 1968 a 1977. El ataque contra la sociedad jerárquica y los mitos autocomplacientes de los años cincuenta fue liberador en muchos sentidos, pero también condujo a un amplio debate en los años setenta sobre la "decadencia de Gran Bretaña", en el que la pérdida del imperio, la ineficiencia y lo inadecuado de las instituciones británicas, y el relativo retraso de la economía británica en comparación con la alemana, provocó una racha de introspección nacional que culminó con las reformas radicales del gobierno conservador de la primera ministra Thatcher a partir de 1979. Durante este debate, cuestionar la determinación de los británicos a resistir la dominación alemana en caso de invasión en el pasado pasó a ser una forma metafórica de subrayar la supuesta debilidad e inadecuación de las

instituciones británicas del presente. Así, una serie de escritores siguieron a Longmate y sostuvieron que como mínimo algunos británicos habrían colaborado con las fuerzas de ocupación.[15]

Al mismo tiempo, la humanización de los invasores alemanes fue de la mano en los años setenta con una admiración generalizada por las supuestas cualidades alemanas de la eficiencia, la laboriosidad y el espíritu emprendedor que los británicos harían bien en emular. El eslogan de la empresa automovilística alemana Audi *Vorsprung durch Technik* [El progreso a través de la tecnología], se utilizó constantemente en los anuncios de la televisión británica, sin traducirlo, y desde luego transmitía un mensaje más amplio. La famosa comedia de situación *Auf Wiedersehen, Pet* llevó a la pantalla a albañiles británicos, enfrentados al paro o a salarios bajos en su propio país, que encontraban trabajo y realización en obras alemanas. Sin embargo, en los años ochenta las cosas empezaron a cambiar. El ensalzamiento del papel de Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial se reavivó intensamente con la exitosa operación militar de Gran Bretaña para recuperar las islas Malvinas en el Atlántico Sur de manos de una brutal dictadura militar en Argentina, que las invadió en 1982. Después de este episodio, el gobierno de la señora Thatcher pasó a enfrentarse a los sindicatos, que ella apodaba "el enemigo interior", lo que llevó a escenas de una violencia inusitada al cargar falanges de policías contra filas de piquetes mineros. Se sentaron las bases discursivas para que resurgiera una forma más antigua de hablar de Gran Bretaña, despojada de las complejidades y ambigüedades que había acumulado desde los años sesenta.

A finales de los años ochenta, el lenguaje de la Segunda Guerra Mundial se aplicó a un nuevo asunto al despertar la reunificación alemana una profunda hostilidad en algunos miembros del gobierno de la señora Thatcher, encabezados por la primera ministra misma, que expresó su miedo a un resurgimiento del poder alemán en un "Cuarto Reich" que dominaría Europa a través de la Comunidad Europea y su sucesora, la Unión Europea. A medida que la señora Thatcher se volvía cada vez más hostil hacia la Unión, un número creciente de diputados y escritores conservadores siguió sus pasos e identificó a la organización internacional como el vehículo de un nuevo intento de hegemonía alemana. En un lapso de tiempo sorprendentemente corto, una revuelta de los pragmáticos del

gabinete expulsó a la señora Thatcher del poder, pero el daño ya estaba hecho: había nacido el euroescepticismo. Mientras se publicaban raudales de libros y artículos que atacaban a los alemanes como nazis impenitentes, la opinión pública se inclinó rápidamente en una dirección antialemana. La nota media concedida a los alemanes en cuanto a simpatía cayó entre los encuestados británicos del 12,7% en 1990 al -38,8% en 1994. Una media del 26% estaba de acuerdo en que Alemania sería un buen lugar para ir a trabajar en 1990, pero seis años después solo lo pensaba el 5%. El 26% de los encuestados británicos creía en 1987 que los alemanes eran grandes amigos de Gran Bretaña, pero en 1992 solo lo creía el 9%, y ese mismo año hasta 53 de cada 100 británicos consideraban que el nazismo podía resurgir en Alemania frente al 23% de cinco años antes.[16] Estos datos contrastaban claramente con las encuestas de otros países europeos, donde las actitudes hacia Alemania se habían mantenido a grandes rasgos estables. Este cambio en la opinión pública británica se vio reforzado por las múltiples conmemoraciones del cincuenta aniversario de la Segunda Guerra Mundial que tuvieron lugar en aquellos años, desde el estallido de la guerra, conmemorado en 1989, pasando por la batalla de Inglaterra en 1990 hasta la batalla de El Alamein en 1993 y el día de la Victoria en Europa en 1995.

El nuevo discurso euroescéptico recuperó el lenguaje de la Primera Guerra Mundial, algo muy obvio en el libro del diputado conservador William Cash, *Against a Federal Europe: The Battle for Britain* [Contra una Europa federal: la batalla de Inglaterra], publicado en 1991. El subtítulo ya sugería, con sus ecos de la batalla de Inglaterra, una reposición de la Segunda Guerra Mundial. Esta vez, sin embargo, fue William Cash quien tocó el cielo en busca de su momento de gloria. Desde el comienzo, como en 1940, no hay ninguna duda en el libro de Cash sobre quién es el enemigo. "Gran Bretaña –advierte Cash en la primera página–, podría convertirse en una mera provincia de una Europa dominada por Alemania". "La actitud alemana hacia Europa –advirtió Cash– está […] determinada por un enorme legado histórico". Una Europa políticamente más integrada sería en opinión de Cash "una Alemania más grande, que buscaría un difícil equilibrio entre este y oeste, y heredaría y quizá multiplicaría los complejos e inestabilidades de la Alemania posbismarckiana". Todo el mundo sabía las catástrofes a las que las

inestabilidades de la Alemania posbismarckiana condujeron en 1914, 1933, 1939 y 1945. Una Unión Europea integrada dominada por Alemania no duraría mucho y el resultado de su disolución, daba a entender Cash, sería el caos y la violencia.[17] Algunos historiadores conservadores se unieron al coro de denuncia de la Unión Europea como vehículo de dominación alemana. "¿Cuánto tiempo pasará –se preguntó John Charmley a propósito de la reunificación alemana– antes de que Alemania decida que es demasiado grande para el vestido que le dejan llevar, y quién podría pararle esta vez los pies si decide conseguir un vestido más grande?". A primera vista esto parece contradictorio con el juicio anteriormente expresado por Charmley según el cual habría sido razonable y de hecho deseable que el gobierno británico hubiera llegado a un acuerdo de paz por separado con Alemania en 1940. Y es que, teniendo en cuenta lo que Charmley escribió en 1995, ¿cómo podía suponer que se habría podido confiar en que los alemanes cumplieran sus promesas en 1940?[18]

Sin embargo, otros historiadores de derechas compartían los nuevos puntos de vista de Charmley. La aparición del euroescepticismo, expresado con la retórica de la Segunda Guerra Mundial y el recurso a una memoria pública fabricada del momento de gloria de Gran Bretaña para apuntar contra Alemania como representante de Bruselas, constituyó el contexto básico de las especulaciones contrafactuales desarrolladas por Charmley y Ferguson cuando afirmaban que Gran Bretaña debería haberse mantenido "espléndidamente aislada" de las tribulaciones del continente en 1914 y 1940, con lo que habría salvado el imperio británico y habría evitado el Holocausto. En estas obras, la dominación alemana de la Unión Europea se considera una premisa y en los escenarios alternativos se explica que se consiguió durante la Primera Guerra Mundial, ya en 1915. No obstante, la imagen de una Gran Bretaña segura y aislada de Europa era la expresión de un deseo euroescéptico que chocaba frontalmente con lo que los euroescépticos percibían como la espantosa realidad de los años noventa, en que el Reich alemán amenazaba con arrollar una vez más al Reino Unido, de modo que las descripciones contrafactuales de un desarrollo pacífico de la unidad continental europea en un pasado imaginario despojado de participación británica en las dos guerras mundiales tenían que apartarse a un lado para dejar paso al despliegue de retórica derivada de la Segunda

Guerra Mundial y afrontar así la amenaza que en el presente se creía que representaba una Alemania supuestamente agresiva y expansionista.[19]

La historia contrafactual inglesa retomó la retórica desafiante medio vieja y medio nueva y sostuvo que la colaboración en caso de ocupación alemana habría sido mínima. Reaccionaban así a un estudio de la periodista progresista de *The Guardian,* Madeleine Bunting,[20] que sostenía que contrariamente al mito que ellos mismos habían creado, un mito aceptado por escritores anteriores como Longmate, el pueblo de las islas del Canal no solo no había resistido a los ocupantes nazis, sino que había colaborado con ellos hasta el punto de ayudarles a deportar a Auschwitz a los judíos de las islas. Andrew Roberts señaló que, al revés de lo que afirmaba Bunting, las islas del Canal no eran un buen modelo en el que basar generalizaciones sobre este tema, ya que se había evacuado de ella a un tercio de su población masculina adulta, los alemanes habían emplazado treinta y siete mil soldados en unas islas donde vivían sesenta mil personas, entre los isleños había una tradición de obediencia a la autoridad, no había sindicatos o partidos políticos fuertes, y no había ni zonas montañosas ni grandes ciudades en las que basar un movimiento de resistencia. De todos modos los isleños eran medio franceses, objetó Roberts, y los británicos eran mucho más leales a su país que los franceses al suyo. El pacifismo, que había florecido brevemente antes de la guerra, estaba manifiestamente muerto. No había una "quinta columna" nazi de colaboradores y subversivos en Gran Bretaña. Puede que convencieran al duque de Windsor, sostuvo Roberts, de ocupar el trono después de que Churchill muriera resistiendo a los invasores y que el rey Jorge VI huyera a Canadá, y puede que se hubiera convencido a un político pronazi como Lloyd George de convertirse en primer ministro, como se hubiera podido convencer a sir Samuel Hoare, pero no a Mosley, que los alemanes sabían que no era popular (aunque esta consideración no impidió que elevaran al todavía más impopular Vidkun Quisling en Noruega). El archiapaciguador R. A. Butler, otro defensor de un acuerdo de paz por separado, podría haber facilitado la tarea de los alemanes con su colaboración. Pero se habría tratado de excepciones y Roberts afirmó osadamente que si los alemanes hubieran ocupado Gran Bretaña, "se habrían enfrentado a la enemistad implacable y visceral de una nación en armas".[21] El mensaje euroescéptico de su artículo quedaba claro

al abordar la línea que tomaría la prensa británica controlada por los nazis: "El énfasis que los propagandistas de Vichy ponían en un futuro europeo común como catalizador para recuperar el honor y la dignidad se habrían repetido palabra por palabra en Gran Bretaña".[22]

La visión contrafactual de Roberts de una Gran Bretaña que se levanta en cólera nacional contra una ocupación alemana llevada a cabo en nombre de Europa resonó algunos años más tarde en *Resistencia* de Owen Sheers, que describía un movimiento de resistencia activo que seguía luchando contra los ocupantes alemanes a pesar del colaboracionismo del nuevo gobierno encabezado por R. A. Butler bajo la orientación del restaurado Eduardo VIII, un ejecutivo comprometido "a salvar las diferencias entre Gran Bretaña y Alemania y a construir una Europa unida, que plante cara a los estadounidenses capitalistas del oeste y a los bolcheviques del este".[23] De forma más inmediata, las especulaciones contrafactuales euroescépticas de Roberts fueron en paralelo con su novela futurista *The Aachen Memorandum* [El memorándum de Aquisgrán], publicada en 1995. Esta narración política está situada en un futuro imaginario en torno a la mitad del siglo XXI, cuando Gran Bretaña se ha incorporado completamente a una Unión Europea federal dominada por Alemania. La monarquía británica hace tiempo que ha emigrado a Nueva Zelanda y se expulsa a los estudiantes de Oxford que brindan por el rey en la cena. Gran Bretaña se ha dividido en una serie de provincias. Una plétora de directivas europeas regula la vida cotidiana. "La legislación anticlase" ha obligado a rebautizar el barrio londinense de Earl's Court, mientras que las relaciones sexuales están reguladas por las directivas sobre acoso y sobre salud e higiene. Nelson ha desaparecido del plan de estudios de las escuelas en el proceso de "desnacionalización" del programa de historia y su estatua en la columna de Trafalgar Square, ahora rebautizada Delors Square por el presidente de la Comisión Europea, se ha sustituido por una de Robert Schuman, el fundador de la Unión Europea. Las directivas laborales garantizan que los directores de las empresas estén a merced de los consejos de trabajo. La corrupción campa a sus anchas, especialmente en la cúspide.[24] La vida cotidiana en Gran Bretaña está marcada por la "moda federal" ("federal" se ha vuelto una palabra coloquial para "bueno" o "de moda"), que dicta que las mujeres deben presentar vello en las axilas como las alemanas y que los

hombres tienen que besarse, ¡qué horror!, dos veces en cada mejilla cuando se encuentran. Los tranvías de estilo continental han sustituido en buena parte a los coches y los autobuses en las calles de Londres, lo que ha provocado que trayectos que antes eran rápidos y sencillos se vuelvan interminables y complicados (hay que decir que de todas las predicciones imaginarias del libro, esta es una de las menos plausibles). Una directiva europea ha obligado a los británicos a conducir por la derecha, lo que ha provocado una enorme mortandad en las carreteras, y una policía federal, Europol, se comporta de forma muy parecida a como lo habría hecho la Gestapo si los nazis hubieran ocupado Gran Bretaña. El alemán es la única lengua extranjera que se enseña en las escuelas. Todo esto, tal como nos descubre el protagonista del libro, inevitablemente llamado Horatio, refleja el hecho de que "los alemanes […] prácticamente dirigen la unión" y entre ellos la llaman el "Reich […] cuando creen que no les escucha nadie". Huelga decir que Horatio encabeza un movimiento de resistencia que finalmente tumba al odiado gobierno extranjero de los continentales.[25]

The Aachen Memorandum ocupa un lugar intermedio entre las novelas predictivas que advierten a la población británica de consecuencias nefastas si no cambian las políticas del presente, como *When William Came* o *When Adolf Came,* y fantasías contrafactuales de cómo habría sido Gran Bretaña si los nazis hubieran ocupado el país en los años cuarenta, fantasías en las que la novela se inspira libremente. La verdadera narrativa contrafactual de tendencia euroescéptica de la década de los noventa puede ilustrarse con la novela *Patria* (*Fatherland,* Londres, 1992) de Robert Harris. Ambientada no en Gran Bretaña sino en Alemania, en el año 1964, la novela cuenta la historia de un detective (y miembro de las SS) cuya investigación de una serie de asesinatos lo lleva a descubrir un intento del gobierno de eliminar a los principales responsables del Holocausto que todavía viven y destruir todas las pruebas de lo que ocurrió para no poner en peligro las relaciones con Estados Unidos, cuyo presidente está a punto de llegar en una visita de estado. Harris conoce bien la historiografía de la Alemania nazi y uno de los pasajes más llamativos del libro es su rigurosa descripción del aspecto que habría tenido Berlín ("Germania") después de una victoria en la Segunda Guerra Mundial. Patria tenía un fuerte subtexto euroescéptico. Tal como Harris afirmó en un artículo que apareció coincidiendo con la publicación

de la novela, "me pasé cuatro años escribiendo […] una novela sobre una superpotencia alemana ficticia y, mientras escribía, se empezó a convertir en realidad […] Uno no tiene que compartir la opinión de […] Margaret Thatcher para detectar similitudes entre los planes de los nazis en Europa occidental y lo que, en términos económicos, ha acabado ocurriendo".[26] En la novela el mensaje quedaba reforzado con la descripción del colaboracionismo británico y estadounidense con el nazismo, ya que a la cabeza del Reino Unido se encuentra el monarca pronazi Eduardo VIII, restablecido en el trono, mientras que el antiguo embajador de Estados Unidos en Londres, el apaciguador y derrotista Joseph Kennedy, se ha convertido en presidente de Estados Unidos. Emocionante, llena de suspense y bien escrita, la novela enseguida se convirtió en un *bestseller*. Pero, como señala Rosenfeld, "en parte, el éxito comercial de *Patria* en Gran Bretaña reflejó la capacidad de la novela de explotar la incertidumbre británica ante una Alemania reunificada y sobre lo deseable de la integración europea".[27]

A partir del ejemplo de la caída de numerosas dictaduras de Europa del Este a finales de los años noventa, la novela sugiere que incluso un Tercer Reich victorioso habría sido una estructura frágil, que probablemente no habría sobrevivido a Hitler, y que no habría tardado en perder su agresividad y vigor originarios, condenado al derrumbe y la desintegración finales. Harris, como C. J. Sansom en su novela de 2012, *Dominion,* cuya deuda con *Patria* es explícita, sigue a la historiografía solvente al subrayar la naturaleza dividida e inestable del régimen nazi.[28] En algunos aspectos, sin embargo, los escenarios contrafactuales en los que se basan las dos novelas divergen de forma bastante llamativa. Así, por ejemplo, a diferencia de otros escritores, Sansom no piensa que se hubiera restablecido al antiguo rey pronazi Eduardo VIII en lugar de su hermano Jorge VI, ya que para empezar la mayoría de británicos no le había perdonado que abdicara, y los alemanes sabían que era "un hombre tan irresponsable e insensato que, como rey, habría sido un dolor de cabeza para cualquier gobierno".[29] No obstante, en otras partes de Europa, los nazis no tuvieron escrúpulos o reservas a la hora de nombrar a colaboradores poco apreciados, como por ejemplo el líder fascista Ante Pavelić en Croacia, y parece improbable, habida cuenta de su historial real durante la guerra, que Jorge VI se hubiera

quedado en Gran Bretaña cuando esta se convirtiera en un estado satélite de los nazis, aunque uno no puede estar del todo seguro. Una objeción más seria a la idea del duque de Windsor como monarca títere nazi radicaría en la dificultad con la que se hubieran encontrado los nazis para dar con él. Churchill y el gobierno británico se aseguraron de mantenerlo bien lejos, y primero lo llevaron a Portugal y luego a las Bahamas, y es probable que hubieran hecho todo lo que estuviera en su mano para evitar que cayera en manos nazis.

Más seriamente, por muy dividida y pendenciera que fuera la cúpula nazi, el escenario de Harris se aleja bastante de lo históricamente plausible al retratar una Europa de posguerra que vive en paz bajo un dominio alemán estable. De hecho, muchos historiadores estarían de acuerdo en que la guerra para los nazis no era solo una guerra sin límites, sino también una guerra sin fin. En su largo e inédito *Segundo libro* escrito en 1928, y también en ocasiones sucesivas, Hitler dejó claro que el propósito de conquistar Europa del Este no solo era proporcionar a Alemania una fuente de suministro de alimentos que le permitiera evitar un bloqueo aliado como el que tanto daño le hizo en la Primera Guerra Mundial, sino también darle un imperio territorial que a largo plazo proporcionaría la base para una guerra más amplia, entre Alemania y Estados Unidos. Incluso suponiendo que los alemanes hubieran podido destruir la Unión Soviética –una condición de tanta entidad que Sansom, por ejemplo, hace que la Wehrmacht y el Ejército Rojo todavía luchen en los años cincuenta sin ningún resultado concreto– es improbable que hubiera llegado la paz. Como observó el historiador Tim Mason: "Interpretemos como interpretemos las especulaciones de Hitler anteriores a 1941 sobre una guerra de hegemonía mundial contra Estados Unidos, la conquista de 'espacio vital' en la Rusia europea nunca se concibió como un objetivo finito, y Hitler caviló repetidamente sobre el peligro de que se iniciara un proceso de degeneración si el pueblo alemán se encontraba en algún momento en una situación en la que no tuviera que luchar contra ningún adversario".[30] Para que su escenario sea plausible, Harris tiene que añadir a la improbable eventualidad de que los nazis en algún momento estuvieran de acuerdo en dar por terminada la guerra la premisa de que Hitler lucharía contra los estadounidenses hasta alcanzar un punto muerto y que

llegaría a un acuerdo de paz con ellos. Todo lo que sabemos de Hitler sugiere claramente que nunca estaba dispuesto a ceder y, como él decía, siempre "se jugaba el todo por el todo"; para él solo cabía la victoria o la muerte, el triunfo de la voluntad o la aniquilación total, y en medio no había nada. Y en la práctica, la enorme disparidad de recursos entre Alemania y Estados Unidos habría hecho improbable que la guerra entre ellos hubiera acabado en tablas, incluso si el Tercer Reich hubiera conquistado Gran Bretaña y hubiera firmado un acuerdo de paz con la Unión Soviética (otro escenario improbable).[31] Las condiciones que hay que modificar para sustentar la fantasía de Harris simplemente son demasiado numerosas y de demasiada entidad para que su relato resulte plausible como historia contrafactual, incluso en forma de ficción literaria.

El surgimiento del contrafactualismo euroescéptico en Gran Bretaña socava la tesis de Gavriel Rosenfeld de que, a largo plazo, ha habido un proceso de "normalización" en la visión británica de Hitler y el nazismo, expresada en el carácter cambiante de las narraciones futuristas, ya que el nazismo dejó de ser un simple objeto de oprobio moral vinculado a una representación autocomplaciente de la resistencia aliada contra él, y las actitudes británicas hacia un futuro contrafactual nazi y las representaciones de este se volvieron más complejas y autocríticas. Rosenfeld repite esta tesis a lo largo de su libro, a cada ocasión que se le presenta, como si fuera un mantra.[32] Pero se trata de una evidente simplificación. La desmiente el fuerte deterioro de las actitudes británicas hacia Alemania en los años noventa, que llevó a una equiparación de nazis y alemanes en la retórica euroescéptica, y que dio lugar a una nueva oleada de ficciones y especulaciones sobre cómo habría sido Europa si hubieran ganado los nazis. Como este drástico empeoramiento de las actitudes británicas hacia Alemania y el pasado alemán no encaja con la tesis de Rosenfeld, este sencillamente la ignora.[33] Además, el hecho es que el concepto de "normalización" carece de verdadero significado; lo que es normal solo es normal en un determinado contexto histórico: el miedo a un futuro europeo dominado por nazis malvados era normal en Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial, igual que la creencia de que ese futuro en muchos aspectos ya se había materializado, o estaba a punto de materializarse, era normal en el discurso euroescéptico británico de los años

noventa. Además, la "normalización" es un concepto predictivo: se supone que una vez las cosas se hayan vuelto "normales", siempre seguirán así en el futuro. Es por tanto un concepto metafísico antes que histórico, no comprobable a través de la investigación empírica.

El relato de Rosenfeld evidencia que el concepto de "normalización" también deja de lado cambios de actitud en otros países. Hay pocas cosas menos convincentes en su libro que la afirmación de que en los años noventa se asistió a "una menguante creencia alemana en el poder de la memoria y la posibilidad de justicia", o a un "deseo de normalizar la memoria del pasado nazi".[34] Y es que los años noventa, después de la caída del muro de Berlín, el derrumbe del comunismo y la reunificación de las dos Alemanias, la Oriental y la Occidental, fueron al contrario una década que asistió a la reanudación de los juicios por crímenes de guerra en toda Europa, a la intensificación de la memoria pública del Holocausto en Europa y Estados Unidos, al impacto global de la película de Steven Spielberg *La lista de Schindler,* a la inauguración en muchos países de museos en recuerdo del Holocausto, a la conversión de los descuidados emplazamientos de los campos de concentración alemanes en centros de recuerdo y educación, y a la colocación de un monumento a las víctimas judías del nazismo en el centro de Berlín, la nueva capital de Alemania, a la revelación de la complicidad con los crímenes nazis de muchas instituciones alemanas desde el ejército hasta los médicos, y más adelante el ministerio de Exteriores y sus diplomáticos, y a muchas más cosas.[35] El problema del análisis de Rosenfeld no es simplemente que se base en el tosco y en última instancia superfluo concepto de "normalización"; sino también que no logra situar las historias alternativas –reales y ficticias– en su contexto histórico, un contexto que, lejos de seguir un desarrollo lineal único y predecible hacia lo "normal", sufrió, y todavía sufre, muchas vicisitudes a lo largo del tiempo.

Los cambios de contexto son evidentes en los numerosos intentos de posguerra de imaginar un mundo en el que Hitler habría conseguido escapar de algún modo de su búnker berlinés en 1945 y viviría escondido en algún lugar en plena posguerra. Una gran parte de estas obras, especialmente en Estados Unidos, se centraron en compensar la frustración que muchos sentían de que no se hubiera llevado a Hitler a juicio para dar

cuenta de sus crímenes en persona. Libros como *Hitler vuelve* de Philippe van Rjndt (*The Trial of Adolf Hitler*, Nueva York, 1978); *Operation Lucifer: The Chase, Capture and Trial of Adolf Hitler* [Operación Lucifer: la búsqueda, captura y juicio de Adolf Hitler], de David B. Charnay y publicado en Londres en 2001, que le debe mucho al libro de Van Rjndt, *The Asgard Solution* de James Marino (Nueva York, 1983) y *Berkut* de Joseph Heywood (Nueva York, 1987) se dedican a cumplir ese deseo, igual que lo hacen, de una manera bastante distinta, numerosas películas de serie B y cómics que retratan el peligro de no llevar a juicio a un Hitler superviviente. De este modo, los relatos de la supervivencia de Hitler se insertaban en una crítica política del relativo fracaso de los gobiernos de todo el mundo a la hora de llevar ante la justicia a los antiguos nazis, una crítica que se volvió especialmente evidente después de la reactivación de los juicios por crímenes de guerra en los años sesenta, con el juicio a Eichmann en Jerusalén en 1961 y los juicios de Auschwitz en Frankfurt en 1964.[36] En cambio, la extraña novela corta del crítico George Steiner, *El traslado de A. H. a San Cristóbal* (*The Portage to Sant Cristobal of A. H.*, Londres, 1981) parece que pretende atacar la obsesión con Hitler que se había hecho notar en los años inmediatamente anteriores con la aparición de libros, películas y programas de televisión sobre los nazis en lo que se conoció como "oleada hitleriana". Steiner sugería que, a finales del siglo XX, era irrelevante si Hitler sobrevivía en la selva sudamericana. En lugar de mantener vivo su recuerdo, la gente, especialmente los judíos, debían olvidarse de él para poder afrontar el futuro con más confianza y optimismo.[37]

Bastante distinta es la reciente oleada de libros que afirma que Hitler (y normalmente también Eva Braun) en realidad se escaparon del búnker tras fingir su muerte. Estos libros afirman basarse en la realidad y a veces en investigaciones históricas solventes. Inició la moda un cirujano británico, W. Hugh Thomas, que atrajo una atención considerable con un libro, publicado en 1995, que pretendía demostrar que los restos humanos carbonizados encontrados en el jardín de la Cancillería del Reich, encima del búnker de Berlín, en 1945, no eran de Adolf Hitler y Eva Braun. Thomas presentó una cantidad considerable de datos forenses aparentemente plausibles y sus credenciales como experto en medicina reforzaron su credibilidad. Sin embargo, algunos años antes ya había

sostenido que Rudolf Hess, el antiguo secretario del führer, condenado a cadena perpetua en el juicio por crímenes de guerra de Núremberg de 1945, encarcelado en la fortaleza de Spandau a las afueras de Berlín, no era en realidad el que parecía ser, sino otra persona; y en 2001 afirmó de modo parecido que el líder de las SS, Heinrich Himmler, del que testigos oculares hicieron constar que se suicidó en 1945 después de que lo detuvieran y reconocieran unos soldados británicos, en realidad también era otra persona.[38] Es evidente que Thomas tenía demasiada tendencia a descubrir dobles improbables, y cuantos más añadía a su lista, menos plausibles se volvían sus teorías. Para poder mantener engaños de este tipo habrían sido necesarias conspiraciones a una escala considerable, y como muy tarde con su libro sobre Himmler quedó claro que, a pesar de sus análisis aparentemente serios de los datos médicos, los libros de Thomas carecían de credibilidad histórica y forense.

Thomas no tenía mucho que decir sobre qué pasó con los verdaderos Hess, Hitler, Braun o Himmler, pero ese hueco de la literatura lo completaron imaginariamente unas cuantas obras publicadas después del cambio de siglo, como por ejemplo *Hitler's Escape* (Londres, 2005) de Ron T. Hansig. Y generó mucho interés mediático *Grey Wolf. The Escape of Adolf Hitler* [El lobo gris. La huida de Adolf Hitler], un libro de dos periodistas británicos, Gerrard Williams y Simon Dunstan, que, según informó el periódico *The Sun* el 11 de abril de 2013, contenía "revelaciones sensacionales" sobre la huida de Hitler de su búnker berlinés y su vida "en las tierras desoladas de la Patagonia" con su esposa Eva Braun. Durante su exilio en América del Sur, según escribían los autores, el señor y la señora Hitler habían tenido dos hijas "que hace aproximadamente una década todavía vivían"; aparentemente, el matrimonio Hitler escapó del búnker subterráneo de Berlín a través de un túnel secreto mientras el Ejército Rojo avanzaba hacia el refugio. En el búnker habían ocupado su lugar dobles que se suicidaron y de ese modo proporcionaron los cuerpos calcinados descubiertos poco después por las tropas del Ejército Rojo a su llegada. Luego los Hitler escaparon a Argentina en submarino y acabaron viviendo cerca de Bariloche, donde el "atormentado" führer pasó el resto de su vida intentando crear un Cuarto Reich antes de morir en 1962 a los setenta y tres años. Según *The Sun* se trataba, en palabras de los autores, "del mayor

engaño de la historia":

> Las pruebas, según se decía que los autores habían contado al *Daily Mail* el 28 de octubre de 2011, eran 'abrumadoras', y explicaron a Sky News: 'No queríamos reescribir la historia, pero las pruebas que hemos descubierto sobre la huida de Adolf Hitler son demasiado abrumadoras para ignorarlas. No hay pruebas forenses de su muerte ni de la de Eva Braun, y las historias de los testigos oculares de su supervivencia en Argentina son convincentes'.

Evidentemente, el problema era, como señalaron los críticos, que las notas de los autores eran vagas o directamente faltaban cuando había que documentar afirmaciones cruciales y permitir así que los lectores las comprobaran. Además, la enorme cantidad de pruebas reales de que los cuerpos hallados en el exterior del búnker eran los de Hitler y Eva Braun –incluida la dentadura de Hitler, contrastada con su historia dental– se pasaban por alto o enseguida se descartaban, junto a los numerosos relatos de primera mano de miembros de su entorno reunidos inmediatamente después de la guerra por Hugh Trevor-Roper y publicados en su libro *Los últimos días de Hitler* (*Last days of Hitler,* Londres, 1947). Finalmente, los autores no le habían seguido en absoluto la pista a su creencia de que Hitler y Eva Braun habían tenido dos hijas que habían seguido viviendo en Argentina. De nuevo, la teoría dependía de la premisa de una enorme conspiración para tapar la verdad, prolongada muchas décadas y en la que estarían implicados cientos si no miles de historiadores profesionales, testigos oculares, archivos, funcionarios, investigadores, periodistas y muchos más. No decía mucho de la opinión de los autores sobre el gremio de los historiadores que descartaran la investigación comúnmente aceptada por ser el producto o bien de un engaño intencionado o de una lamentable incapacidad para averiguar la verdad.

Las investigaciones históricas espurias de este tipo están estrechamente relacionadas desde el punto de vista metodológico con el fenómeno políticamente motivado de la negación del Holocausto, en el que se dedica un considerable ingenio forense a intentar demostrar que los nazis no mataron a seis millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial, que en Auschwitz no había cámaras de gas, que Hitler no tenía un plan o un

proyecto de exterminio de los judíos y que las pruebas que han reunido los historiadores para demostrar que estas cosas realmente ocurrieron han sido orquestadas al término de la guerra por una conspiración encabezada por judíos. Si bien escritores como Thomas, Williams y Dunstan son relativamente inocentes de estar motivados políticamente en su actuación, es evidente que no puede decirse lo mismo de los negacionistas del Holocausto, que en general están movidos por una ideología antisemita, racista, neonazi o islamista radical y utilizan sus investigaciones –engalanadas a menudo con toda la panoplia académica de notas al pie y llevadas a cabo en centros de nombre aparentemente serio como "Instituto de Revisión Histórica"– para intentar convencer a la gente de que hay una enorme y siniestra conspiración judía que controla los medios de comunicación, las facultades de historia, los gobiernos, las universidades y los partidos políticos, y que obliga a todos a ocultar la verdad y gobierna el mundo en su propio interés.[39]

Este tipo de teoría de la conspiración, que a menudo se basa en la afirmación de que el conocimiento aceptado es el conocimiento "oficial" y que por tanto hay que desconfiar de él, puede encontrarse en una forma todavía más extrema, aunque cueste creerlo, en obras como *The Omega Files: The Military-Industrial / Nazi / Alien Connection and the Infiltration of America by the Fourth Reich* [El expediente Omega: la conexión militar-industrial / nazi / alienígena y la infiltración de Estados Unidos por parte del Cuarto Reich] de M. Robert K. Teske Jr., publicada en Nueva York en 2012. El texto promocional del libro reza:

> Lo que está a punto de leer es polémico y puede resultar ofensivo para parte del público. Se recomienda discreción a los lectores. (NOTA: cuando aparece la palabra 'alienígena', puede sustituirse por 'demoníaco', 'ángel caído', 'sobrenatural' u 'oculto', ya que cualquiera de estas palabras podría aplicarse a los contenidos de este manuscrito). […] Si, como afirmaba el difunto J. Allen Hynek, más de una persona de cada cuarenta ha sido abducida y 'procesada' por la agenda del 'gobierno secreto / alienígena' –o una de cada diez según fuentes más recientes– entonces seguro que conoce a alguien que es un abducido y lo sabe. Esta información es para ellos. Para los que todavía no estáis 'abducidos por los ovnis', la información contenida en este libro es en cualquier caso

> vital, ¡¡¡os afecta y un día os puede salvar la vida!!! […] Este informe contiene los detalles más intrincados y secretos de una conspiración global que al parecer hunde sus raíces en una colaboración alienígena / militar-industrial decidida a someter a su control a todos los pueblos amantes de la libertad de este mundo, a través de la implementación de un gobierno global que suele conocerse como 'Nuevo Orden Mundial'.

El libro sostiene que los nazis construyeron platillos volantes antes del fin de la guerra y los dirigentes del Tercer Reich los utilizaron para huir; luego se escondieron en búnkeres subterráneos en varias partes del mundo, incluida la Antártida, desde donde intentaban establecer el "Nuevo Orden Mundial".

Por fantasiosas que parezcan estas ideas, una encuesta llevada a cabo por Public Policy Polling a finales de marzo de 2013 reveló que "el 28% de los votantes estadounidenses cree que una élite poderosa y hermética con una agenda globalizadora conspira para dominar el mundo a través de un gobierno autoritario mundial, o Nuevo Orden Mundial". El 29% cree que los alienígenas existen y el 21% cree que un ovni se estrelló en Roswell (Nuevo México) en 1947 y que el gobierno de Estados Unidos lo ocultó.[40] Las creencias de este tipo son más frecuentes entre republicanos que entre demócratas (de los que solo el 15% cree en la teoría del Nuevo Orden Mundial, aunque, desconcertantemente, el 6% también cree que Barack Obama es el Anticristo, una cifra mucho más baja que el 20% de republicanos que sostienen esa opinión, pero en todo caso sorprendente). Se trata de creencias que funcionan como expresión metafórica de una desconfianza extrema en el gobierno, que se equipara simbólicamente con fuerzas malvadas como el nazismo. Esa desconfianza va de la mano con la creencia de que el gobierno y las investigaciones supuestamente avaladas por el oficialismo, como por ejemplo las de los profesores e investigadores universitarios, ocultan deliberadamente la verdad, a la que solo algunos individuos privilegiados como Teske, Hansig, Thomas, Williams y Dunstan, o los negadores del Holocausto de variado pelaje, pueden acceder gracias a la profundidad de su investigación o a su perspicacia. Las historias especulativas o pseudohistorias y las narraciones de este tipo difieren claramente de las historias y las narraciones contrafactuales, aunque también están claramente relacionadas con ellas. No se supone que este tipo

de obras presenten alternativas a lo que realmente pasó, sino representaciones reales de la auténtica verdad histórica. Sin embargo, la frontera entre los dos tipos de obras es difusa y a menudo difícil de distinguir.

Así, para poner un ejemplo obvio, la novela del escritor de ciencia ficción Philip K. Dick *El hombre en el castillo (The man in the High Castle,* Nueva York, 1962) está situada en un mundo imaginario después de una guerra que han ganado los nazis y los japoneses, que se han repartido el botín entre ellos, especialmente América del Norte. Al mismo tiempo, sin embargo, el personaje epónimo ha escrito una novela contrafactual, *La langosta se ha posado,* que presenta una versión distinta de la realidad en la que los alemanes y japoneses han perdido la guerra, se ha capturado, juzgado y condenado a Hitler, el imperio británico ha sobrevivido, y los nacionalistas han derrotado a los comunistas en China. Al final del libro, los personajes descubren que *La langosta se ha posado* cuenta la verdad y que ellos son ficticios.[41] Nos encontramos a un paso de narraciones de ciencia ficción en las que la flecha del tiempo se ha torcido por las circunstancias, pero pueden enderezarla los viajeros del tiempo que vuelven al acontecimiento originario para arreglar las cosas. En este tipo de novelas, el autor se esfuerza a menudo por presentar un escenario bien desarrollado, por ejemplo, con la Inquisición todavía en funcionamiento en la Inglaterra del siglo XX, aún católica tras la victoria de la Armada Invencible en 1588, una Inquisición que se comporta de una forma bastante similar a como lo hacía en la España del Siglo de Oro.[42] No obstante, los escritores de ciencia ficción tienen tendencia a introducir en esas narraciones giros de la trama completamente ahistóricos o incluso imposibles como tecnología futurista, pistolas láser, máquinas del tiempo y cosas por el estilo, que llevan al lector muy lejos del punto de partida contrafactual.[43]

De este modo, lo real y lo ficticio se mezclan, como ocurre en muchas historias alternativas que plantean la supervivencia de Hitler en el mundo de posguerra, o las bastante menos numerosas que intentan imaginar un mundo en el que Hitler hubiera muerto antes de llegar al poder, o hubiera sobrevivido, pero no hubiera logrado convertirse en canciller alemán. En su mayor parte, estas narraciones son ejemplos clásicos de expresión de un deseo; si Hitler no se hubiera convertido en canciller del Reich o si se le

hubiera llevado a juicio tras la guerra, casi huelga decir que las cosas habrían ido mejor. Unas pocas obras de este género, especialmente *Haciendo historia (Making History,* Londres, 1996) del actor y humorista Stephen Fry, abordan la cuestión más profunda de cuál fue exactamente el equilibrio de factores históricos personales e impersonales en la ascensión y triunfo del nazismo, y concluyen que de todos modos las cosas habrían acabado de forma similar incluso si Hitler no hubiera existido. La opción que cada uno escoja no solo depende de hasta qué punto uno piense que los individuos, para bien o para mal, gobiernan el curso de la historia, sino también de hasta qué punto uno culpe personalmente a Hitler de los crímenes del nazismo, o de hasta qué punto (como Fry) uno haga cargar la culpa al pueblo alemán. En última instancia, como deja claro la novela de Fry, una de las principales pretensiones de este tipo de fantasías –igual que de los retratos de un Hitler que habría sobrevivido a la guerra– es entretener. Hitler forma parte tan integral de los círculos nazis, de los mítines y desfiles, de los discursos y la propaganda, que pensar que llevara una existencia burguesa más o menos convencional en el exilio resulta fascinante. Sin embargo, sabemos por una enorme cantidad de datos que en realidad Hitler no quería en absoluto sobrevivir a la derrota en la guerra. En lo más profundo de su ser, creía en su versión de la lógica darwiniana de la supervivencia del más fuerte y la lucha por la existencia de todos contra todos, y si fracasaba, como ocurrió, la única salida pasaba por una muerte expiatoria, una creencia compartida por cientos de otros dirigentes nazis, incluidos Goebbels, Goering, Himmler y un gran número de generales, ministros del gobierno y altos funcionarios nazis, que se suicidaron al término de la guerra en una de las mayores oleadas de inmolación de la historia.[44]

Las historias alternativas hace tiempo que son un elemento básico de la ciencia ficción, hasta el punto de que desde 1995 la Convención Mundial de Ciencia Ficción ha reconocido públicamente el género al anunciar dos premios anuales Sidewise de historia alternativa, que se llaman así por un relato corto de 1934 de Murray Leister, "Sidewise in Time" [De lado a través del tiempo], en el que en 1935 partes de la Tierra cambian su lugar con partes análogas correspondientes a otras líneas temporales de modo que una legión romana de una línea temporal en la que el imperio romano

sobrevive hasta la época contemporánea aparece en las afueras de San Luis (Misuri), el Sur gana la guerra civil en algunas zonas y San Francisco está ocupada por una Rusia zarista victoriosa. El mundo de la ciencia ficción considera que este relato funda el género moderno de los relatos de historia alternativa, y de hecho generó toda una serie de narraciones en los años siguientes. Las fronteras entre este mundo y el mundo de la historia alternativa ficticia, de un lado, y la historia alternativa imaginaria que pretende ser factual, de otro, son en cierto sentido bastante borrosas.[45]

Lo que distingue a todo esto de intentos más serios de practicar la historia contrafactual es el foco en la causación común a estos últimos, que en el primer caso suele estar ausente o como mínimo muy subordinado. La historia contrafactual pone en primer plano los efectos de un solo cambio en una cadena causal existente, que lleva a toda una serie de cambios consecutivos en el curso de la historia. La historia alternativa simplemente plantea un mundo paralelo al nuestro sin indagar demasiado en cómo llegó a ser realidad. La historia alternativa de investigación médica o periodística se centra en establecer que un solo hecho de la historia fue distinto, y dedica cientos de páginas a "demostrar" que Hitler siguió viviendo en Argentina después de la guerra, o que el "Rudolf Hess" de Spandau era otra persona, pero en realidad no está interesada en valorar en qué cambian el curso de la historia en un sentido más amplio estos descubrimientos. El interés principal, tanto para el autor como para el lector, radica en describir la mecánica de la supuesta prueba.

Sin embargo, la historia contrafactual forma parte esencial del mismo mundo que estas otras obras de la imaginación más obviamente ficticias, algunas de las cuales tienen un historial mucho más largo y se pusieron de moda mucho antes de que las historias contrafactuales se volvieran moneda corriente. El escepticismo posmoderno ha liberado a escritores de todo tipo para que imaginen lo que habría podido ser y para que conecten de alguna manera sus imaginaciones con acontecimientos históricos reales y personajes históricos reales. En todos estos distintos géneros, el lector cierra un pacto implícito con el autor: ambos suspenden su incredulidad porque saben lo estimulante que es imaginar que Hitler vegetaba en Argentina en 1964, o lo políticamente persuasivo que era unir el pasado con el presente al imaginar la resistencia de los británicos a incorporarse a una Europa

dominada por los nazis, o lo moralmente lamentable que resulta que no se llevara a Hitler ante la justicia después de la guerra. Por tanto, para valorar la utilidad o no de las hipótesis contrafactuales en el estudio e interpretación del curso real de la historia, debemos dejar al margen estos productos barrocos de la imaginación e intentar definir con precisión cuál es exactamente la relación de lo contrafactual con lo real.

1 Jorge Semprún, *L'Algarabie,* París, 1981, pp. 109-115 [*La algarabía,* Adolfo Martín, tr., Barcelona, Orbis, 1984].
2 Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 15-24.
3 Tucker, reseña de Ferguson, p. 265.
4 Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* p. 518.
5 Ibíd. Véase también Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 141-149 y 161-162.
6 Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* p. 518.
7 Henry Vollam Morton, *I, James Blunt,* Toronto, 1942, p. 3; citado en Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* p. 39.
8 Sobre la obra teatral de Coward, véase Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 130-132.
9 Ibíd., pp. 132-135. Véase también Carrère, *Le détroit de Behring,* p. 50.
10 Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* pp. 45-49.
11 Richard J. Evans, ed., *Society and Politics in Wilhelmine Germany,* Londres, 1978, pp. 11-13.
12 Norman Longmate, *If Britain Had Fallen: The Real Nazi Occupation Plans,* Londres, 2004 [1972], p. 109.
13 Ibíd., pp. 107-108, 117-118, 116, n. 8.
14 Ibíd., pp. 135-145, 173, 178-179, 186-206, 207-257, 258-262.
15 David Lampe, *The Last Ditch,* Londres, 1968; y Adrian Gilbert, *Britain Invaded,* Londres, 1990.
16 John Ramsden, *Don't Mention the War: The British and the Germans since 1890,* Londres, 2006, pp. 412-414. Rosenfeld (p. 71) intenta sostener su tesis de que hubo un proceso constante de "normalización" en las representaciones británicas de Alemania y el nazismo a partir de los años sesenta, sin recaídas ni contradicciones, a partir de una fuente secundaria posterior publicada en 2002, pero no toma en cuenta los datos de estas encuestas.
17 William Cash, *Against a Federal Europe: The Battle for Britain,* Londres, 1991, pp. 1, 71, 82.
18 John Charmley, "Why, Sadly, We Can Never Trust Germany", *Daily Mail,* 8 de mayo de 1995, p. 8.
19 Véase Andrew Bonnell, "Europhobia in the New Tory Historiography", en John Milfull, ed., *Britain in Europe: Prospects for Change,* Aldershot, 1999, 207-225.
20 Madeleine Bunting, *The Model Occupation: The Channel Islands under German Rule, 1940-1945,* Londres, 1995.
21 Roberts, "Hitler's England", p. 305.
22 Ibíd., p. 317.
23 Owen Sheers, *Resistance,* Londres, 2007, p. 217.
24 Andrew Roberts, *The Aachen Memorandum,* Londres, 1995, pp. 10-11, 14-20, 25.

25 Ibíd., pp. 9, 25.
26 Robert Harris, "Nightmare Landscape of Nazism Triumphant", *Sunday Times,* 10 de mayo de 1992, sección 2, p. 1, citado en Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* p. 423, n. 187. Rosenfeld (n. 188) señala que Harris se distanció del punto de vista según el cual otros rasgos de la Unión Europea la aproximaban a una Europa dirigida por los nazis, pero el hecho es que la novela compartía muchos rasgos del euroescepticismo antialemán británico de los años noventa.
27 Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* p. 87. Véase también Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* pp. 150-152; y Philip Purser, "Hitler's Common Market", *London Review of Books,* 6 de agosto de 1991, p. 22.
28 Sansom, *Dominion,* pp. 578 y 588.
29 Ibíd., pp. 584-585.
30 Timothy W. Mason, *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the 'National Community',* Providence, 1993, p. 7. Véase también, como contraste, Niall Ferguson, "What Might Have Happened", *Times Literary Supplement,* 19 de septiembre de 2007.
31 Richard J. Evans, *The Third Reich at War,* Nueva York, 2009, pp. 332-333 [*El Tercer Reich en guerra,* Miguel Salazar Barroso, tr., Barcelona, Península, 2017].
32 Rosenfeld, *World Hitler Never Made,* pp. 15-18, 22-23, 193-194, etcétera.
33 Ibíd., p. 33, por ejemplo.
34 Ibíd., pp. 199-245, 259.
35 Bill Niven, *Facing the Nazi Past: United Germany and the Legacy of the Third Reich,* Londres, 2002, ofrece una introducción útil.
36 Peter Novick, *The Holocaust and Collective Memory: The American Experience,* Nueva York, 1999, pp. 127-145.
37 Rosenfeld, *The World Hitler Never Made,* pp. 227-231.
38 W. Hugh Thomas, *Doppelgängers: The Truth About the Bodies in the Bunker,* Londres, 1995; también del mismo autor *The Murder of Rudolf Hess,* Londres, 1979 [*El asesinato de Rudolf Hess,* Joaquín Vidal, tr., Barcelona, Bruguera, 1982]; y *SS-1: The Unlikely Death of Heinrich Himmler,* Londres, 2001.
39 Véase Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory,* Nueva York, 1994; y Richard J. Evans, *Telling Lies about Hitler: The Holocaust, History and the David Irving Trial,* Londres, 2002.
40 http://www.publicpolicypolling.com/pdf/2011/PPP_Release, consultado el 11 de abril de 2013.
41 Philip K. Dick, *The Man in the High Castle,* Londres, 2001 [1962], pp. 246-247 [*El hombre en el castillo,* Manuel Figueroa, tr., Barcelona, Minotauro, 2014].
42 Keith Roberts, *Pavana,* Londres, 1968 [*Pavana,* Matilde Horne, tr., Barcelona, Minotauro, 2000]; Kingsley Amis, *The Alteration.*
43 Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* p. 42. Véase también Jörg Helbig, *Der parahistorische Roman: Ein literaturhistorischer und gattungstypologischer Beitrag zur Allotopieforschung,* Frankfurt, 1988; y Eric B. Henriet, *L'histoire révisité: L'uchronie dans toutes ses formes,* París, 1999.
44 Christian Goeschel, *Suicide in Nazi Germany,* Oxford, 2009.
45 Véase Karen Hellekson, *The Alternate History: Refiguring Historical Time,* Kent, 2001; y Ian Watson e Ian Whates, eds., *The Mammoth Book of Alternate Histories,* Nueva York, 2010.

IV

MUNDOS POSIBLES

Los escenarios contrafactuales, o lo que algunos historiadores califican de escenarios contrafactuales, adoptan muchas formas distintas y es importante distinguirlas antes de llegar a una conclusión sobre su utilidad o inutilidad. Por mucho que se crea en ellas, las fantasías políticamente motivadas que se centran, por ejemplo, en la supervivencia en búnkeres subterráneos secretos de nazis que conspiran para construir un nuevo orden mundial autoritario, en realidad no son contrafactuales porque no tienen ningún interés en las relaciones de causa-efecto. Como tampoco lo tienen las investigaciones pseudohistóricas que, con todo lujo de detalles, pretenden demostrar que Hitler no murió en el búnker de Berlín o que huyó a Argentina: en este caso el interés está en el supuesto hecho, no en sus posibles consecuencias. Encontramos una modificación más siniestra del pasado en el intento de Stalin de borrar a su antiguo rival Trotski de las fotografías tomadas durante la revolución bolchevique en Rusia e inmediatamente después, y en el de los historiadores estalinistas de eliminarlo del registro histórico… una práctica sobrecogedoramente representada en la novela de George Orwell *1984,* donde el trabajo de Winston Smith, el protagonista, es reescribir periódicos viejos para borrar pruebas que pudieran comprometer a sus jefes políticos en el momento actual. Sin embargo, la falsificación histórica retrospectiva no es verdaderamente contrafactual, porque se centra sobre todo en reescribir todo el registro factual, no en plantear una alternativa que deriva de un pequeño cambio que se introduce en él. El relato de Nathaniel Hawthorne "La correspondencia de P." entra en una categoría relacionada y parecida: imagina una situación en que personalidades como Napoleón, Shelley o Byron han vivido hasta el momento en que Hawthorne escribe –1845– en lugar de morir antes, como realmente ocurrió.[1] En este caso simplemente se imagina otra realidad, de forma parecida a como se imagina en *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift o en la *Utopía* de Tomás Moro y en otras narraciones del mismo tipo. La supervivencia de los personajes de

Hawthorne en realidad no altera la situación general del mundo en 1845, simplemente es interesante por sí misma, del mismo modo que los mundos satíricos alternativos, como Brobdingnag o Liliput, no cambian el mundo real en el que vivía su autor, sino que simplemente colocan un espejo irónico delante de él.

Las novelas históricas pueden dar la impresión de entrar en la categoría de lo contrafactual, y en su introducción al volumen *If It Had Happened Otherwise*… de sir John Squire, sir John Wheeler-Bennett analiza lo que llama "historia imaginaria", incluidas las ficciones parlamentarias y políticas de Anthony Trollope y Benjamin Disraeli. Estas se sitúan en un mundo histórico que puede reconocerse como contemporáneo o reciente –en su caso, la Inglaterra victoriana– con instituciones reconocibles como el parlamento y figuras reconocibles como primeros ministros y obispos, pero narran acontecimientos ficticios que no ocurrieron y retratan a personajes ficticios que no existieron. Lo mismo podría decirse de muchas novelas del género iniciado por las influyentes ficciones medievales de sir Walter Scott. Sin embargo, no se trata de novelas contrafactuales, porque no plantean una influencia causal determinada que creara el mundo paralelo que describen, tal como señaló acertadamente Wheeler-Bennett. Además, ni estas obras ni el género mucho más amplio de la novela histórica introducen cambios significativos en el contexto histórico básico; inventan diálogo, rasgos de los personajes y algunos personajes, pero no los grandes acontecimientos, estructuras o instituciones de la historia; de hecho, los escritores de novela histórica suelen hacer notables esfuerzos para acertar en este ámbito mediante la lectura y consulta de obras históricas de referencia sobre el periodo escogido; las novelas de gran éxito de Hilary Mantel sobre el estadista y político de la época Tudor Thomas Cromwell, por ejemplo, han cosechado numerosos premios y muchos lectores no solo por la brillantez de su estilo, caracterización y estructura, sino también por la pátina de autenticidad histórica con la que adorna la acción.[2]

Por la misma razón, no podemos clasificar como contrafactuales las múltiples novelas escritas en Inglaterra antes de la Primera Guerra Mundial que advertían de las consecuencias de la complacencia británica ante el rearme alemán: novelas en las que Gran Bretaña es invadida por ejércitos alemanes y termina gimiendo bajo la bota de hierro del káiser, o ficciones

parecidas escritas en los años treinta, o las novelas euroescépticas de los años noventa como *The Aachen Memorandum* de Andrew Roberts, que predice un futuro en que la dominación de Gran Bretaña por parte de la Unión Europea en el siglo XXI no es distinta a lo que hubiera podido ser la dominación de Gran Bretaña por parte de Alemania en el XX. El futuro distópico imaginario de Roberts se basa claramente en un pasado distópico real, pero la condición de posibilidad se sitúa en el futuro y no exige que se modifique de ninguna forma lo que ya ha ocurrido.[3] De forma parecida, las novelas o ensayos que invierten la realidad histórica para dar pie a un comentario satírico sobre el presente, como, por ejemplo, mediante el descubrimiento y la conquista imaginarios de Europa por parte de los mayas o los incas, el objeto de fantasías de escritores en español como Unamuno o Fuentes, no dependen de desviar el flujo del tiempo, sino simplemente de darle la vuelta a la realidad.[4] Los verdaderos escenarios contrafactuales, ya sean históricos o ficticios, siempre implican sacar consecuencias históricas, a menudo de gran alcance, a partir de causas *históricas* modificadas.

A menudo lo que esto da como resultado es extremadamente banal. El libro de Jeremy Black, por ejemplo, está dedicado por entero a explicaciones de cómo las cosas habrían podido acabar de forma distinta a como acabaron, lo que, afirma el autor repetidamente, muestra que los contemporáneos no sabían qué iba a pasar después, y que por tanto tenían una considerable libertad de elección. De hecho, "gobernantes y ministros –afirma– gozaban del libre albedrío que les permitía desafiar el carácter normativo de las políticas derivadas de la comprensión de los intereses nacionales",[5] o quizá mejor dicho, su visión de los intereses nacionales no necesariamente era el mismo que el de otras personas. Pero lo importante es que al excluir los factores que restringían su libertad de elección, presentamos una imagen completamente falsa de esa elección como si no hubiera tenido restricciones. Gobernantes como Catalina la Grande de Rusia se permitían en efecto cambios abruptos de política, pero siempre dentro de los límites de lo que era aceptable: a un buen número de zares rusos los asesinaron porque transgredieron esos límites. Para tomar otro ejemplo, a saber, el análisis de Ferguson del estallido de la Primera Guerra Mundial, Aviezer Tucker observa que "Ferguson construye actores

históricos descontextualizados, aislados de contextos culturales y económicos más amplios que excluían el tipo de decisiones que él habría tomado" si él hubiera sido miembro del gobierno de Asquith. De nuevo en este caso, para que funcione la hipótesis contrafactual, hay que presentar a los individuos que toman las decisiones, de manera poco plausible, como actores en el vacío. Los contextos más generales en los que sir Edward Grey tomó la decisión de ir a la guerra en 1914 hacen probable que incluso si el gobierno liberal hubiera caído como resultado de la dimisión de los ministros que estaban en contra de ir a la guerra con Alemania, tarde o temprano los británicos habrían intervenido igualmente.[6]

La versión de Black de lo "contrafactual", que no viene a ser más que la *posibilidad* de que las cosas hubieran podido acabar de otra manera, no nos ayuda de ningún modo a explicar cómo o por qué acabaron como acabaron, en buen parte porque Black prefiere "los escenarios contrafactuales que ofrecen complejidad e indeterminación", antes que los que ofrecen "respuestas". En última instancia, sus escenarios contrafactuales no lo son en absoluto, o mejor dicho, no son escenarios contrafactuales en el sentido utilizado por la mayoría de exponentes del género. Si lo único que puede decirse en su favor es que "nos hacen mucho más conscientes del papel de lo contingente", eso no es mucho, y una vez más se confunde contingencia y contrafactualismo.[7] Otras contribuciones a volúmenes contrafactualistas van en la dirección contraria y evitan especular; así, por ejemplo, Tucker señala que el ensayo basado en investigaciones en archivos de Michael Burleigh en el volumen de Ferguson sobre los planes nazis para Europa no es contrafactual porque no dice qué debería haber cambiado en la historia de la guerra para que esos planes se hubieran llevado a la práctica.[8] Una categoría mucho más amplia de escritura especula a un nivel demasiado limitado para que valga la pena analizarla como contrafactualismo, a saber, el gran número de ensayos de historia militar que analizan cómo una batalla que fue de una manera podría haber sido de otra. Sin duda la más exhaustiva de estas obras es el volumen publicado en 1997 por Dennis E. Showalter y Harold C. Deutsch, *If the Allies Had Fallen* [Si los aliados hubieran perdido]. En nada menos que sesenta ensayos distintos, algunos historiadores militares consideran escenarios contrafactuales que van desde qué habría pasado si los británicos no

hubieran conseguido descifrar la radiocomunicación alemana hasta "qué habría pasado si Stalin hubiera aceptado la presunta propuesta de Sháposhnikov de concentrar las defensas a lo largo de la línea Stalin". Muchos de estos escenarios son poco realistas (por ejemplo, qué habría pasado si Hitler hubiera dejado que sus generales trabajaran a su aire en lugar de interferir todo el rato). Fundamentalmente los textos, muchos de los cuales son muy breves, se dedican a volver sobre la estrategia y las tácticas de la Segunda Guerra Mundial con la intención de rectificar los errores o de subrayar de vez en cuando las decisiones correctas tomadas por los contendientes.

Bastante distinta en estilo e intención es otra subcategoría de lo contrafactual, extremadamente popular en Gran Bretaña, pero que también tiene buena acogida en Estados Unidos, a saber, la especulación sobre qué habría pasado si un político determinado se hubiera convertido en primer ministro o presidente en lugar del individuo que finalmente lo fue. La emprendedora editorial de tendencia conservadora Politico ha convertido tales fantasías en algo parecido a una pequeña industria. El volumen de 2006 de Duncan Brack, *President Gore… and Other Things That Never Happened* [El presidente Gore... y otras cosas que no ocurrieron], reúne diecinueve textos sobre políticos concretos, sobre todo de la variedad que expresa un deseo: Al Gore se convierte en presidente de Estados Unidos en noviembre de 2000 y evita la guerra de Irak; el estadista liberal Gustav Stresemann no muere, como murió, en 1929, sino que sobrevive y salva la República de Weimar; la bala de Gavrilo Princip en Sarajevo no alcanza al archiduque Francisco Fernando y el siglo XX resulta mucho menos desastroso de lo que en realidad fue. Más centrado en políticos británicos, el volumen de 2003 de Duncan Brack e Iain Dale *Prime Minister Portillo… and Other Things That Never Happened* presenta una mezcla habitual de expresión de deseos y todo lo contrario, salpicada con unos cuantos textos que concluyen que las cosas habrían acabado de forma bastante parecida si, por ejemplo, Ted Heath hubiera ganado las elecciones de 1974 o Margaret Thatcher hubiera perdido las elecciones de 1979. Algo muy parecido puede decirse de *Prime Minister Boris… and Other Things That Never Happened* (Londres, 2011) de los mismos editores. Todas estas colecciones de ensayos son en efecto historias contrafactuales, pero se centran exclusivamente en personalidades concretas, y parten de lo que se sabe de ellas, quizá condimentándolo un

poco, y luego, basándose en la creencia de que la personalidad lo es todo, plantean (con pocas excepciones) grandes cambios que resultan de ese giro en su carrera política. Algo distinto es *The Prime Ministers Who Never Were* [Los primeros ministros que no lo fueron], de Francis Beckett, publicado en Londres en 2011, que escoge a algunos políticos británicos y los mete en el número 10 de Downing Street. Aparecen los nombres de siempre, incluidos Oswald Mosley, que crea la Unión Europea, y lord Halifax, que desconcierta a sus críticos póstumos con su decisión de seguir luchando contra Hitler. Leyendo los textos a menudo ingeniosos e irreverentes de todas estas colecciones, es fácil concluir que pretenden ser un entretenimiento desenfadado para la gente con inquietudes, y quizá también una exhortación implícita a los aspirantes a políticos.

A pesar del énfasis en la seriedad de sus intenciones, los nuevos contrafactualistas no son reacios –afortunadamente para sus lectores– a mezclar argumentos con entretenimiento o a salpicar sus especulaciones con fantasía y humor. Los reseñistas de la recopilación de Roberts señalaron que los doce ensayos eran "buenos" y "entretenidos", alabaron su carácter lúdico y calificaron el libro de "himno a lo accidental e imprevisible".[9] El humor se desliza incluso en los escenarios contrafactuales más serios, como por ejemplo cuando Holger Herwig hace que un gobierno británico colaboracionista bajo la tutela de los alemanes nombre director general de la BBC a William Joyce (conocido como "lord Haw-Haw").[10] La serie de Dominic Sandbrook de cuarenta ensayos históricos contrafactuales escritos para el *New Statesman* en 2010 y 2011 está claramente concebida como entretenimiento (el único realmente serio, el último de la serie y cuatro veces más largo que los demás, es predictivo y se centra en la actuación del gobierno de coalición dirigido por los conservadores de David Cameron en sus primeros cinco años en el poder, de 2010 a 2015, aunque está escrito como si fuera un artículo pseudohistórico desde la perspectiva del final de ese periodo). Sandbrook abarca toda la historia documentada, y empieza haciendo que Egipto sustituya a Roma después de la derrota de Octaviano en la batalla de Accio ("a largo plazo el auge del poder egipcio era inevitable") y que los africanos, convencidos de "la estupidez, indolencia e inferioridad general de los europeos", emprendan con el tiempo un "reparto de Europa". Guillermo el Conquistador pierde la batalla de Hastings y los

anglosajones siguen en el poder hasta el gobierno de la "Jefa Ealdorman Aedgifu Thatcher", lo que les permite conservar una férrea independencia británica respecto al continente (quizá aquí encontramos un poco de expresión euroescéptica de un deseo). Enrique V de Inglaterra vive hasta la vejez y conquista Francia (más expresión de deseos) y Juana de Arco se convierte en su amante (una historia probable), pero el reino anglofrancés unido se aleja demasiado del pueblo y la monarquía cae derrocada cuando en 1789 una multitud encabezada por Charles James Fox asalta la Torre de Londres. El catolicismo triunfa en Inglaterra en dos fantasías de Sandbrook, y en su cúspide se encuentra en el momento en que escribe "el cardenal Dawkins", pero el país no consigue industrializarse y vive una "pesadilla: la guerra civil de los años treinta, las masacres izquierdistas de curas y monjas, y la violenta represión del largo régimen ultracatólico del presidente Muggeridge" (es justo lo contrario de la expresión de deseos que normalmente caracteriza a los que imaginan el fracaso del protestantismo en la Inglaterra altomoderna).[11]

Es todo muy divertido y la determinación de Sandbrook de que así sea puede comprobarse en cómo evita estrictamente temas que podrían volverse demasiado serios, como una posible ocupación nazi de Gran Bretaña. A medida que se acerca al presente, sus divertidos escenarios contrafactuales se centran con más intensidad en la política británica, y a menudo consiguen su propósito a través de ingeniosas inversiones de lo que sabemos que pasó, hábiles paralelos con el presente y giros inesperados en la historia imaginaria. No debemos cargar estos breves ensayos, brillantes y agudos, con un exceso de pesado celo analítico. De todos modos, es evidente que en la mayoría de ocasiones Sandbrook no ofrece una historia contrafactual, en el sentido de un cambio en la cadena de acontecimientos que lleva a una serie de nuevos cambios que parecen seguirse de él como mínimo con algún grado de plausibilidad, sino una historia *paralela* en que, por ejemplo, el hijo de Oliver Cromwell, Richard ("el granjero Dick"), no se retira al campo, sino que se convierte en el Monarca Alegre, y llegado el momento le sucede "el disoluto George Cromwell en la década de 1820" (es decir, un Jorge IV paralelo), "un Herbert Henry Cromwell achispado y mujeriego" a principios de sigo XX (un H. H. Asquith paralelo, el verdadero primer ministro del momento) e incluso, en las primarias para la presidencia

fundadas en el siglo XVII por Oliver, "dos Cromwell, Praise-God y Ed (se trata, claro está, de los hermanos Miliband, que lucharon por el liderazgo del partido laborista en 2010).[12]

En esta larga serie de ensayos breves, Sandbrook sigue el procedimiento fijado por Niall Ferguson en el posfacio a su volumen *Historia virtual,* que propone una historia alternativa desde 1646 a 1996, la fecha en que se completó el libro. Ferguson se divierte mucho atacando a los "deterministas" que ven el curso alternativo de la historia que él explica como si hubiera sido inevitable, y presenta en su posfacio lo que sabemos que en realidad pasó como una serie de "escenarios contrafactuales" y de ese modo subraya repetidamente la contingencia de los acontecimientos. La narración empieza con la victoria de los realistas en la guerra civil inglesa y sigue con una historia futura en la que los Estuardos se convierten en monarcas constitucionales cuya flexibilidad política y habilidad militar permite conservar las colonias americanas y evitar la revolución francesa mediante la reforma financiera; además, la industrialización supone un aumento del nivel de vida que calma el descontento de la clase trabajadora, Marx se convierte en un "profeta milenarista judío" y Lenin en un pope ortodoxo (más adelante ejecutado por un espía alemán), y se reforma el Sacro Imperio Romano Germánico a través de una alianza austro-prusiana, que sigue funcionando como federación descentralizada a lo largo del siglo XIX, y gana la Primera Guerra Mundial en 1915 mientras Gran Bretaña se mantiene neutral. El resultado es una "Unión Europea" que respeta la integridad del imperio británico, pero que igualmente cae bajo la influencia de los nazis, que la transforman en un "estado líder", conquistan Francia e invaden Gran Bretaña, con lo que fuerzan a este último país a incorporarse a la nueva "Unión Germano-Europea". En Europa del Este, los alemanes derrotan a los rusos, pero la muerte de Hitler a resultas de la bomba colocada por Stauffenberg echa por tierra la moral alemana, los rusos, dirigidos por el patriarca Djugashvili (Stalin), contraatacan, los japoneses hacen que los estadounidenses entren en la guerra, pero el día D fracasa y los rusos acaban controlando Europa. En Gran Bretaña, la primera ministra Thatcher pierde la guerra de las Malvinas y la sucede en el cargo el laborista del ala izquierda Michael Foot, cuyo calamitoso mandato como primer ministro ayuda a allanar el camino hacia el colapso económico y

político de Occidente y hacia la desintegración no solo de la confederación transatlántica, sino también del Reino Unido en sus países constituyentes. El camino está desbrozado para la futura hegemonía del este.[13]

La narración, que entrelaza agudamente los hilos tejidos por los anteriores ensayos del libro, es muy entretenida y hace sonreír a menudo al lector. Sin embargo, lo que se ofrece aquí se opone al tenor general de la recopilación *Historia virtual* desde varios puntos de vista. En primer lugar, resulta evidente que el libro pretende ser un *jeu d'esprit* en el estilo del volumen de sir John Squire (y como entretenimiento es muy superior). La intención de Ferguson, como se explicita claramente en el prólogo, es alejarse de este tipo de marco y asentar la historia contrafactual como una herramienta seria de erudición.[14] En segundo lugar, lo que ofrece el posfacio no es de hecho una historia contrafactual, una circunstancia o evento modificado que lleva a través de una cadena aparentemente lógica a un estado de cosas modificado en algún momento del futuro, sino, como los ensayos de Sandbrook, una historia *paralela* que sigue a la historia que realmente ocurrió, pero la invierte a cada paso. La causación se arroja por la ventana y no se intenta responder a cómo podría haber afectado un cambio en el patrón de acontecimientos. Simplemente se afirma, por ejemplo, que una victoria de Carlos I en el siglo XVII habría llevado con el tiempo a una monarquía constitucional en Gran Bretaña, sin dar razones que justifiquen esa suposición. Ferguson tiene que proceder así para conseguir que la historia vuelva más o menos a su cauce, ya que tiene que haber una Primera Guerra Mundial y una Segunda Guerra Mundial; de otro modo la narración se desviaría demasiado del curso real de los acontecimientos y por tanto dejaría de reflejarlos. No obstante, este procedimiento es completamente arbitrario y pasa por alto tanto las posibles cadenas de causación como la posible intervención de la contingencia.

En la "historia virtual" de Ferguson, Argentina gana la guerra de las Malvinas en 1982, por ejemplo. Pero la cuestión, claro está, es que si Carlos I hubiera vencido a los parlamentarios en el siglo XVII, es probable que el curso sucesivo de los acontecimientos a lo largo de los tres siglos siguientes, aunque impredecible, hubiera ido de tal modo que no hubiera habido guerra de las Malvinas, porque un acontecimiento como la guerra de las Malvinas es el resultado de un conjunto concreto de circunstancias

históricas que en la práctica no habrían existido sin toda una serie de circunstancias históricas anteriores; en otras palabras, una larga cadena de causación. De hecho, si Carlos I se hubiera impuesto a los parlamentarios, es improbable que la señora Thatcher hubiera sido primera ministra de Gran Bretaña trescientos cuarenta años más tarde, ya que puede que no se hubieran dado las condiciones que habrían permitido que las mujeres consiguieran el voto, se presentaran al parlamento y dirigieran partidos políticos. Modificar una parte del caleidoscopio de la historia hace que todas las demás partes se muevan de una forma bastante impredecible. En esta narración, Ferguson echa por la borda todas las reglas y cautelas que con tanto cuidado ha desarrollado al principio del libro y se deja llevar por una fantasía histórica desatada.

Y esta fantasía tampoco es axiológicamente neutra. Una narración contrafactual que incluye la supervivencia hasta finales del siglo XX del imperio británico (incluida América del Norte y gobernado por los Estuardos) y el Sacro Imperio Romano Germánico, la ausencia de las revoluciones francesa y rusa, y otras cosas, es la expresión de un deseo rematadamente conservador y una forma de venganza. Sin embargo, aunque Aviezer Tucker sostiene que Ferguson desarrolla estas ideas para materializar "una especie de utopía personal",[15] también hay elementos negativos, especialmente la pérdida de la guerra de las Malvinas, el desastroso mandato del primer ministro Michael Foot y el inquietante auge del este, que sirven de advertencia para el futuro. El euroescepticismo conservador aparece una vez más en el retrato de la Unión Europea como un Reich alemán ampliado, aunque al final desaparece y el deseo se expresa. Estas fantasías van mucho más allá de lo remotamente plausible; queda claro que no pretenden serlo. Limitémonos a dos ejemplos: habría sido improbable que la victoria de los Estuardos en el siglo XVII hubiera llevado a una monarquía constitucional a no ser que concurrieran fuerzas sociales y económicas más profundas; es muy improbable que la Inglaterra absolutista de los Estuardos hubiera sido el escenario de los logros industriales, políticos, científicos, tecnológicos y sociopolíticos que sustentaron la hegemonía imperial alcanzada por Gran Bretaña en el siglo XIX.

Como ya he sugerido, habría sido improbable que una Europa dominada

por el ejército alemán hubiera permitido que el imperio británico continuara en su forma anterior, algo que de hecho la Alemania mucho más débil del káiser ya contemplaba en la década y media anterior a su supuesta victoria en la Primera Guerra Mundial. El registro histórico muestra que Michael Foot invirtió exactamente el mismo capital personal y político en la guerra de las Malvinas que la señora Thatcher, de modo que una derrota también lo habría perjudicado (aunque uno también podría especular que le habría valido a la señora Thatcher un voto de empatía en las siguientes elecciones). Además, el relato paralelo de Ferguson contradice las hipótesis contrafactuales que ha desarrollado en otros lugares. En su propio ensayo dentro del volumen, por ejemplo, formula la hipótesis, como hemos visto, de que una victoria alemana en la Primera Guerra Mundial habría impedido que se extendieran los agrios resentimientos y las catástrofes económicas que destruyeron la República de Weimar y llevaron a Hitler al poder, mientras que en el posfacio Ferguson hace que Hitler llegue al poder de todas formas. Incluso si no nos tomamos demasiado en serio el posfacio, se trata de una contradicción que sugiere un elevado grado de arbitrariedad en este tipo de especulaciones.

La sospecha de arbitrariedad viene subrayada por ensayos contrafactuales que ofrecen más de un curso alternativo después de un cambio inicial de las circunstancias en lugar de intentar construir una justificación coherente de una determinada cadena de consecuencias. Así, por ejemplo, en el volumen de Roberts la historiadora católica Antonia Fraser empieza presentando un escenario "optimista" en que una Conspiración de la Pólvora exitosa, que ha volado al rey y al parlamento en 1605, entroniza a una nueva reina, Isabel II (que pasa a la historia como "la reina de invierno" debido a su efímero paso por el trono bohemio en 1618, al comienzo de la guerra de los Treinta Años, como consorte del elector palatino, protestante y rápidamente depuesto), reconcilia a católicos y protestantes, proclama la tolerancia religiosa y consolida una estrecha alianza con Francia, resultados todos ellos fruto de la expresión de un deseo. Sin embargo, Fraser apunta que un escenario "pesimista" cedería "al ritmo inexorable de la marcha de la historia" y asistiría a la continuación de las luchas religiosas.[16]

Lo que todavía es más llamativo es que unas cuantas especulaciones contrafactuales acaban concluyendo que las cosas habrían tomado el

camino que acabaron tomando. En el volumen de Ferguson, John Adamson describe una victoria de Carlos I que a fin de cuentas cambia poco las cosas, dada la solidez de las fuerzas que empujaban a favor de un aumento del poder parlamentario, con lo que da a entender que la guerra civil y la ejecución de Carlos I fueron históricamente innecesarias. Como el ensayo de Fraser, este texto incorpora claramente la expresión de deseos, pero también reconoce que los acontecimientos azarosos solo tienen un efecto limitado sobre el curso de la historia, con lo que contradice la proclama del editor del volumen sobre la supremacía de la contingencia y el azar en la historia.[17] Anne Somerset considera que la conquista de Inglaterra por parte de Felipe II tras el éxito de la invasión de la Armada Invencible en 1588 habría cambiado poco las cosas: la nueva conversión al catolicismo no habría sido tan grave, se habría conservado la autonomía inglesa, el parlamento se habría reunido como antes y Shakespeare habría escrito sus grandes obras. Simon Sebag Montefiore hace que Stalin se deje llevar por el pánico cuando los alemanes invaden el país en junio de 1941 y llegan a las puertas de Moscú seis meses después. Stalin huye de la capital soviética (en realidad, después de muchas dudas, decide quedarse, aunque en el último minuto) y luego las fuerzas soviéticas abandonan la ciudad. Sin embargo, el ministro de Exteriores Mólotov y el Politburó detienen y mandan fusilar a Stalin, al que sustituye Mólotov, el gran general que era el mariscal Zhúkov organiza un contraataque que tiene éxito, y el Ejército Rojo gana igualmente la guerra. Mólotov se mantiene en el poder hasta su muerte en 1986, cuando Mijaíl Gorbachov le sucede e introduce reformas que dan lugar al final de la Unión Soviética. En otras palabras, el abandono de Moscú por parte de Stalin en diciembre de 1941 no cambia nada a largo plazo. De forma parecida, en el escenario dibujado por Conrad Black, en el que los japoneses no atacan Pearl Harbor, los estadounidenses declaran igualmente la guerra a las potencias del Eje; mientras que Jonathan Haslam concluye que incluso si no hubiera habido una confrontación ideológica entre los soviéticos y Occidente, en cualquier caso habría habido Guerra Fría por razones geopolíticas.[18]

El apoyo limitado que muchos de estos ensayos dan en la práctica a la causa de las especulaciones contrafactuales como vehículo para superar el "determinismo", en el sentido de la priorización de las fuerzas históricas

más amplias sobre los acontecimientos y circunstancias más pequeños, personales, azarosos y contingentes, todavía queda más debilitado por el hecho de que a pesar de las críticas de Ferguson a la expresión de deseos, otras contribuciones a este volumen, y una parte de las contribuciones a la recopilación de Roberts, entre otros textos, caen de cabeza en la trampa de imaginar que las cosas habrían sido mejores si hubieran sido diferentes. En su contribución a la colección de Roberts, el historiador anglopolaco de derechas Adam Zamoyski plantea un mundo después de la derrota de Rusia a manos de Napoleón en 1812 en el que no hay socialismo ni nacionalismo que engendre guerras, y se devuelve a Rusia a los márgenes de Europa y por tanto no está en posición de oprimir a Polonia, como hizo en realidad durante todo el siglo XIX y buena parte del XX; pero Zamoyski es lo bastante ecuánime para proponer un futuro en que Europa, si bien próspera y unida en algo que se parece notablemente a la Unión Europea, está atada de pies y manos por un sistema burocrático que aplasta la iniciativa económica y cultural. La expresión euroescéptica de deseos tan evidente en la contribución de Zamoyski vuelve a aparecer cuando Norman Stone especula que al supuesto fracaso del intento de asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo en 1914 le habría seguido al cabo de cierto tiempo una violenta implosión del imperio otomano y su división entre Gran Bretaña y Rusia (lo que habría supuesto la retirada de Rusia de Europa y el fortalecimiento del imperio británico). Los alemanes y los franceses, que se perdieron el banquete, se unen en una federación económica que, una vez más, se parece a la Unión Europea de la actualidad, mientras que Gran Bretaña se mantiene al margen y prospera como potencia global en un nuevo ejemplo de fantasía histórica contrafactual euroescéptica. Andrew Roberts hace que asesinen a Lenin en 1917, con lo que los bolcheviques toman un camino más moderado que el que tomaron, el liberal Aleksandr Kérenski llega a un acuerdo de paz y una Rusia constitucional ayuda a derrotar a los nazis en 1938, lo que conduce al derrocamiento de Hitler y su Tercer Reich.[19] En toda esta cadena, la expresión de deseos enturbia el sentido de la historia y la extrapolación de consecuencias a lo largo de décadas presenta un alcance excesivo para resultar convincente.

En la colección de Roberts, el ensayo del periodista de derechas Simon

Heffer sobre las consecuencias de la bomba que estalló en el congreso del partido conservador en Brighton en 1984 hace que la primera ministra Thatcher muera en la explosión (evidentemente, en realidad sobrevivió) y que le suceda Michael Heseltine, un *tory* carismático, pero europeísta comprometido. El ensayo sigue el modelo "de no ser por la divina providencia..." ya que Heseltine divide al partido con sus políticas proeuropeas y allana el camino a la victoria de los laboristas en las elecciones de 1992. Pero el daño ya está hecho y "Gran Bretaña se ha convertido en un país ineficiente y con impuestos altos como Francia, Alemania o Japón en la actualidad". En una vena similar, David Frum imagina en un texto astracanado a un presidente estadounidense Gore atado de pies y manos por los escrúpulos medioambientales, la corrección política y el respeto a las instituciones internacionales cuando se enfrenta a la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York por parte de Al-Qaeda en 2001, de modo que es incapaz de ofrecer una reacción adecuada.[20] En este caso las posibles objeciones a estas fantasías políticamente motivadas son legión. Los datos muestran que fue la señora Thatcher, con su euroescepticismo tardío, quien dividió al partido conservador, mientras que, incluso en los años noventa, muchas personas no reconocerían la imagen negativa de Heffer de Francia, Alemania y Japón. De forma parecida, hay un consenso general en que el verdadero ganador de las elecciones presidenciales de Estados Unidos del 2000, George W. Bush, resultó ser uno de los presidentes estadounidenses más incompetentes de la época contemporánea y sus invasiones de Afganistán e Irak, ilegales y poco planificadas, finalmente lograron muy pocos resultados concretos.

Buena parte de estos ensayos pasan por alto la exigencia de Ferguson de que al desarrollar una especulación contrafactual solo pueden tenerse en cuenta alternativas que los contemporáneos consideraran conscientemente. En la práctica, estos textos introducen un *deus ex machina* en el funcionamiento de la historia, ya sea una bomba que mata a Margaret Thatcher, unas elecciones que llevan al poder a Al Gore, una victoria militar de un general que en realidad fue derrotado, u otro tipo de inversión de las circunstancias históricas que en realidad tiene poco o nada que ver con las alternativas a las que se enfrenta el responsable de tomar una decisión. Puede que Grey en 1914 o Churchill y Halifax en 1940 cumplan la

exigencia de Ferguson, pero muy pocos historiadores siguen su ejemplo al elaborar sus escenarios contrafactuales y prefieren centrarse en otras piezas del mosaico histórico. Esto es así, claro está, porque la exigencia de tomar una decisión como punto de partida delimita un ámbito extremadamente estrecho para la elaboración de escenarios contrafactuales. Pero en la práctica ese ámbito es de todos modos bastante estrecho. En la historia de la política, las políticas, la diplomacia, la guerra y el gobierno, y solo en estas disciplinas, las hipótesis contrafactuales se han utilizado casi siempre en las explicaciones de acontecimientos.

Algunos defensores y practicantes de la "historia contrafactual" comparten este punto de vista, desde Robert Cowley, que intenta utilizarla para restablecer la creencia en los grandes hombres, a Jeremy Black, que reconoce en una línea similar que el "cuestionamiento de toda noción de necesidad ha tendido a atraer mayoritariamente a los historiadores que trabajan en aquellos ámbitos de la historia donde los acontecimientos contingentes y las acciones humanas son intuitivamente más fundamentales, como la historia política y militar".[21] Es sorprendente la frecuencia con la que aparecen los mismos temas en el mundo contrafactual, desde Carlos Martel y la Armada Invencible a la batalla de Waterloo y la Segunda Guerra Mundial. De los doce ensayos de la colección de Andrew Roberts, nueve abordan guerras, mientras que los otros tres se preguntan, respectivamente, qué habría pasado si la Conspiración de la Pólvora hubiera triunfado, si la bomba de Brighton hubiera matado a Margaret Thatcher o si Al Gore y no George W. Bush hubiera ganado las elecciones presidenciales del año 2000. La primera colección de Cowley se consagra por entero a la historia militar; y en efecto escasean las contribuciones al género que se aventuran más allá del reino de la alta política y la guerra, como el ensayo de William H. McNeill sobre qué habría pasado si la patata no hubiera llegado a Europa, o los ensayos de Joel Mokyr y Kenneth Pomeranz en *Unmaking the West* sobre escenarios alternativos de historia económica.[22]

Para la inmensa mayoría de contrafactualistas, como ha señalado Tristram Hunt, las versiones condicionales del pasado sitúan al individuo en el centro de sus historias: se trata de una historia de lo que los generales, presidentes y revolucionarios hicieron o dejaron de hacer. La contribución de la

burocracia, las ideas o la clase social no es nada comparado con las veleidades de Iósif Stalin o la complexión de Francisco Fernando".[23] Sin embargo, paradójicamente, una vez empieza el relato contrafactual, la personalidad que se encuentra en el centro de la fantasía adopta un papel secundario. Toda la atención se centra en los factores generales y contextuales que él o ella afecta cuando lo asesinan (o no) o cuando toma una decisión que no coincide con la que él o ella en realidad tomó, o cuando gana (o pierde) una batalla o una acción similar. En efecto, Lubomir Dolezel sugiere que "los historiadores se centran en modular las condiciones históricas sociales, políticas, económicas o militares de importancia (global)" en los mundos contrafactuales que crean, no en modular al ser humano concreto. "Para la historia contrafactual, el individuo es interesante solo como 'líder' de acciones sociales e históricamente relevantes o como actor ocasional de acontecimientos históricamente relevantes".[24] Si Napoleón gana la batalla de Waterloo, el orden político mundial cambia; si triunfa la Conspiración de la Pólvora, Inglaterra se convierte al catolicismo; si Francisco Fernando no es asesinado, no hay Primera Guerra Mundial y toda la historia posterior de Europa y Estados Unidos cambia; si Gran Bretaña se mantiene al margen de la Primera Guerra Mundial, se crea la Unión Europea.

Tal como muestran estos y otros muchos ejemplos, el contrafactualismo se centra casi exclusivamente en la historia política, militar y diplomática tradicional y anticuada del tipo que solía ser dominante en los años cincuenta. Incluso en *Unmaking the West* la mayoría de contribuciones son sobre guerras y revoluciones. Y de hecho es más o menos obligado que sea así. Los contrafactuales a gran escala no resultan plausibles por su propia naturaleza. El salto, por ejemplo, de la ausencia de peste negra en la Francia del siglo XIV a una disminución de la fertilidad en el siglo XVIII que llevó a una aceleración del crecimiento económico, tal como se propone en el volumen de Geoffrey Hawthorn, no está respaldado ni por el punto de partida extremadamente improbable ni por conexiones históricas convincentes que proponen, más de trescientos años después, una consecuencia en el desarrollo de la industria a través de una conjunción de escasez de mano de obra y de una fuerte demanda de los consumidores como pasó en Gran Bretaña.[25] En una línea similar, cuando Joel Mokyr se

pregunta cómo se habrían desarrollado la ciencia y la tecnología si no hubiera habido revolución industrial en Occidente, se ve obligada a reconocer que "a fin de cuentas, es difícil saber si la ciencia oriental, en caso de que Occidente la hubiera dejado tranquila suficiente tiempo, se habría convertido en algo tan radicalmente distinto de lo que estamos acostumbrados que no podemos ni siquiera imaginarlo".[26] De modo que esta es por sí misma una razón muy importante para el escepticismo ante las afirmaciones de mayor alcance de la historia contrafactual: no solo asume, sino que implícitamente preconiza una historia donde la política y la guerra son los temas de estudio más importantes; en otras palabras, propugna una aproximación estrecha y tradicional al pasado que la mayoría de historiadores hace tiempo que ha superado, aunque en cualquier caso se trata de un ámbito en el que es casi imposible elaborar escenarios contrafactuales. En la actualidad, los historiadores más innovadores del mundo se centran mayoritariamente en la historia social, económica y cultural, y en las representaciones globales y transnacionales del pasado, no en la historia política o diplomática.

De hecho, cuando se trata de dibujar un panorama más amplio que va más allá de lo político o lo militar, el propio Ferguson se deja llevar por algo muy parecido al determinismo. Así, en su libro *Civilización,* Ferguson explica el hecho de que Europa dominara el mundo entre 1815 y 1914 con el argumento de que las economías europeas estaban basadas en la competencia, que la ciencia europea era superior a la de China y otras civilizaciones, que el ordenamiento jurídico europeo respetaba el derecho de propiedad y dio lugar a formas estables de gobierno, que la sociedad europea se basaba en la cultura del consumo y los europeos trabajaban más duro que nadie. Cuando se detiene en cada uno de estos factores capítulo a capítulo, la impresión acumulativa es sin duda de inevitabilidad. En todos los casos se trata de evoluciones a largo plazo, que empiezan a finales de la Edad Media si no antes. En 1800 todos estos factores ya estaban presentes, lo que hacía que la supremacía europea después de 1815 fuera inevitable. No se introducen hipótesis alternativas o contrafactuales en esta historia, aunque de acuerdo con lo que Ferguson dice en otros lugares socavarían seriamente el determinismo de su relato.[27]

Si incluso Ferguson reconoce implícitamente que las especulaciones

contrafactuales no son adecuadas cuando se aborda el cambio histórico a gran escala, entonces ¿hasta qué punto es posible concebir procedimientos que sorteen los muchos escollos que amenazan al practicante incauto que intenta aplicarlas en un frente más limitado, desde la expresión de deseos políticamente motivados a cadenas de consecuencias que no resultan plausibles? Geoffrey Parker y Philip Tetlock indicaron algunas reglas básicas de historia contrafactual a los colaboradores de su volumen de ensayos contrafactuales, *Unmaking the West.* Sostienen estos historiadores que tiene que haber una regla de "mínima reescritura", en la línea sugerida por Ferguson, para evitar la arbitrariedad. Otra regla es la de *ceteris paribus* o, en otras palabras, la regla de que un escenario contrafactual solo debe hacer un cambio en la cadena causal y debe dejar el resto de elementos como fueron en realidad. Así, por ejemplo, como señala Aviezer Tucker, las especulaciones contrafactuales de Jonathan Clark en el volumen de Ferguson –si no hubiera habido "Revolución Gloriosa" en 1688, Estados Unidos habría seguido formando parte del imperio británico– carecen de sentido porque el cambio en la condición inicial no cumple la regla de *ceteris paribus;* es decir, tiene demasiada entidad para que la especulación sea históricamente sostenible, ya que Inglaterra tendría que haber sido una sociedad y tener un sistema de gobierno completamente distintos para que no hubiera habido "Revolución Gloriosa" que derrocara al absolutista católico Jaime II y entronizara al monarca holandés protestante Guillermo III.[28]

El segundo principio sugerido por Parker y Tetlock es una directriz limitadora por la que los escenarios contrafactuales no deben extrapolarse demasiado lejos en el futuro, y al formularla refuerzan el argumento destructivo de Clarke sobre lo poco plausible de los escenarios a muy largo plazo cuando señalan que "cuanto más lejos intentan ver los autores en el futuro de sus mundos contrafactuales, más frágiles se vuelven los principios conectivos".[29] Finalmente, con el objetivo de sortear la acusación de Carr, que podría dirigirse contra muchas contribuciones a otras colecciones de ensayos contrafactuales, según la cual estas especulaciones son completamente interesadas, Parker y Tetlock pidieron a sus colaboradores que fueran explícitos sobre su perspectiva y autocríticos, como deberían serlo todos los historiadores. La piedra de toque de los ensayos escritos en

este marco es seguramente si aportan algo a la comprensión o al conocimiento histórico. Repasando al final de su volumen las contribuciones al mismo, los editores señalan que las especulaciones contrafactuales que muestran cómo una decisión o acontecimiento crucial fácilmente podría haber acabado de otra manera pueden contribuir a dar una idea de las posibilidades que los contemporáneos tenían abiertas. Pero no se trata de eso. El verdadero interés de este tipo de especulaciones contrafactuales radica en señalar el *carácter limitado* de esas posibilidades y las *restricciones* con las que funcionaban.

Por ejemplo, al escribir sobre la toma del poder por parte de los nazis, sostuve en mi libro *La llegada del Tercer Reich* que la disyuntiva a la que se enfrentaba Alemania en 1933 era fundamentalmente entre un régimen militar autoritario y una dictadura nazi. Ciertamente es verdad, como observan Parker y Tetlock, siguiendo los estudios empíricos de Henry Turner, que el apoyo electoral, los recursos financieros y la cohesión interna de los nazis decrecía a finales de 1932 y principios de 1933, y que si uno sigue las múltiples idas y venidas de las complejas negociaciones políticas que llevaron a Hitler a la cancillería el 30 de enero de 1933, el azar jugó un papel. Pero no necesitamos una especulación contrafactual para saberlo, y de hecho Parker y Tetlock no la despliegan. Además, centrarse exclusivamente en un puñado de responsables políticos en torno al presidente Hindenburg, cuyas maniobras hicieron canciller a Hitler, si bien lógicamente subraya el impacto de factores azarosos como "las afinidades e inquinas personales, los sentimientos heridos, las amistades rotas y el deseo de venganza",[30] es excluir el panorama más amplio de la violencia nazi en la calle, que crecía a pasos agigantados y era generalizada y mortífera, y de la total ingobernabilidad del Reichstag, que se sumió en el caos, con los comunistas y los nazis gritándose consignas de un lado a otro de la cámara, y que solo estaban de acuerdo cuando se trataba de tumbar cualquier medida propuesta por el gobierno. Era una situación insoportable que no podía sostenerse en el tiempo, todavía menos en el contexto de una profunda crisis económica que dejó a más de un tercio de la población sin trabajo y quiebras de empresas y bancos por todo el país. La crisis política solo podía resolverse llevando de alguna forma a los nazis al poder. El factor clave no era tanto el declive político de los nazis desde las elecciones de julio

de 1932 a las de noviembre del mismo año –aunque esto ayudó a convencer a los conservadores del entorno de Papen y Hindenburg, con funestas consecuencias, de que los podían controlar–, sino el creciente recurso a la violencia por parte de las tropas de asalto nazis, que el ministro de Defensa, el general Schleicher, temía que empujaba al país a la guerra civil.[31]

Toda la historia de Alemania desde la caída del último gobierno democrático en 1930 había reducido las opciones y había eliminado la posibilidad de la vuelta a la democracia. Como mínimo esto es lo que pensaban los personajes contemporáneos clave. Uno puede especular que si hombres como el general Schleicher hubieran maniobrado con más habilidad, se habría podido situar a un representante del ejército en el poder en Alemania en lugar de los nazis, aunque o bien habría habido que aplastar por la fuerza a los nazis –una posibilidad que entrañaba dificultades, dado que las tropas de asalto eran mucho más numerosas que los propios soldados del ejército– o bien se les tendría que haber incorporado en algún tipo de coalición. Incluso en ese caso, es razonable suponer que, dadas las políticas del cuerpo de oficiales del ejército y su compromiso de darle la vuelta al tratado de Versalles, rearmar al país, remilitarizar Renania, invadir Austria y Checoslovaquia, y en general prepararse para revertir la derrota de 1918, como mínimo se habría estado mucho más cerca de una guerra general europea, especialmente porque el ejército habría tenido que conservar el apoyo de los nazis. De hecho, en la práctica se formó un gobierno de coalición que reunía a los nazis, los conservadores y el ejército. Hitler se mostró mucho más hábil que sus socios de coalición y en pocos meses estableció una dictadura de un solo partido. El dinamismo de los nazis, su violencia en la calle y la inagotable ambición de su líder son elementos que sustentan esa hipótesis.[32]

La contribución de estos escenarios a la comprensión de la historia es constatar que la restauración inmediata de la democracia de Weimar y el mantenimiento del *statu quo* en Europa no era posible en 1932-1933. No se trata de demostrar la libertad de maniobra que tenían los políticos alemanes en 1933, sino la falta de la misma. De forma parecida, la experiencia del levantamiento de los socialistas austríacos contra la dictadura de Dollfuss en febrero de 1934, sofocada a tiros por el ejército en unos pocos días, sugiere que incluso si los comunistas y los socialdemócratas hubieran estado unidos,

no habrían sido capaces de resistir la violencia del ejército alemán o de los nazis, y no digamos ya de ambos. La intención en este caso es cuestionar cualquier tipo de voluntarismo sobre el particular o, en otras palabras, reforzar la descripción de la realidad histórica en la narración de los acontecimientos en Alemania en 1932-1933, no particularmente para subrayar el carácter abierto del futuro en ese momento crucial, ya que estaba abierto solo en el sentido más limitado. Este tipo de especulaciones encajan bastante bien con los criterios de Parker y Tetlock de "mínima reescritura" o de especulación a corto plazo sobre posibles alternativas, aunque no comparten el objetivo para el que estos historiadores creen que deberían emplearse, pero a fin de cuentas, son especulaciones que apenas encajan con lo que normalmente se entiende por "escenario contrafactual".

En otro momento, Parker y Tetlock critican la afirmación de que el emperador Guillermo II no era consciente de la precariedad del logro de la unidad alemana por parte de Bismarck y consideraba que el proceso estaba históricamente predestinado. "La única forma de sostener esta tesis –afirman–, es haciendo una gran cantidad de suposiciones contrafactuales sobre lo fácil o difícil que es desviar la historia europea en el siglo XIX". Pero esto no es en absoluto verdad; de hecho la tesis puede sostenerse con bastante facilidad citando a Bismarck, al káiser y a sus contemporáneos a propósito del tema. El hecho es que Bismarck pensaba que la posición de Alemania en Europa y el mundo era precaria, mientras que el káiser no, y ambos basaban su comportamiento de estadistas en estas creencias. Un simple relato factual de la unificación alemana, siempre que no caiga en el inevitabilismo de la escuela de historiadores de Borussia, de hecho un simple relato factual de la batalla de Sadowa, debería bastar sin ninguna especulación contrafactual explícita para demostrar el papel del azar en el proceso, aunque desde luego el káiser realmente pensaba que la victoria de Sadowa estaba predestinada. En este caso lo crucial es lo que los dos hombres pensaban; el historiador no tiene que decidir si tenían razón para entender sus acciones, aunque el káiser arriesgó todo lo que Bismarck había conseguido y llevó a su imperio a la derrota en la Primera Guerra Mundial. Llegar a esta conclusión no es afirmar que uno sabe mejor que ellos lo que los contemporáneos deberían hacer; es simplemente una cuestión de observación histórica.

Finalmente, Parker y Tetlock sostienen que lo que ellos llaman

contrafactualismo reversible, que no se centra en los acontecimientos azarosos a corto plazo, sino en los procesos a gran escala y a largo plazo, puede ser útil para explicar, por ejemplo, cómo y por qué la industrialización o los cambios en el equilibrio de poder entre países y estados ocurrieron como ocurrieron; es decir, finalmente la especulación contrafactual lleva a la conclusión de que las cosas habrían sido iguales incluso si los acontecimientos y procesos se hubieran desarrollado de forma bastante distinta. Es posible imaginar, por ejemplo, que Hitler ganara la guerra contra la Unión Soviética para acabar destruido por la bomba atómica estadounidense, de modo que Alemania perdería igualmente la guerra. En este caso el razonamiento es que los supuestos teóricos ayudan a ponderar la importancia de distintos factores impersonales en los resultados históricos. Pero en este caso el problema es que uno puede hacerlo con la misma facilidad sin esos supuestos teóricos. También parece que se incumple el principio de Parker y Tetlock de evitar reescrituras de la historia a largo plazo. Y en cualquier caso, se derrotó a la Alemania nazi sin necesidad de arrojar la bomba atómica, así que ¿qué sentido tiene imaginar que se podría haber necesitado la bomba para conseguirlo?

La distinción de Parker y Tetlock entre contrafactualismo de corto plazo y de largo plazo es muy parecida a la que hace Allan Megill entre lo que llama historia contrafactual *sobria,* que "implica una propuesta explícita de posibilidades alternativas que existían en un pasado real", y la historia contrafactual *exuberante,* o "historia virtual", que "trata de resultados históricos pasados que nunca fueron realidad".[33] La historia contrafactual *sobria* es sobria porque toma como punto de partida un acontecimiento real y vuelve la vista hacia atrás, moviéndose "del efecto observado a la causa hipotética". Así, por ejemplo, el ensayo de John Adamson "Inglaterra sin Cromwell: ¿y si Carlos I hubiera evitado la guerra civil?", en *Historia virtual* de Ferguson, examina una serie de posibles alternativas a lo que realmente pasó (a saber, que Carlos I luchó en un guerra civil entre 1640 y 1649, perdió y finalmente fue ejecutado y sustituido por Oliver Cromwell, el primer general del bando contrario, como "Lord Protector") y dedica el grueso del ensayo a explicar por qué esas alternativas no se hicieron realidad. Este tipo de historia contrafactual es relativamente defendible desde un punto de vista epistemológico, según Megill, porque empieza con

datos conocidos y utiliza la especulación contrafactual para explicar por qué las cosas acabaron como acabaron y no de otra forma. De hecho, Megill sostiene que *todas* las explicaciones causales de la historia tienen que ser contrafactuales en este sentido, porque *todas* las explicaciones causales implican no solo explicar por qué las cosas terminaron como sabemos que terminaron, sino también por qué no terminaron de otra manera.[34] Por ejemplo, cuando explicamos por qué Hitler llegó al poder en 1933, también explicamos por qué no llegó al poder el ejército alemán, por qué la izquierda no logró oponer resistencia a los nazis y por qué no se recuperó la democracia.

Megill sostiene que los historiadores necesitan los escenarios contrafactuales porque no pueden, por principio, aducir como causas regularidades o conjunciones constantes de estructuras repetidas o de influencias generales. Podríamos decir por ejemplo que el imperialismo fue la causa de la Primera Guerra Mundial, pero no podemos decir que el imperialismo es la causa de todas las guerras. En la práctica, decir que el imperialismo fue la causa de la Primera Guerra Mundial es una afirmación perfectamente razonable, aunque opere a un nivel muy alto de generalización (desde luego no explica por qué la guerra estalló cuando estalló, o por qué algunos países lucharon en un bando y otros en otro). Y evidentemente encierra un escenario contrafactual implícito o, en este sentido, una visión alternativa de lo que habría podido pasar: si no hubiera habido imperialismo, no habría habido Primera Guerra Mundial. Pero lo más importante no es eso: no es en absoluto necesario analizar qué habría pasado en 1914 si no hubiera habido imperialismo, de modo que no es necesaria la especulación contrafactual. Los historiadores, pues, solo necesitan escenarios contrafactuales a un nivel mucho más bajo de generalidad, conforme al principio de mínima reescritura de Parker y Tetlock. La historia contrafactual *exuberante*, sostiene Megill, no parte de un acontecimiento real en busca de una causa hipotética, sino de una causa invisible o hipotética en busca de un acontecimiento o secuencia de acontecimientos que en realidad no ocurrieron. En otras palabras, "las especulaciones que tienen que ver con la historia virtual están mucho más impregnadas de suposiciones escasamente documentadas sobre la verdadera naturaleza del mundo que cuando funcionan los cánones normales del

método histórico". Estas especulaciones equivalen en efecto a una teoría que guía las especulaciones contrafactuales porque carecen de datos directos que las respalden.[35] De modo que en este caso el argumento se vuelve más metafísico que histórico.

Aviezer Tucker ha expresado estos mismos puntos de vista de una forma ligeramente distinta. Tucker señala que "toda especulación contrafactual encierra una cláusula *ceteris paribus:* el historiador supone que la realidad histórica se mantuvo igual, excepto en el caso de los factores examinados".[36] De modo que, por ejemplo, si pensamos en qué habría pasado si Hitler hubiera muerto en la Primera Guerra Mundial (una contingencia que dista de ser improbable), supondríamos que las demás cosas habrían seguido iguales, con el objetivo de que la especulación tenga sentido: Alemania perdería la guerra e igualmente se crearía el Partido Nazi, solo que con otro líder; entonces imaginamos el cambio que la ausencia de Hitler habría supuesto para las políticas del partido, sus perspectivas electorales, etcétera. En otras palabras, las especulaciones contrafactuales tienen que ser coherentes con lo que sabemos sobre el objeto de especulación: cambiamos un elemento pero dejamos igual el resto. Tendría poco sentido especular sobre el curso que habrían podido tomar los acontecimientos si el Partido Nazi hubiera sido filosemita, porque sabemos que los partidos de extrema derecha en Alemania justo después de la Primera Guerra Mundial eran antisemitas. La consecuencia en este caso es que para que realmente tengan sentido, las especulaciones contrafactuales tienen que plantear pequeños cambios, no grandes cambios. Si modificamos el caleidoscopio de la historia moviendo una pieza entonces podemos pensar creativamente sobre el efecto que esto puede tener en las demás piezas; pero si las sacudimos todas, no podemos hacer ninguna generalización. No obstante, ¿quién puede decir que si Hitler hubiera muerto en la guerra, el Partido Nazi habría llegado a ser una realidad a su término, a diferencia del Partido Obrero Alemán, el movimiento marginal y anodino del que surgió? La regla *ceteris paribus* lleva a la poco convincente decisión de pasar por alto los posibles efectos de un punto de partida modificado sobre acontecimientos posteriores que el contrafactualista no quiere considerar. En otras palabras, el resto de cosas no necesariamente se mantendrá igual y por otra parte este principio también deja al margen la posibilidad de azares imprevistos.[37]

Como señala Johannes Bulhof, muchas o incluso la mayoría de las investigaciones históricas contienen lo que él llama afirmaciones *modales,* con lo que quiere decir las que sostienen que si *a* no hubiera ocurrido, entonces tampoco habría ocurrido *b*. Las especulaciones contrafactuales, entendidas de esta forma, impregnan la historiografía porque los historiadores se ocupan de explicar por qué pasaron las cosas y esto necesariamente implica explicar por qué otras cosas, otras alternativas, no ocurrieron. Pero esto es una obviedad. El paso crucial que convierte una alternativa ausente pero plausible en un escenario contrafactual es la extrapolación de consecuencias ulteriores, no materializadas pero plausibles. Y en la práctica estas no son fundamentales en la tarea de explicar por qué pasaron las cosas. Así, por ejemplo, el libro de Daniel Goldhagen *Los verdugos voluntarios de Hitler* sostiene que los no alemanes, como por ejemplo los ayudantes ucranianos que se encargaban de los campos de exterminio de la Operación Reinhard, "no fueron esenciales en la ejecución del Holocausto" y apoya esta información con un escenario contrafactual: "Desde luego, si los alemanes no hubieran contado con ayudantes europeos (especialmente del este), entonces el Holocausto se habría desarrollado de forma algo distinta y probablemente los alemanes no habrían conseguido matar a tantos judíos". Sin embargo, esta especulación –expresada en términos vagos, como una posibilidad o como máximo una probabilidad– de hecho no es necesaria para la explicación, que se encuentra en la afirmación de Goldhagen basada en las pruebas documentales de que los no alemanes no fueron esenciales en el Holocausto porque "no proporcionaron el empuje y la iniciativa que lo impulsó". Naturalmente, esto supone otro escenario contrafactual, a saber, que si los alemanes no hubieran actuado como lo hicieron, no habría habido Holocausto. Aunque esta afirmación es completamente superflua, porque sabemos por una enorme cantidad de datos que efectivamente los alemanes concibieron, pusieron en marcha y ejecutaron el Holocausto y que los ucranianos y otros solo fueron colaboradores.[38] Puede que todas las afirmaciones causales encierren alternativas implícitas, pero no es necesario considerar estas alternativas y sus implicaciones para desarrollar la explicación causal.

Bunzl sostiene que "el problema de la base necesaria para considerar que los juicios contrafactuales son fiables es una función de la fiabilidad de las

afirmaciones en las que basamos los juicios contrafactuales. Si basamos un juicio contrafactual en una afirmación causal, entonces la pregunta es, ¿hasta qué punto es fiable esa afirmación causal?".[39] Así, por ejemplo, a primera vista parece una afirmación razonable que si los partisanos en la Europa ocupada por los nazis hubieran tenido armas nucleares a su disposición habrían derrotado al ejército de Hitler, pero la condición de base es en este caso muy poco plausible porque si los partisanos hubieran tenido armas nucleares entonces otras organizaciones más ricas y con más recursos seguro que las habrían conseguido antes que ellos, incluidos los nazis, pero sobre todo los estadounidenses, de modo que toda la situación de base habría sido completamente distinta. De este modo, como concluye Bunzl, "una inferencia contrafactual es tan buena como lo sean las suposiciones que uno hace sobre las condiciones".[40] Las especulaciones contrafactuales pueden implicar no solo extrapolar hacia el futuro, sino también extrapolar hacia el pasado para ver si el mismo acontecimiento habría ocurrido en circunstancias distintas o con cambios en los antecedentes. Las especulaciones contrafactuales son en este sentido compatibles con el determinismo porque "algunas de las cuestiones históricas más interesantes tienen que ver con investigar la estabilidad de un resultado en el marco de una serie de variaciones respecto a como fueron las cosas".[41]

Pero esto solo es cierto, como han señalado muchos críticos del contrafactualismo "exuberante" o "a largo plazo", si nos atenemos tanto como sea posible a lo que se sabía y utilizamos la especulación contrafactual para entender por qué las cosas acabaron como acabaron. Entender cuáles eran las opciones y posibilidades nos ayuda a penetrar en las razones fundamentales que explican por qué una y solo una se convirtió en realidad. Por ejemplo, ayuda a entender los motivos e intenciones de los hombres que intentaron matar a Hitler el 20 de julio de 1944 pensar qué podría haber ocurrido si lo hubieran conseguido. En la práctica, solo disfrutaban de un apoyo muy limitado en las fuerzas armadas y la muerte de Hitler probablemente habría desencadenado una guerra civil ya que las SS y otras tropas nazis fanáticas habrían luchado para derrocarlos y vengarse. Los conspiradores más o menos lo sabían, y sus últimas cartas indican que habían pasado de pensar que podían tomar el control de Alemania y llegar

a un acuerdo de paz con los aliados (algo extremadamente poco realista, dada la política aliada de rendición incondicional) a salvar como mínimo una parte del honor alemán mediante un acto que sabían que con toda probabilidad implicaba sacrificar sus vidas. Habida cuenta de su hostilidad al parlamentarismo y su creencia en la desigualdad social y política, es improbable que tras la muerte de Hitler intentaran crear una Alemania nueva y democrática. Especulaciones como estas ayudan a identificar las distintas posibilidades que tenían los conspiradores en julio de 1944, en buena parte porque se basan estrictamente en las pruebas documentales de lo que los propios interesados pensaban sobre esas posibilidades.

Otra cosa completamente distinta es hacer una extrapolación desde este punto de partida, como hace C. J. Sansom, a un escenario en que la guerra prosigue en el frente oriental de Europa como resultado de una victoria alemana sobre Gran Bretaña, y en 1952 triunfa una conspiración militar para ocupar el poder porque la guerra, que no ofrece perspectivas de victoria, ha continuado ocho años más, ha costado innumerables vidas y, elemento crucial, Hitler ha muerto, lo que ha liberado a los militares del juramento de lealtad hacia él.[42] En este caso hay muchas condiciones que presentan riesgos. Dado el margen con que la Unión Soviética superaba al Tercer Reich en recursos humanos y en ritmo de producción de armas, municiones y equipos en 1944, no es nada seguro que Alemania hubiera podido seguir luchando ocho años más, y es improbable –como han especulado otros autores– que las dos potencias estuvieran lo bastante igualadas para luchar entre ellas hasta quedar en tablas o en punto muerto.[43] De todos modos, es cierto que la muerte o incapacidad de Hitler seguramente habría desencadenado –como muchos escritores, de Philip K. Dick en adelante, han sugerido– una lucha de poder en el seno de la élite nazi; y la centralidad de Hitler en todo el sistema nazi era tal que de todos modos este habría sido incapaz de subsistir mucho tiempo más, se rebelaran de nuevo o no los militares. Las tumbas de los soldados alemanes honraban a los muertos como "caídos por el Führer y la Patria", y ningún otro dirigente nazi, ni Goering ni Goebbels, tenía el carisma de Hitler.

La explicación histórica generalmente implica una idea de necesidad histórica –en otras palabras, causas necesarias– en que cadenas causales convergentes llevan a un cierto tipo de resultado sin determinar la forma

concreta que este adopte. Así por ejemplo, podríamos decir que la condición inicial de la intención de Hitler de embarcarse en una guerra europea para establecer la hegemonía alemana en Europa proporcionó una causa necesaria de la Segunda Guerra Mundial, pero esa condición inicial no explica por sí misma por qué la guerra estalló en septiembre de 1939. Para que eso ocurriera entonces, tenían que ponerse en movimiento otras cadenas causales como por ejemplo, la política de apaciguamiento de Gran Bretaña y Francia a mediados de los años treinta y su cambio total en 1939, los éxitos del rearme alemán, etcétera; y también hubo acontecimientos contingentes que influyeron en el resultado como la enfermedad que hizo que Hitler acelerara el camino a la guerra porque temía morir antes de llevar a la práctica su intención inicial de empezarla en 1942. En este tipo de análisis, según Tucker, las hipótesis contrafactuales pueden ser útiles para entender hasta qué punto debió ser contingente un acontecimiento dado.[44] Así, no podemos ni debemos imaginarnos que Hitler no tenía ninguna intención de embarcarse en una guerra general europea –ese fue el error de los apaciguadores– ni tampoco tiene sentido imaginarse que Hitler no habría invadido Praga en marzo de 1939, que fue el acontecimiento que terminó con el apaciguamiento. Pero podemos imaginarnos qué habría pasado si los generales hubieran triunfado en su incierta conspiración para derrocar a Hitler en 1938 porque no pensaban que Alemania estuviera lista para la guerra, o si Neville Chamberlain no hubiera cerrado los acuerdos de Múnich que hicieron que aquellos abandonaran sus planes, o si Hitler no hubiera decidido acelerar su agresión externa e interna en 1937 y 1938, y de hecho al examinar estos acontecimientos entramos implícitamente en este tipo de especulaciones, porque se trata de contingencias que fácilmente podrían haber dado lugar a resultados distintos.

En los escenarios contrafactuales que he examinado en detalle, lo que quizá es más llamativo son las radicales divergencias de opinión entre distintos contrafactualistas sobre el mismo tema, lo que depende en parte de sus motivaciones políticas y en parte del contexto contemporáneo en el que escriben. Si Gran Bretaña hubiera firmado un tratado de paz por separado con la Alemania nazi en 1940 o 1941, ¿habría derrotado Hitler a la Unión Soviética en la guerra en el frente oriental o habrían luchado entre sí las dos potencias totalitarias hasta quedar en tablas? O, como Andrew Roberts

especuló en 2001, contradiciendo sus puntos de vista anteriores sobre el tema, ¿habría conquistado Stalin toda Europa, con nefastas consecuencias? [45] ¿Se habrían conservado las instituciones británicas incluido el imperio, o Hitler habría impuesto progresivamente su voluntad a los británicos, nazificando sus instituciones, forzándoles a entregar a los judíos británicos para llevarlos a Auschwitz, y desmantelando sus dominios imperiales uno a uno? Si la Alemania nazi hubiera ocupado Gran Bretaña, ¿habría habido una colaboración generalizada o una resistencia generalizada? ¿Se habría convertido el duque de Windsor en un rey títere pronazi o no? ¿Habría encabezado un gobierno británico colaboracionista Lloyd George, sir Oswald Mosley, lord Halifax, sir Samuel Hoare o Rab Butler (Holger Herwig se cubre las espaldas y hace que un gobierno colaboracionista bajo Eduardo VIII esté encabezado por Halifax, Hoare y Lloyd George, los tres juntos)?[46] En cualquier caso, ¿qué nos dicen estas especulaciones sobre la situación de la política británica y europea de los años treinta y cuarenta que no supiésemos ya?

Estas consideraciones también pueden aplicarse a muchas, incluso a la mayor parte, de hipótesis contrafactuales. Al repasar las contribuciones a su propio volumen de ensayos contrafactuales, Parker y Tetlock señalan que para Jack Goldstone, que analiza la historia inglesa a finales del siglo XVII, "el momento preciso de la muerte de Guillermo III tiene una gran importancia porque cree que habría iniciado un curso totalmente distinto en la historia británica, europea e incluso global", mientras que otro autor, criticando la extrapolación a largo plazo de Goldstone de este acontecimiento singular, "cree que apenas importa porque a Guillermo lo habría sucedido en primer lugar su esposa María y, si ella hubiera muerto antes que Guillermo, lo habría sucedido su hermana Ana (como ocurrió en 1702)".[47] La cuestión que subyace a este caso es una de las más abordadas en las hipótesis de historia contrafactual, tratada ya de muchas formas por Chesterton, Fraser, Russell y muchos otros: ¿qué habría pasado si Inglaterra hubiera sido un país católico en lugar de protestante? Mientras que tanto Fraser como Chesterton, en tanto historiadores católicos, piensan que las cosas habrían ido mejor (aunque como hemos visto, Fraser reconoce que puede que no hubiera sido así), Goldstone adopta una perspectiva mucho más pesimista. Afirma que si la invasión de Inglaterra por parte de

Guillermo de Orange en 1688 hubiera fracasado, no habría habido revolución científica, ni constitución parlamentaria, ni imperio británico, ni mundo moderno. Como ha señalado Carla Giardina Pestana, esto habría exigido que Jaime II, al que en realidad Guillermo derrocó en 1688, alcanzara "un nivel de sagacidad política rara vez alcanzado por un simple mortal, mucho menos por un rey Estuardo".[48] La capacidad de Jaime II de reprimir a la oposición del país, una oposición amplísima en aquel momento, debería haber sido mucho mayor de la que fue, mientras que el protestantismo debería haber sido mucho más débil. Los ingleses no habrían aceptado la condición de país satélite de la Francia de Luis XIV. Es muy posible que hubieran vuelto las guerras civiles de algunas décadas antes.

En cuanto a la metodología, Pestana no está "cómoda con la manera como Goldstone prioriza ciertos tipos de explicaciones causales en su escenario contrafactual", a saber, las acciones, las creencias y el carácter de los grandes hombres. En esa línea, Goldstone hace que Jaime II destruya la revolución científica deshaciéndose de Isaac Newton; sin embargo, sabemos que los avances científicos en el siglo XVII implicaban a círculos más amplios de hombres y un campo del conocimiento mucho más difundido. Puede que en el plano de los acontecimientos Goldstone cumpla la regla de la mínima reescritura que, como observa Pestana, a menudo se aplica "encontrando a alguien a quien matar",[49] pero entonces el historiador tiene que saltarse la regla *ceteris paribus* (por ejemplo, haciendo de Jaime II un monarca eficaz) para conseguir que su escenario contrafactual funcione. Además, se podría apuntar en cualquier caso que a algunos países europeos no parecía preocuparles demasiado que un monarca de una confesión religiosa reinara sobre una población de otra, y que la fe católica y la iniciativa científica no estaban necesariamente enfrentadas, como muestra el caso del emperador Rodolfo II y su mecenazgo de científicos y astrónomos como Tycho Brahe y Johannes Kepler.[50]

Todo esto muestra que a menudo, quizá incluso en general, las especulaciones contrafactuales se sostienen sobre una capa documental muy fina, no suelen escoger las condiciones de su punto de partida con el cuidado que debieran y no distinguen entre distintos niveles de causación. A menudo abordan cuestiones históricas de una enorme complejidad, y

cortan el nudo gordiano de la interpretación afirmando simplemente la capacidad del actor individual de cambiar las cosas. Además, todo escenario contrafactual está atrapado en una interpretación histórica determinada que prácticamente por sí misma está destinada a ser polémica incluso antes de que se introduzca el cambio inicial en la serie cronológica. Así, por ejemplo, ha habido muchos textos contrafactuales sobre el estallido de la Primera Guerra Mundial; y como es propio del género, se han centrado o bien en que Francisco Fernando no es asesinado o en la decisión del ministro de Exteriores británico de no entrar en guerra y no, pongamos por caso, en resultados alternativos de los procesos de toma de decisiones del gobierno ruso, de los Habsburgo, serbio u otros. Cualquier escenario contrafactual basado en el estallido de la guerra debe tener en cuenta el hecho de que había múltiples líneas de causación que se cruzaban de muchas maneras impredecibles. Casi convergieron en el invierno de 1912-1913 con la guerra de los Balcanes; es probable que hubieran convergido de otra forma y en otro momento si no hubieran disparado contra Francisco Fernando, aunque no podemos estar del todo seguros. Hay demasiadas variables para que sea plausible aislar una y reducir toda la complejidad de la causación a los efectos de un solo cambio en la cadena causativa.[51]

En este libro he sostenido que las especulaciones contrafactuales a largo plazo son poco convincentes e innecesarias para el historiador porque omiten demasiados vínculos de la cadena causativa propuesta tras la modificación del acontecimiento inicial. Tal como lo expresa Eric Hobsbawm, todo lo que uno puede decir si se altera una condición en una serie cronológica como, por ejemplo, que Lenin se quedara atrapado en Suiza en 1917 en lugar de poder llegar a Rusia, es que "'las cosas podrían haber sido muy distintas' o 'no muy distintas'. Y uno no puede ir más allá, a no ser que quiera entrar en la ficción".[52] Evidentemente, los contrafactualistas suelen decir más cosas y eso les trae problemas. A menudo caen en la trampa de expresar deseos. Los contrafactualistas que proponen limitaciones sensatas a sus supuestos teóricos a menudo las olvidan completamente en el trance embriagador de la imaginación especulativa. Ferguson establece algunas reglas sensatas y viables sobre las hipótesis contrafactuales y luego se las salta de muchas maneras, ya sea porque lleva sus especulaciones demasiado hacia atrás en el transcurso del

tiempo, o porque desciende a una ciénaga de expresión de deseos políticamente motivados. Parker y sus colegas insisten en las hipótesis contrafactuales a corto plazo basadas en una mínima reescritura de la situación factual de la que parten, y luego incluyen análisis a largo plazo y a gran escala de colosales cambios sociales y económicos imaginarios que se extienden a lo largo de varios siglos. Roberts quiere liberar a sus colaboradores de la tiranía de la perspectiva que da el tiempo y abrir la historia a la contingencia y el azar, pero termina incluyendo en su volumen varios textos que concluyen que de todos modos lo que pasó era más o menos inevitable. En los últimos años, todo el mundo ha insistido en la seriedad de la historiografía contrafactual, pero esto no es óbice para que muchos de los que la cultivan escriban textos ingeniosos y fantasiosos concebidos para entretener tanto como para informar, si no más.

Ante este tipo de problemas, el historiador estadounidense de origen alemán Holger Herwig confesó que al plantearse qué habría pasado si Hitler hubiera ganado la guerra en el frente oriental, "me confundió un abanico desconcertante de posibles escenarios contrafactuales. ¿Cuál escogería?"[53] En la práctica, la elección es el resultado de la intención, la orientación política, el conocimiento factual y el contexto contemporáneo del historiador. Hasta cierto punto también refleja la intención estética del autor, que se esfuerza en producir el escenario contrafactual más satisfactorio, más coherente y, a menudo, más entretenido. Si se basa en una reescritura mínima y se limita al corto plazo, una hipótesis contrafactual puede iluminar las decisiones a las que se enfrentaron determinados políticos y estadistas, y las limitaciones que el contexto histórico impuso sobre esas decisiones. Pero cuanto más se aleja del punto de partida, más utilidad pierde y más se interna en el mundo de la realidad alternativa en el que cada vez más personas se interesan en busca de espacios por los que su imaginación pueda vagar libremente, sin que los hechos la limiten. La contrariedad ante las complejidades e incertidumbres de la vida contemporánea conduce a la gente a habitar la Tierra Media de *El señor de los anillos* de Tolkien en lugar de la verdadera Edad Media histórica, o el mundo racional del Londres victoriano de Sherlock Holmes en lugar del mundo potencialmente complejo de la ciudad victoriana tardía. Estos mundos de fantasía resultan especialmente atractivos en épocas de

preocupación, incertidumbre, crisis o decepción política y cultural.[54] Lejos de demostrar "lo fundamental que debería ser el marco contrafactual en la investigación histórica solvente", como han defendido Parker y Tetlock,[55] espero haber mostrado que no es en absoluto fundamental, sino marginal. Puede ser útil en ciertas condiciones estrictamente limitadas y con objetivos igualmente limitados, pero después de repasar lo que en la actualidad es una voluminosa literatura con cientos de estudios de caso publicados, seguramente hay que concluir que lo más útil e interesante de las especulaciones contrafactuales es el fenómeno en sí mismo, entendido como parte de la historia intelectual y política moderna y contemporánea, digno de estudio *per se,* pero de poca utilidad práctica en el estudio solvente del pasado. Como observó Max Weber: "En cada línea de cualquier libro de historia, los juicios sobre las posibilidades están escondidos y deben estarlo si la publicación pretende tener algún valor intelectual".[56]

Algunos estudiosos del contrafactualismo han llegado a esta conclusión, desde el historiador Gavriel Rosenfeld, que considera que los motivos del contrafactualismo son "fundamentalmente presentistas",[57] al historiador intelectual Benjamin Wurgaft, que señala que "el esfuerzo de hacerse esas preguntas a menudo sirve de excelente guía de los prejuicios e intereses del historiador que las formula".[58] En buena parte esto se debe a que, como observó Nietzsche, la pregunta de "¿qué habría pasado si...?" lo convierte todo en objeto de ironía.[59] En última instancia, las hipótesis contrafactuales son irónicas porque siempre arrojan más luz sobre el presente que sobre el pasado. Llegados al final, la última palabra debe dejarse a Walther Rathenau, quien, como hemos visto, fue él mismo objeto de una de las novelas contrafactuales más elaboradas, obra de su admirador italiano Guido Morselli. En 1918, volviendo la mirada a los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial, y mirando adelante hacia el nuevo mundo que esperaba construir cuando llegara la paz, Rathenau señaló: "la historia no se conjuga en condicional, habla de lo que es y de lo que fue, no de lo que podría ser ni de lo que pudo haber sido".[60]

1 Nathaniel Hawthorne, "P's Correspondence", en *Mosses from an Old Manse,* Nueva York, 1846 ["La correspondencia de P.", en *Musgos de una vieja casa parroquial,* Marcelo Cohen, tr., Barcelona, Acantilado, 2009].

2 Hilary Mantel, *Wolf Hall,* Londres, 2009 [*En la corte del lobo,* José Manuel Álvarez Flórez, tr., Barcelona, Planeta, 2011]; y *Bring up the Bodies,* Londres, 2012 [*Una reina en el estrado,* José Manuel Álvarez Flórez, tr., Barcelona, Destino, 2013].

3 Véase I. F. Clarke, *Voices Prophesying War: Future Wars, 1763-3749,* Londres, 1992.

4 Rodiek, *Erfundene Vegangenheit,* p. 48.

5 Black, *What If?,* p. 188.

6 Tucker, reseña de Ferguson, p. 276.

7 Black, *What If?,* pp. 91, 188-190.

8 Tucker, reseña de Ferguson, p. 274.

9 Roberts, *What Might Have Been,* texto de solapa de la edición de tapa blanda (2005).

10 Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* p. 335.

11 Dominic Sandbrook, "What If… Egypt Had Ruled Over Us", *New Statesman,* 2 de diciembre de 2010; "What If… William Hadn't Conquered", *New Statesman,* 1 de julio de 2010; "What If… Henry V Had Lived On", *New Statesman,* 6 de enero de 2011; "What If… Little Prince Hal Had Lived", *New Statesman,* 3 de febrero de 2011; "What If… Reformation Had Failed", *New Statesman,* 8 de julio de 2010. Evidentemente, Dawkins es el ateo militante inglés Richard Dawkins, autor de *The God Delusion* [*El espejismo de Dios,* Natalia Pérez Galdós, tr., Espasa, Barcelona, 2017]; Muggeridge, que hace las veces de general Franco en un entorno inglés imaginario, es el mordaz periodista Malcolm Muggeridge.

12 Dominic Sandbrook, "What If… Britain Was Still a Republic", *New Statesman,* 4 de noviembre de 2010.

13 Ferguson, "Afterword: A *Virtual History,* 1646-1996", en *Virtual History,* pp. 416-440.

14 Ferguson, *Virtual History,* pp. 14-17.

15 Tucker, reseña de Ferguson, p. 276.

16 Roberts, *What Might Have Been,* pp. 15-58.

17 Ferguson, *Virtual History,* pp. 91-124. La contribución de Robert Cowley al volumen de Roberts (pp. 59-78) no es propiamente historia contrafactual porque, si bien describe cómo un incidente muy pequeño y concreto pudo haber alterado el curso de la guerra de independencia de Estados Unidos, no entra en las consecuencias de ese cambio. Amanda Foreman (pp. 92-104), que sugiere que puede que no se hubiera evitado la guerra que amenazaba a Gran Bretaña y Estados Unidos en 1861, está más interesada, como Cowley, en la mecánica de cómo la historia tomó otro camino que en las consecuencias del camino alternativo tomado.

18 Jonathan Haslam, "Stalin's War or Peace: What If the Cold War Had Been Avoided?", en Ferguson, *Virtual History,* pp. 348-367.

19 Roberts, *What Might Have Been,* pp. 79-133.

20 Ibíd., 166-188.

21 Black, *What If?,* p. 10.

22 Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* pp. 241-322; William H. McNeill, "What If Pizarro Had Not Found Potatoes in Peru?", en Cowley, *More What If?,* pp. 413-427, dedica de hecho buena parte del texto a explicar sintéticamente la influencia de la patata en la Europa actual.

23 Hunt, "Pasting Over the Past".

24 Lubomir Dolezel, *Possible Worlds of Fiction and History: The Postmodern Stage,* Baltimore, 2010, p. 122.

25 Hawthorn, *Plausible Worlds,* pp. 39-80.

26 Joel Mokyr, "King Kong and Cold Fusion: Counterfactual Analysis of the History of Technology", en Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* pp. 277-322, en la p. 311.

27 Niall Ferguson, *Civilization: The West and the Rest,* Londres, 2011 [*Civilización,* Barcelona, 2012].
28 Tucker, reseña de Ferguson, p. 275.
29 Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* pp. 264-265.
30 Henry A. Turner, Jr., *Hitler's Thirty Days to Power: January, 1933,* Nueva York, 1996, p. 168 [*A treinta días del poder,* David León Gómez, tr., Barcelona, Edhasa, 2000].
31 Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* pp. 264-265.
32 Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich,* Nueva York, 2003, pp. 301-308.
33 Megill, *Historical Knowledge, Historical Error,* p. 151.
34 Ibíd., pp. 153-154.
35 Ibíd., pp. 152-155.
36 Tucker, reseña de Ferguson, p. 270.
37 Ibíd.
38 Bulhof, "What If?", pp. 155-156; Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust,* Nueva York, 1996, p. 6.
39 Bunzl, "Counterfactual History", p. 855.
40 Ibíd., p. 857.
41 Ibíd.
42 Sansom, *Dominion,* p. 589.
43 Así, la Unión Soviética ya producía más del triple de carros de combate que Alemania en 1943, una disparidad que las medidas de racionalización de Speer no redujeron; véase Evans, *The Third Reich at War,* pp. 332-333.
44 Tucker, reseña de Ferguson, pp. 268-271; citando a Yemima Ben-Menachem, "Historical Contingency", *Ratio* 10, 1997, pp. 99-107.
45 En Cowley, *More What If?,* pp. 279-290.
46 Herwig, en Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* pp. 323-360.
47 Parker y Tetlock, en ibíd., p. 367.
48 Goldstone, en ibíd., pp. 168-196.
49 Pestana, en ibíd., pp. 367 y 200.
50 Robert J. W. Evans, *Rudolf II and His World: A Study in Intellectual History, 1576-1612,* Oxford, 1973.
51 Aunque no resulte del todo concluyente, véase el interesante análisis de Lebow, *Forbidden Fruit,* pp. 69-102, "Franz Ferdinand Found Alive: World War I Unnecessary". Para otro ejemplo más de expresión de un deseo ligado a la supervivencia de Francisco Fernando en 1914, véase Demandt, *History,* pp. 104-107.
52 Hobsbawm, *On History,* pp. 245-246.
53 Herwig, "Hitler Wins", p. 352.
54 Véase la brillante historia cultural de Michael Saler, *As If: Modern Enchantment and the Literary Prehistory of Virtual Reality,* Nueva York, 2012.
55 Tetlock, Lebow y Parker, *Unmaking the West,* p. 389.
56 Max Weber, "Kritische Studien auf dem Gebiet der kulturwissenschaftlichen Logik", 1906, en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre,* 1968, p. 275, citado en Demandt, *History,* p. 14.
57 Rosenfeld, "Why Do We Ask 'What If?'", p. 90.
58 Wurgaft, "The Uses of Walter", p. 361.
59 Friedrich Nietzsche, *Werke,* vol. 4, parte 1, p. 132, citado en Demandt, *History,* p. 1.
60 Walther Rathenau, *Die neue Wirtschaft,* Berlín, 1918, p. 82, citado en Rodiek, *Erfundene Vergangenheit,* p. 100.